

HQN™

**Cuatro
vestidos
para
Carlota**



MERCEDES ALONSO

**Cuatro
vestidos
para
Carlota**

MERCEDES ALONSO

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica,
S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2016 Mercedes Alonso
© 2016 Harlequin Ibérica, una división
de HarperCollins Ibérica, S.A.
Cuatro vestidos para Carlota, n.º 103 -
enero 2016

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países. Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-687-7816-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

—¿Qué te parece, Charlotte? ¿Te gusta? —me pregunta Lolo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues... pues... —balbuceo.

No sé qué decir. El vestido que Karl Ludolff, diseñador e íntimo amigo de Lolo, ha diseñado para mi boda es, simplemente, horroroso y no parece un vestido de novia, sino el de una actriz de

cine porno o el de una burbuja de las del anuncio de Freixenet.

La tela de color plateado zigzaguea alrededor de mi cuerpo como si se tratara de una enorme serpiente, dejando la mayor parte de la piel a la vista entre los zig-zags, que están unidos por un tul transparente.

Temo decirle a Lolo lo que pienso porque ha puesto toda la ilusión en mi boda y en este vestido. Y, también, porque confía plenamente en su amigo Karl, cuyo verdadero nombre es Paco Utrera, aunque esa es otra historia. Pero Lolo y yo somos amigos y debo ser sincera con él a pesar de que es muy posible que hiera sus sentimientos.

—¡Es horrible! —exclamo, y me

llevo la mano a la boca como si acabase de decir un pecado inconfesable.

—¿Qué acabas de decir, Charlotte?
—pregunta él en voz baja, pronunciando cada sílaba muy despacio.

—Este vestido es... es... No tengo palabras para describirlo, o quizá tenga demasiadas. Horroroso, abominable, atroz, horripilante...

—¡Cállate! —me ordena estirando la mano hasta situarla sobre mis labios—. No es necesario que sigas.

—Pero si apenas me cubre los pezones —farfullo porque Lolo aún tiene la mano sobre mi boca.

Me doy media vuelta, quedándome de espaldas a él, con la intención de que

eche un vistazo a mi trasero, que puede apreciarse perfectamente entre el zigzaguo de la tela plateada.

—No puedo ir así vestida el día de mi boda.

—Es un vestido divino, nena. Divertido, original, exquisito y glamuroso entre otros muchos adjetivos. No estarías pensando que ibas a ir vestida como una novia cualquiera, ¿verdad?

No sé que me da más miedo si la pregunta o responder algo que no sea de su agrado. Tenía que haber previsto algo así, he visto los desfiles de Karl y conozco los gustos de Lolo, ¿cómo he podido pensar que juntos diseñarían un sencillo vestido de novia?

—¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo un vestido... normal? Jorge y tú llevabais smoking el día de vuestra boda, eso es normal, ¿no?

—Yo llevaba corbata y chaleco azul turquesa, Charlotte, entre otros detalles que por lo visto no supiste apreciar, pero ahora eres tú quien va a casarse y Karl ha diseñado en exclusiva para ti este maravilloso vestido.

—Y se lo agradezco, de verdad, pero no es esta la idea que tenía de un vestido de novia —digo mirándome de nuevo en el espejo—. Por cierto, deberíamos llamarle Paco, Karl suena...

—¿Crees que Paco Utrera sería buen nombre para un diseñador de fama

internacional? —me interrumpo—. Estaría bien para un torero o incluso para un cantante de rap, Charlotte, pero no para un hombre que pretende ganarse la vida diseñando ropa.

—De acuerdo, quizá tengas razón en cuanto al nombre, pero no en lo referente a este vestido y no pienso ponérmelo para casarme con Pablo. ¿Qué pensarían sus padres? —le pregunto—. Su madre me odia, cree que soy poca cosa para su único hijo y que debería aspirar a algo más.

—Charlotte, eres tan dramática... Pues claro que su madre te odia, a ti y a cualquiera que pretenda casarse con su hijo, es algo normal en una madre. —Lolo se encoge de hombros y se coloca

a mi lado— Mírate, nena, estás, simplemente, divina.

Intento verme a través de los ojos de Lolo, pero lo único que veo es un vestido, de muy mal gusto, que deja a la vista más de lo que tapa y que resulta muy poco apropiado para una dulce y beatífica novia.

—Lo siento, Lolo, pero no estoy divina —respondo volviéndome hacia él—. Quiero ser una novia normal, de apariencia dulce y serena y no de actriz porno. Lamento las molestias que se ha tomado Karl, pero no puedo vestirme así para casarme.

—Está bien, hablaré con él —me dice en tono neutro—. Y ya que lo tienes

tan claro, ¿podrías describirme ese vestido que tienes en mente?

—¿No vas a gritarme? —pregunto sorprendida.

—Tú eres la novia, Charlotte, y a ti te corresponde elegir el vestido.

—Me gustaría algo sencillo, de corte medieval, como esos...

—¿Has dicho medieval?

—Sí, eso he dicho.

—¿Qué me dices de tu larga melena roja trenzada y diminutas flores blancas diseminadas por ella?

—Eso sería genial —sonrío.

—Charlotte, me has decepcionado.

—Pero...

—Nada de peros, tienes un gusto horrible, siempre lo he sabido, pero

creía que habías aprendido algo en todo este tiempo que llevamos siendo amigos —me dice moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Me haces creer que tengo algo que decir en todo esto cuando en realidad tú ya has tomado una decisión, ¿no es así? —le digo indignada, y siento unas enormes ganas de arrancarme el vestido de víbora y tirarlo por la ventana.

Lolo es un gran estilista. Él y su marido Jorge, que es fotógrafo, son dos profesionales que todas las agencias de publicidad se rifan y en sus agendas no hay un solo hueco hasta dentro de al menos un año, pero cuando se trata de mí Lolo es capaz de tomar las peores

decisiones. No es la primera vez que esto sucede y mucho me temo que no será la última.

—¡Quítate el vestido! —ordena Lolo—. Karl y yo trabajaremos en un nuevo diseño.

—¿Podré dar mi opinión o debo sentarme a esperar vuestra próxima ocurrencia? Tal vez lo siguiente sea un par de cocos para tapar los senos y una hoja de parra para...

—Charlotte, a veces eres una maleducada. Yo me encargaré personalmente de tu vestido y el día de la boda serás la novia más glamurosa y perfecta que jamás puedas imaginar.

—Supongo que podré verlo y comprobarlo por mí misma antes

casarme.

—Por supuesto, nena —me dice en tono condescendiente—. Y mientras te cambias de ropa voy a por una botella de champán.

—¿Qué celebramos?

—Nada, Charlotte, pero o me emborracho o tú y yo pasaremos a palabras mayores.

Veo a Lolo salir del dormitorio y me quedo un rato frente al espejo pensando en todas las cosas que han sucedido desde que Pablo y yo decidimos casarnos. En cuanto Lolo se enteró de la noticia se emocionó muchísimo y sin decirle nada comenzó con los preparativos haciendo y deshaciendo a

su antojo. He aceptado cosas increíbles para no decepcionarle, cosas que jamás se me habrían ocurrido, como fuegos artificiales a media noche que dibujen el nombre de Pablo y el mío en el cielo, una coctelería acrobática, una máquina de burbujas de jabón en lugar del tradicional lanzamiento de arroz y otras muchas ideas descabelladas con las que me estoy volviendo literalmente loca. Pero en cuanto al vestido hay unos límites que no estoy dispuesta a traspasar y este vestido es uno de ellos

De vuelta a casa aún voy pensando en mi conversación con Lolo. Afortunadamente, adoro mi barrio

situado en el centro de Madrid, muy cerca de la puerta del Sol, y siempre me pone de buen humor pasear por sus concurridas calles.

Como cada noche, Pablo está en la cocina haciendo la cena. Lleva puesto un delantal azul que combina perfectamente con sus ojos, una camisa blanca remangada hasta los codos y un pantalón gris oscuro. Hace ya más de un año y medio que estamos juntos, pero aún siento como me palpita el corazón al mirarle y no puedo dejar de pensar en la suerte que tuve cuando nuestros caminos se cruzaron aquella terrible mañana de verano en la que mi vida era un auténtico caos.

Durante todo este tiempo he aprendido a interpretar su miradas, sus gestos y sus silencios y he podido comprobar que, tal y como pensaba, es generoso, inteligente y divertido, además de guapísimo. Tanto que no me canso de mirarle y cuando pienso en él no puedo dejar de suspirar. Y, por si todo eso no fuese suficiente, es un experto cocinero, algo con lo que no contaba y que hace que mi ajetreada vida sea mucho más sencilla.

Pablo está picando verduras sobre la tabla de madera y cuando levanta la vista y nuestros ojos se encuentran, su cara se ilumina con una sonrisa y pienso en lo mucho que me gusta regresar a

casa desde que estamos juntos.

—Hola, cariño —me saluda dándome un apasionado beso que me deja sin respiración—¿Qué tal tu cita con Lolo?

—Ha sido horrible y decepcionante a partes iguales —respondo—. El vestido es... es... No tengo palabras para describirlo y aunque Lolo me ha asegurado que no estaba enfadado sé que lo está.

—Ahora siéntate y relájate —me dice mientras me sirve una copa de vino blanco—. Lolo solo quiere ayudar y para él lo más importante es que tú estés contenta.

—Ya no sé qué pensar. Karl o Paco o como sea que se llame, ha diseñado un

vestido muy poco apropiado para una novia, deja a la vista más de lo que tapa y lo peor es que a Lolo le gusta —le explico con una mueca de desagrado mientras me siento en una banqueta junto a la encimera.

—A veces Lolo es demasiado creativo, pero acabará entrando en razón y si ese vestido no te gusta, él y su amigo diseñarán uno que encaje con tus preferencias.

—Yo no estaría tan segura. Aún recuerdo cuando me obligó a vestirme como un mamarracho para mi cita con Hugo. Es tan cabezota...

Pablo se coloca detrás de mí, posa las manos sobre mis hombros y

comienza a masajearlos. El contacto de sus manos sobre mi cuerpo consigue relajarme y cierro los ojos exhalando un largo suspiro.

—¿Te gusta? —me susurra al oído.

—Mmmmmmmmmmmmmmmmmmmmm.

Pablo me da un beso en el cuello y me estremezco al sentir sus labios sobre mi piel desnuda. Son estos momentos por los que merece la pena todo el estrés que últimamente me está generando la boda y mis continuas peleas con Lolo.

Al principio, nuestra relación estuvo llena de malentendidos y situaciones surrealistas debido en gran medida a Hugo, mi ex novio, a mis miedos y a la difícil situación que atravesaba cuando

nos conocimos, pero una vez que todo se aclaró y decidimos que había llegado el momento de irnos a vivir juntos, descubrimos que encajábamos perfectamente en todos los sentidos y que estábamos mejor juntos que separados.

Cuando sus manos descienden por mi espalda hacia la cintura y se cuelan bajo mi camisa, el deseo y el placer que experimento erizan mi piel y consiguen que deje la mente en blanco.

—Deberíamos cenar primero —dice Pablo haciéndome girar hacia él—. Siento decir esto, pero esta semana hemos tomado la cena fría en tres ocasiones.

—Yo no tengo la culpa de ser tan deseable —bromeo.

Le rodeo con los brazos y le atraigo hacia mí. Nuestros rostros quedan muy cerca y solo unos pocos centímetros separan nuestros labios. Pablo tiene razón, deberíamos cenar y dejar lo demás para después, pero me cuesta separarme de él y antes de hacerlo acerco mis labios a los suyos buscando un pequeño premio de consolación.

—Cenemos —consigo decir apartándome de él—. Te ayudaré a cortar esas verduras.

Pablo no dice nada, pero va a por un delantal que me ayuda a ponerme mientras cojo un cuchillo e intento

concentrarme únicamente en cortar las verduras que tengo delante. Sé que si le miro y nuestros ojos vuelven a encontrarse terminaré tirando por la borda mi escasa fuerza de voluntad y la cena volverá a enfriarse o a quedarse a medio hacer.

Me consuelo y sonrío al pensar que solo son las nueve y aún nos queda toda la noche por delante.

Capítulo 2

—¡No te creo! —exclama Marga, y no puede evitar soltar una carcajada.

—¿No me crees? —le pregunto a mi amiga con la boca abierta por la sorpresa.

—Es imposible que Lolo tenga mal gusto. Solo tienes que mirarme a mí —dice girando sobre sus altos y finísimos tacones—. Desde que se hizo cargo de

mi vestuario soy una mujer nueva y, aunque esté mal decirlo, me siento más segura de mí misma y mejor que nunca. ¿Te acuerdas de cómo era antes de conocerle?

Marga es una de mis mejores amigas y mi socia en la empresa de decoración y diseño que creamos hace más de un año y medio. Nos conocimos en JP Gestión, donde ambas trabajábamos antes de que me despidieran, y por aquel entonces era una mujer anodina, que vestía trajes sastre de color gris y que no estaba contenta con su vida. Una persona muy diferente de la que ahora tengo delante, alegre, glamurosa y feliz.

Estamos tomando café en la oficina, en el pequeño rincón que hemos

acondicionado para desayunar, comer e, incluso, cuando hay mucho trabajo, cenar. No es gran cosa, pero es lugar muy acogedor y en muy poco espacio dispone de todo lo necesario.

—Sé que crees que Lolo es un gurú de la moda, pero te aseguro que lo que te he contado es completamente cierto y que ese vestido de novia es abominable. Ni siquiera es blanco —le aseguro a Marga.

—Deberías relajarte y darle un voto de confianza. Ese hombre tiene magia y hará todo lo posible por hacer realidad tus sueños. Te adora y haría cualquier cosa por hacerte feliz.

—Lo sé, Marga, pero cuando se le

mete algo en la cabeza no hay manera de convencerle de que está equivocado. ¿Me imaginas vestida como... como un zorrón el día de mi boda con Pablo?

—Ja, ja, ja —ríe de nuevo—. Lolo es muy cabezota, tienes razón, pero también es adorable y un profesional de los más prestigiosos que hay en su campo, así que yo en tu lugar no me preocuparía demasiado.

—Si no hubiese visto ese vestido pensaría lo mismo que tú, pero créeme cuando te digo que esta vez ha traspasado todos los límites.

Marga se sirve una taza de café y, después, se sienta frente a mí mientras remueve una y otra vez el oscuro líquido intentando que la sacarina se disuelva.

—No te preocupes más, Carlota, tienes muchas cosas de las que ocuparte y tenemos mucho trabajo. Sabes que voy a ayudarte en todo lo que pueda, pero no deberías perder el tiempo en algo que Lolo conseguirá solucionar.

—Está bien, tienes razón, estoy demasiado estresada y a veces creo que Pablo y yo deberíamos habernos fugado a una isla desierta con un par de testigos y alguien que oficiara la boda en lugar de organizar algo tan fastuoso.

—Algunas personas no os lo habrían perdonado. Pablo y tú sois hijos únicos y vuestros padres se merecen disfrutar de ese día junto a vosotros —me dice Marga, la voz de la razón y mi

conciencia.

—¿Crees que soy una neurótica?

—Creo que estás nerviosa porque tú y Pablo vais a dar un paso muy importante en vuestra vida, pero estáis enamorados y tenéis la suerte de contar con muchas personas que os quieren.

—Entonces, piensas que soy egoísta.

—Carlota, tienes que relajarte. Solo eres una mujer enamorada que tiene que organizar una boda, así que quizá estés un poco neurótica, pero todo pasará, te lo aseguro, y volverás a ser la misma persona de siempre —me anima mi amiga.

—Su madre me odia.

—¿Cómo va a odiarte? Apenas te conoce, aunque sé que algunas madres

pueden ser muy protectoras con sus hijos. Es una tendencia natural.

—¿Protectoras? Te aseguro que esa mujer me odió nada más verme, deberías haber escuchado la cantidad de comentarios malintencionados que hizo sobre mí cuando fuimos a pasar la Navidad. Me odia y no hay nada que pueda hacer para evitarlo. Por eso no quiero darle más motivos para reafirmarla en su actitud. Ese vestido sería mi sentencia de muerte.

—¿Por qué no comemos juntas? Tengo que ir a visitar a un cliente y aún tengo que preparar algunas cosas, pero podemos seguir hablando después.

—De acuerdo —le digo poniéndome

en pie—. Será mejor que yo también me ponga manos a la obra. Al menos el trabajo no nos falta.

—Cada vez que pienso que aún podría estar trabajando en JP Gestión me estremezco. No sé cómo pude soportarlo durante tantos años —dice pensativa—. Nos vemos a la hora de la comida.

Marga me deja sola y pienso en todo lo que ha sucedido durante el último año y medio. Han cambiado muchas cosas desde entonces, pero todo ha sido para mejor y no me arrepiento de ninguna de las decisiones que he tomado desde entonces porque ahora soy yo quien lleva las riendas de mi vida.

Voy a mi despacho y enciendo el

ordenador para sumergirme en el trabajo. Durante un rato me olvido de todo, también de la boda y de la cantidad de cosas que aún quedan por hacer, hasta que la notificación de un nuevo correo electrónico llama inmediatamente mi atención al ver el remitente. No sé si quiero leerlo y, durante unos minutos, me debato entre abrirlo o enviarlo a la papelera, pero, como siempre ocurre, mi curiosidad es más fuerte que el rechazo y vuelvo a caer en las redes de América, mi ex mejor amiga y la causante de muchos de mis desvelos del pasado.

De: América Sostres

Para: Carlota Ruiz de Nalón

Asunto: Tenemos que vernos

Carlota, es necesario que nos veamos. No te lo pediría si no fuese de vital importancia, pero ha ocurrido algo y quiero que lo sepas antes de tomar medidas drásticas. Me consta que te hice daño y que no me comporté contigo como una verdadera amiga, pero ahora necesito tu ayuda.

Por favor, llámame cuanto antes.

Leo el correo un par de veces con la boca abierta. América y yo no tenemos

nada de qué hablar, hace mucho tiempo que no tenemos contacto y creo que soy la persona menos indicada a la que recurrir en busca de ayuda.

Antes era mi mejor amiga y la persona en la que más confiaba, pero todo eso acabó cuando se largó con mi novio sin darme ninguna explicación y descubrí que hacía meses que ambos mantenían una relación a mis espaldas. Tras aquello perdí el trabajo, estuve a punto de perder mi casa y aunque finalmente todo se solucionó gracias a las decisiones que tomé y al apoyo de Lolo, Pablo, Marga y el resto de mis amigas, nunca podré olvidar el daño que ella y Hugo me causaron.

La razón me dice que no debo

llamarla, pero está esa otra parte que me dice todo lo contrario y, finalmente, dejándome llevar por un impulso, cojo el teléfono y marco su número.

—Soy Carlota —digo con tono serio en cuanto descuelga el teléfono.

—Necesito hablar contigo —dice ella ahorrándose el saludo y la buena educación, algo que, por otra parte, jamás ha tenido.

—Ya estás hablando conmigo, aunque después de todo lo que ha pasado entre nosotras no sé por qué te he llamado.

—No es algo de lo que podamos hablar por teléfono.

—América, no tengo tiempo de...

—Te aseguro que lo que tengo que decirte te interesa —me interrumpe.

—Nada que esté relacionado contigo puede interesarme.

—¿Crees que recurriría a ti si no fuese de tu incumbencia? —me pregunta con chulería.

—No sé qué responder. Hubo un tiempo en el que creí conocerte y después me di cuenta de que estaba equivocada.

—Carlota, te aseguro que es importante que hablemos —dice con voz suplicante—. Por favor.

—Está bien, pero no tengo mucho tiempo, así que te agradecería que vinieses a mi oficina. —Suspiro, y casi

me arrepiento de inmediato.

—Estaré allí en media hora.

Media hora parece poco tiempo, pero a mí se me hace larguísima. El reloj parece haberse parado y cuento los minutos y los segundos que pasan hasta que América aparece. Está igual que siempre, su mal gusto no ha cambiado y queda patente en su jersey Animal Print fucsia y negro que hace juego con sus zapatos de salón, en los enormes aros dorados que cuelgan de sus orejas, en su pelo que parece un estropajo de un indefinido color rubio-rojizo y en esa manía de mascar chicle con la boca abierta. Pero no ha venido a hablar de moda, así que tomo una bocanada de aire y me preparo para enfrentarme a

ella.

—Habla —le digo con impaciencia.

—Estoy embarazada —me dice a bocajarro sin ni siquiera saludarme antes.

—¿Tengo que darte la enhorabuena?

—pregunto enarcando una ceja—. No entiendo qué hayas venido hasta aquí para contarme algo que, evidentemente, no me interesa en absoluto.

—Es posible que no te interese saber que estoy embarazada, pero tal vez sí saber quién es el padre.

—¿Por qué iba a querer saber quién es el padre? —le digo poniéndome en pie—. Mira, América, no sé por qué has venido, pero te agradecería que no te

andes por las ramas y que me dijeras de una maldita vez lo que sea que hayas venido a decirme.

—El padre del bebé es Javier.

—¿Quién es Javier? —pregunto confusa, pero inmediatamente la maquinaria de mi cerebro se pone en marcha y empiezo a encajar las piezas. Los músculos de todo mi cuerpo se tensan, una oleada de indignación me invade y siento deseos de arrancarle a América todos y cada uno de los pelos de su cabeza—. ¿Pretendes hacerme creer que Javier, el novio de Ana, es el padre de tu hijo?

—Sí, eso es —responde con una sonrisa de suficiencia—. Y antes de que digas nada más tengo pruebas.

Nunca he sido una persona violenta, así que me cuesta trabajo aceptar que esa persona que desea coger a América del tupé y zarandearla se trate de mí, y que me cueste controlarme.

Ana es una de mis mejores amigas, Javier y ella llevan meses trabajando con Marga y conmigo. Se conocieron aquí y son una de las parejas más felices que he conocido en toda mi vida. Es imposible que América conozca a Javier, es imposible que sepa que es el novio de Ana y es imposible que sepa nada de nuestras vidas porque hace meses, muchos, que ni mis amigas ni yo tenemos relación alguna con ella.

—¿Cómo eres capaz de inventarte

una cosa como esa? Hubo un tiempo en que Ana también era tu amiga y no entiendo qué te ha hecho para que intentes dañarla de una forma tan rastrera. ¿No es suficiente con el daño que me hiciste a mí?

—¿Crees que me inventaría una cosa así? Yo no pretendía que esto sucediera, cuando conocí a Javier no sabía que era el novio de Ana y cuando lo descubrí ya era demasiado tarde.

—Tú nunca haces nada por casualidad. Eres la persona más fría y calculadora que conozco —la acuso—. Enséñame esas pruebas.

América saca el teléfono móvil del bolso y la observo mientras desliza el dedo por la pantalla durante un rato,

hasta que parece encontrar lo que está buscando y gira el teléfono hacia mí mostrándome una imagen en la que aparecen dos personas besándose en la puerta de una conocida discoteca. Está claro que una de ellas es mi ex amiga, no creo que haya dos personas en el mundo con un gusto tan chabacano en el vestir, pero el rostro de la otra persona queda oculto bajo la mata de pelo de ella impidiendo que sea reconocible.

—Si esa es la prueba de que Javier es el padre de...de... Será mejor que te vayas —le pido.

—Te digo que ese hombre es Javier. ¿Por qué iba a mentirte?

—¿De verdad acabas de preguntarme

eso? No te creo. Esa fotografía no prueba nada y es bastante sospechoso que justo en el momento que, supuestamente, besabas a Javier alguien estuviese haciendo una fotografía.

Empiezo a impacientarme. Javier está trabajando a pocos metros de mi despacho y Ana ha salido porque tenía que ir a hacer unas gestiones al banco, pero no tardará en volver y lo primero que hará será pasar a verme para decirme que ya ha regresado. No creo a América, sé que es una mentirosa y que no dudaría en hacernos daño si pudiera. Y tampoco creo que Javier, que está muy enamorado de mi amiga, fuese capaz de besarse en la puerta de una discoteca con cualquiera que pasara por

allí.

—¿Qué importancia tiene quién hiciera la foto?

—¡Claro que importa! —exclamo indignada—. Has venido hasta aquí para acusar a Javier, alguien a quien conozco y por quien pondría la mano en el fuego, de haberse acostado contigo y haberte dejado embarazada, y esa prueba irrefutable que dices tener es una fotografía que no demuestra nada y que, evidentemente, no has podido hacer tú. ¿Quieres que crea que todo esto es una casualidad?

—La fotografía la hizo una amiga, pero eso ahora no importa, yo ni siquiera sabía que la había hecho hasta

hace un par de días.

—Dime, ¿se trata de algún tipo de juego? —Paseo impaciente detrás de mi escritorio e intento no mirar a América para que no me entren ganas, otra vez, de arrancarle el tupé—. No sé cómo te atreves a difamar a una persona que mantiene una relación con alguien que también ha sido amiga tuya. Nunca pensé que llegarías a caer tan bajo.

—Si he venido hasta aquí has sido porque pensaba que podría hablar contigo y encontrar una solución antes de hablar con Ana —me dice con rostro serio, pero el brillo malévolo de su mirada no consigue engañarme.

—¿Contárselo a Ana? ¿Te has vuelto loca de remate? —siseo porque no

quiero gritar y alertar a Javier—. No voy a permitir que destruyas la vida de dos personas maravillosas porque la tuya sea una mierda.

—Mi vida no es una mierda — replica llena de rabia—. Te aseguro que el de la fotografía es Javier, preguntémosle a él si no me crees. Pasamos una noche juntos y el resultado es que estoy embarazada.

—Supongamos que te creo, ¿cómo sabes que ese bebé es de Javier y no de otro?

—Porque no he estado con nadie más desde entonces —me explica encogiéndose de hombros.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—No voy a tener el bebé y necesito dinero para deshacerme de él.

—¿Me estás pidiendo dinero? Tú tienes trabajo, tienes una peluquería y...

—Las cosas no me van demasiado bien, apenas tengo lo suficiente para sobrevivir y está claro que a ti te sobra —me interrumpe.

—Ja, ja, ja. ¿Crees que me sobra el dinero? —No puedo evitar soltar una sonora carcajada, aunque en realidad mi opción favorita sigue siendo tirarla del tupé hasta arrancárselo—. A eso se le llama chantaje, América, y no sé por qué crees que voy a dejar que tú me chantajees. Además, ya te lo he dicho, eso fotografía no demuestra nada.

—Está bien, tú lo has querido. — América busca de nuevo algo en su teléfono mientras espero sintiéndome cada vez más impaciente—. Aquí tienes la prueba.

Le arranco el teléfono de las manos y miro la pantalla. Se trata de un video, solo tengo que darle al play y empezará a reproducirse, pero dudo unos instantes y noto como mi pulso tiembla antes de decidirme.

—¿No vas a verlo? —me pregunta dibujando una estúpida sonrisa en su rostro que deja ver el chicle que lleva aún en la boca.

No respondo y doy al play. Quiero perderla de vista cuanto antes y no se va

a marchar hasta que consiga lo que quiere.

Las imágenes muestran a un hombre que sin duda es Javier, a menos que tenga un hermano gemelo o un doble que se haga pasar por él, hablando con América. Parecen bastante relajados y hasta sonríen. Ella se pone de puntillas, le dice algo al oído y él suelta una carcajada. A continuación se besan y aprieto el teléfono entre mis manos deseando poder convertirlo en polvo. La escena acaba cuando ambos dan media vuelta y se marchan.

No sé qué decir, ni qué pensar. La fotografía no mostraba nada, pero en el video se ve claramente como se besan y ya no puedo pensar que es algo que

América se haya inventado. Sin embargo, sigo sin creerla. Tiene que haber algún tipo de explicación para ese beso, estoy segura.

—Esto no demuestra que estés embarazada y tampoco que Javier sea el padre. Te recuerdo que para quedarse embarazada hace falta algo más que un beso.

—Tengo prisa, Carlota, piénsalo y me llamas cuando decidas lo que vas a hacer —dice abriendo la puerta—. Espero que sepas que si tú no estás dispuesta a ayudarme tendré que recurrir a otras personas. —Y hace hincapié en las dos últimas palabras para dejarme claro a qué personas se refiere.

Cuando América se va mi frustración y mi ira van en aumento. Conozco a Javier y sé que no sería capaz de hacer algo que pudiese herir a Ana. Llevan más de seis meses viviendo juntos, los veo cada día y sé que son completamente felices. Pero también conozco a América, fuimos amigas durante muchos años, y es una persona egoísta y envidiosa que nunca me perdonará que haya conseguido rehacer mi vida. Además, he visto el video y no deja lugar a dudas. Se trata de Javier y estaba besando a América.

Le envió un mensaje a Marga para cancelar nuestra cita para comer y le pido que se reúna conmigo en el mesón

«El pescaíto» a las ocho de la tarde. Después cito allí al resto de mis amigas e intento volver a concentrarme en el trabajo, aunque no lo consigo. América me ha estropeado el día y necesito el sabio consejo de mis amigas.

—¿Por qué no ha venido Ana? — pregunta la suspicaz Bea.

—Porque lo que quiero contaros es un tema delicado que tiene que ver con ella y antes de de hacer nada necesitaba pedir os consejo — respondo girando sobre la mesa el pie de la copa que sostengo entre las manos.

—¿Ha pasado algo que yo no sepa? — pregunta Marga.

—No, bueno, en realidad sí, pero no tiene nada que ver con el trabajo.

—¿No os habréis peleado? —Silvia parece preocupada y creo que ha llegado el momento de contarles lo sucedido.

—Será mejor que os lo cuente —comienzo a decir—. América se ha puesto en contacto conmigo esta mañana por e-mail y me ha pedido que la llamara. Pensaréis que estoy loca, pero sí, la he llamado y ante su insistencia la he citado en mi despacho. No tenía ni idea de lo que iba a contarme, la verdad, pero... —Hago una pausa para tomar aire y veo que mis amigas me miran con impaciencia, instándome a continuar—.

Me ha dicho que estaba embarazada y me ha asegurado que el padre del bebé es Javier, el novio de Ana. He pensado que...

—¿Javier? Pero eso no puede ser. Javier está enamorado de Ana y él nunca, nunca, haría una cosa así —me interrumpe Marga.

—Es una zorra mentirosa —dice Bea—. Yo la habría echado con una buena patada en el culo.

—Yo tampoco la he creído al principio, pero me ha dicho que tenía pruebas.

—¿Qué tipo de pruebas? —pregunta Silvia.

—Primero me ha enseñado una fotografía en la que aparecen dos

personas besándose. Una es ella, no me cabe la menor duda, pero no se ve la cara de él. Después, cuando le he dicho que una fotografía no demostraba nada, me ha enseñado un video y, lamento tener que decir esto, ahí he visto con mis propios ojos como Javier y América se besaban. Al final se les ve marchándose juntos —explico—. El problema es que me ha amenazado con contárselo a Ana y me ha pedido dinero para deshacerse del bebé.

—No deberíamos precipitarnos, todas conocemos a América y muestre lo que muestre ese video no significa que esté embarazada de Javier. Quizá ni siquiera está embarazada —opina

Silvia.

—Lo sé, pero...

—Deberías haberle pedido a Ana que viniera, ella debería saber lo que está pasando —dice Marga.

—Es demasiado sensible y no sé cómo se lo tomaría.

—Tienes razón, Ana es tan sensible que una cosa así podría hacerle mucho daño, aunque lo del embarazo sea mentira —me concede Bea—. Quizá deberías hablar antes con Javier y asegurarte de que lo que dice América es mentira.

—No conozco a América, pero por lo que os he oído decir no es buena persona, sin embargo, Javier tiene toda mi confianza, nunca le haría daño a Ana.

Quizá había bebido un poco esa noche y sí, se besaron, pero eso no significa nada. Creo que esa mujer solo quiere aprovecharse de ti, Carlota —dice Marga.

—Otra opción es ir a verla y partirle las piernas —dice Bea, cuyo temperamento es bien conocido por todas nosotras.

—Me cuesta creer a América, pero sé que si Ana se enterara de lo sucedido es posible que su relación con Javier sufriese un fuerte revés. La conozco bien, así que creo que hay que pensar detenidamente qué hacer antes de actuar.

—Entonces habla con Javier tal y como ha dicho Bea. Él estaba allí y es el

único que puede aclarar todo esto. No veo más opciones, a menos que se lo contemos a Ana. Por supuesto descarto la opción de darle a América dinero — opina Silvia.

—Está bien, hablaré con Javier inmediatamente. ¿Estáis todas de acuerdo? —pregunto a mis amigas mirando a cada una de ellas.

Ellas asienten y me siento muy orgullosa de poder contar siempre con ellas, y también aliviada porque puedo compartir este peso que, unido al estrés de la boda y al exceso de trabajo en la empresa, me resulta una carga demasiado pesada.

Regreso a casa y me encuentro a Pablo dormido en el sillón delante del televisor encendido. Sobre su regazo hay varias carpetas con papeles y su cabeza cuelga hacia un lado de una forma que más tarde le resultará dolorosa.

Pablo trabaja demasiado. Además de su actividad remunerada en un bufete de abogados, colabora con la ONG Ni un Desahucio Más en su tiempo libre y cada día se trae el trabajo de la asociación a casa. Siempre está enredado entre expedientes y papeles, pero no me importa porque sé que ayuda a muchas personas que lo necesitan y que el necesita hacer ese trabajo para

sentirse bien.

Me siento a su lado y le observo mientras duerme. Su pecho sube y baja lentamente y el sonido de su respiración me resulta relajante. La idea de apoyarme contra él y cerrar los ojos es muy tentadora, pero sé que le despertaré y me da pena no dejarle seguir durmiendo. Pero Pablo nota mi presencia y abre los ojos para encontrarse con los míos que aún le miran. Lo primero que hace es sonreír y pienso que jamás podré dejar de admirar esa sonrisa, ni la forma en que sus ojos se iluminan cada vez que me mira.

—Has vuelto —dice con voz ronca.

—¿Acaso lo dudabas? —bromeo

acercando mi rostro al suyo.

—Supongo que no hay nadie que cocine como yo.

—Supones bien —le aseguro—. Pero te diré que hay otras muchas cosas que me gustan de ti.

—¿Qué cosas son esas?

No respondo, pero comienzo a desabrocharle la camisa y voy besando cada porción de su piel desnuda. Pablo suspira y cierra los ojos dejando que sea yo quien tome la iniciativa, pero cuando mis manos llegan a la cintura de sus pantalones y nota como mis labios se abren paso hacia abajo, decide que ha llegado el momento de participar y, pocos segundos después, soy yo quien

está bajo su cuerpo recibiendo sus caricias y sus besos.

Ha llegado la hora de irse a la cama y me temo que tardaremos un buen rato en conciliar el sueño, pero no importa, es viernes y tenemos todo el fin de semana por delante.

Capítulo 3

Pablo y yo pasamos un fin de semana fantástico haciendo cosas sencillas como comer fuera, ir al cine o cenar en casa a la luz de las velas. Y, por eso, el lunes me levanto relajada y voy al trabajo muy temprano, mucho más tranquila y con ganas de ponerme al día. La organización de la boda ha hecho que últimamente esté un poco despistada y

no estoy dando el 100%, como cabría esperar. Además, Lolo ha pasado fuera el fin de semana trabajando en un reportaje para una revista, pero volvió anoche y no creo que tarde mucho en tener noticias tuyas. Seguramente tendrá nuevas ideas, a cual más loca, y volveremos a discutir por todo, a emborracharnos con champán y a reírnos hasta de nuestra sombra. Todo ello a costa de que yo vuelva a despistarme de mis obligaciones y deje caer todo el peso del trabajo en los hombros de Marga, Ana y Javier.

Como es pronto aún decido hacer una pausa para tomar un café. Ana y Javier acaban de llegar y siento una punzada de remordimiento porque soy yo quien

debería estar dando ejemplo de responsabilidad y, sin embargo, son ellos los que me dan lecciones a mí.

—¡Buenos días! —les saludo alegremente—. Habéis madrugado mucho esta mañana, chicos.

—Ha habido una rotura en una tubería de la calle y nos han cortado el agua, así que hemos venido a desayunar —me explica Ana.

—Espero que se solucione pronto. ¿Y qué tal el fin de semana?

—Encantador —responde Javier—. Mis sobrinas han estado de visita y no sé cómo hemos logrado sobrevivir.

—Los niños son agotadores, pero también maravillosos —les digo sin

poder evitar reírme.

—Hemos decidido esperar al menos otros cien años antes de ser padres. No estamos preparados para asumir esa responsabilidad —dice Ana.

—Supongo que tienes razón, es mucha responsabilidad —respondo, y pienso en América, en su supuesto futuro bebé y en la supuesta paternidad de Javier.

—Os dejo, tengo que ir al banco a primero y luego pondré un poco de orden en mi despacho, antes de que los papeles decidan reproducirse y ocupar el único hueco libre que aún queda en la mesa —dice Ana, dejándonos solos a Javier y a mí.

Es el momento de hablar con él, pero

no sé ni por dónde empezar. Me tiemblan las piernas y de pronto se me ha secado la boca. Es una tontería porque Javier y yo tenemos una relación de amistad y confianza, pero, precisamente por eso, me cuesta aún más iniciar esta conversación. ¿Acaso no debería creer en él ciegamente, sin la más mínima duda? Pero he visto ese video y ya no sé qué pensar.

Le miro por encima de mi taza de café, de la que doy pequeños sorbos para poder ocultarme tras ella. Pero esto es una tontería, somos adultos y deberíamos poder hablar de cualquier cosa.

—Tenemos que hablar —digo de

pronto.

—¿De algo relacionado con mi trabajo? —pregunta Javier, y detecto en su tono una nota de aprensión.

—No, nada de eso. Marga y yo estamos muy satisfechas con tu trabajo, eso ya deberías saberlo —le tranquilizo—. Es... se trata de un tema delicado y... la verdad es que no sé por dónde empezar.

—¿He hecho algo que os haya molestado a Marga o a ti?

—No, claro que no —me levanto de la banqueta y dejo la taza en el fregadero, buscando las palabras adecuadas para dirigirme a Javier e intentando ganar tiempo—. Está bien, iré al grano. ¿Conoces a América?

—¿América? —pregunta, y observo su reacción detenidamente, estudiando cualquier gesto de su rostro, escrutándolo para detectar cualquier cambio por minúsculo que este sea—. Es aquella amiga vuestra que se largó con tu novio, ¿verdad?

—Sí, esa es América. Estuvo aquí el viernes por la mañana y me dijo que tú y ella... que ella... que vosotros... — balbuceo.

—Carlota, estás empezando a asustarme.

—Es que me siento ridícula diciéndote esto, pero ella asegura que está embarazada y que tú eres el padre —le digo finalmente mirándole a los

ojos.

—¿Cómo? —el rostro sereno de Javier se transforma por completo y hasta sus ojos castaños se oscurecen tiñéndose de negro.

—Lo sé, Javier, sé que es ridículo, pero tenía que contártelo. Me enseñó una fotografía en la que aparece ella besándose con alguien y me aseguró que eras tú. Por supuesto, no la creí hasta que me mostró un video en el que pude ver como os besáis. Puedo asegurarte que no te diría esto si no estuviese segura de que el hombre que aparece en ese video eres tú. También me amenazó con contárselo a Ana si no le doy dinero para deshacerse del bebé.

—¡No puedo creer que esto esté

sucedido! —exclama Javier dirigiéndose hacia el balcón que hay al fondo de nuestra improvisada cocina.

—Ahora eres tú quien está asustándome a mí.

—Ese bebé no es mío, Carlota, te lo juro —me asegura, pero no se vuelve a mirarme sino que tiene la vista fija en algún lugar al otro lado del ventanal.

—Te creo, un beso no significa que te acostaras con ella, pero la has besado, de eso no me cabe la menor duda y me gustaría saber por qué —le digo acercándome a él.

—Ni siquiera lo recordaba, pero hace un par de meses Ana salió a cenar con vosotras y yo salí con mis amigos.

Fuimos a una discoteca después de cenar y al rato de llegar salí porque dentro hacía mucho calor. América debió seguirme, se acercó a mí, charlamos unos minutos y me contó que había hecho una apuesta con una amiga. La primera que consiguiera besar a alguien le pagaría a la otra un fin de semana en un hotel en la playa —me explica Javier—. No me paré a pensarlo demasiado, recuerdo que me reí y simplemente lo hice. Parecía simpática y...

—La besaste —termino la frase.

—Sí, la besé. No pensé que pasaría esto. Después volvimos dentro y no sucedió nada más. Me despedí de ella y no he vuelto a pensar en aquello. Ni

siquiera nos presentamos. —Se lleva las manos a la cabeza y se echa hacia atrás el pelo—. Al pensarlo ahora me doy cuenta de que la historia no tiene sentido. ¿Una apuesta? ¡Dios! ¿Qué he hecho?

Javier parece estar muy abatido y yo le creo. Después de lo que América fue capaz de hacerme a mí, que era su mejor amiga, sé que es capaz de cualquier cosa.

—Te creo —le digo, y veo cómo una expresión de alivio se dibuja en su amable rostro—. Te conozco y sé que quieres a Ana. No serías capaz de hacerle daño y mucho menos acostándote con América.

—No entiendo por qué se ha inventado toda esa historia sobre un supuesto bebé.

—Supongo que para fastidiarnos y, de paso, sacarse algún dinero.

—Charlotte, ¿por qué no coges el teléfono? Llevo horas llamándote —dice Lolo caminando hacia mí con cara de pocos amigos.

Lolo me mira fijamente desde su casi 1,90 de estatura. Lleva un abrigo negro que le sienta de maravilla y un bolso de cuero marrón que sostiene en su mano derecha y que le da un toque muy chic. El caso es que está impecable, como siempre, guapísimo, como siempre y muy sexy, algo habitual en él.

—Lolo, lo siento, pero tengo el teléfono en mi despacho —me disculpo.

—Déjalo, nena, no tenemos tiempo que perder —me dice sonriendo—. Hoy es tu día de suerte, tengo un par de horas libre y pienso pasarlas contigo contándote las últimas novedades sobre tu vestido de novia.

—Ahora no puedo, Lolo, tengo un montón de trabajo atrasado y...

—Por cierto, Javier, no te he saludado —dice Lolo interrumpiéndome y acercándose a Javier para darle un abrazo—. Tienes mala cara, ¿estás bien o esta arpía te tiene explotado? Ya te lo he dicho un millón de veces, cuando te canses de trabajar aquí serás bien

recibido en mi empresa.

—Gracias, pero aquí me tratan muy bien, solo me duele un poco la cabeza.

—Tú tampoco tienes buena cara, Charlotte. ¿Ha pasado algo que yo debería saber? —pregunta Lolo entrecerrando los ojos y mirándome fijamente.

—No —miento—. Es que tenemos mucho trabajo y...

—Mientes fatal, nena. Sé que aquí pasa algo y puesto que tengo las dos próximas horas libres no pienso irme hasta que me lo contéis todo —dice Lolo quitándose el abrigo y dejándolo sobre una banqueta junto a su bolso.

Quiero contárselo a Lolo, él siempre tiene solución para cualquier problema,

pero se trata de algo que pertenece a la intimidad de Javier y en este momento está delante de nosotros. No creo que me corresponda a mí contarle nada a mi amigo, pero Javier me mira y me hace un gesto con la cabeza indicándome que puedo hacerlo, así que empiezo a hablar y repito de nuevo todo la historia que desde el viernes he contado tantas veces.

—¡América! —exclama Lolo en voz muy alta—. Esa zorra resentida debería saber a quien se enfrenta antes de lanzar un órdago como ese.

—Claro que sabe a quién se enfrenta, por eso lo hace —observo yo.

—No lo sabe, Charlotte. Y vosotros

dos no deberíais estar aquí discutiendo este tema sino entrando en acción — Lolo parece tan resuelto y seguro de sí mismo como siempre y me pregunto qué idea se le habrá ocurrido para sacarnos de esta.

—¿Qué propones? —le pregunta Javier con interés.

—Tenéis que contárselo a Ana y que sea ella la que llame a América. Fin de la historia —dice con tono resuelto mientras se sirve una taza de café.

—Ana no puede enterarse —replico.

—¿Por qué? —pregunta Lolo, y su expresión es tan inocente que no me queda más remedio que creer que está hablando en serio.

—Porque una cosa así podría

destrozarla y eso es lo que América se ha propuesto —respondo.

—América quiere dinero, no está embarazada, te lo aseguro. Y Ana es una mujer fuerte y muy capaz de hacer frente a esa arpía. Creo que la estáis subestimando —dice Lolo y no sé por qué, pero sé que tiene razón.

Como siempre.

Después de un día agotador de fuertes emociones, regreso a casa deseando ver a Pablo para abrazarle y contarle todo lo ocurrido mientras cenamos. Pero aún no ha llegado y decido sorprenderle siendo yo quien

prepara la cena.

Pongo manos a la obra y elijo unos platos sencillos, ravioli al pesto y ensalada. Mientras tanto pienso en todas las cosas que han sucedido a lo largo del día. Al final todo se ha resuelto de forma tan rápida que apenas he tenido tiempo de asimilarlo, aunque me siento más que satisfecha por ello.

Tal y como ha propuesto Lolo, le hemos contado a Ana todo lo ocurrido con América y su reacción no se ha hecho esperar dejándonos a todos sorprendidos. Ana, muy resuelta, ha cogido el abrigo y el bolso y, sin hacer caso de todas nuestras advertencias, ha ido a ver a nuestra ex amiga. Ni siquiera nos ha dejado acompañarla y Javier,

Lolo, Marga que ha llegado poco después, y yo, nos hemos quedado esperándola con el corazón en un puño y tanta ansiedad que ni las cinco tazas de tila que hemos tomado todos a excepción de Lolo, han podido disipar hasta su regreso.

A su vuelta Ana nos ha contado que América no se esperaba su visita y la ha obligado a reconocer que le había tendido una trampa a Javier, que no estaba embarazada y que solo necesitaba un poco de dinero porque su negocio va de mal en peor. Tal y como Lolo nos ha dicho, Ana es una mujer fuerte y muy capaz de hacer frente a los problemas, aunque no sabemos cómo esa mujer

dulce que todos conocemos ha podido obligar a América a confesar la verdad. Fin de la historia.

Retiro la pasta del fuego y la pongo en el escurridor. Después preparo la ensalada y vuelvo a mirar el reloj. Son las nueve y media de la noche y Pablo aún no ha llegado, pero antes de entrar en pánico decido servirme una copa de vino e irme al salón a ver el telediario.

Una hora más tarde la cena está fría, Pablo no me coge el teléfono ni responde a mis mensajes y empiezo a estar un poco agobiada. Me acurruco en el sillón con las piernas en alto y, vencida por el cansancio, me quedo dormida.

Despierto cubierta de besos y con el

conocido aroma de Pablo. No sé cuánto tiempo ha transcurrido desde que cerré los ojos, pero sigo medio dormida y he perdido el apetito que tenía cuando he llegado a casa.

—Siento llegar tan tarde —se disculpa Pablo.

—Me temo que la cena se ha enfriado —le digo desperezándome—. Te he llamado, pero no has respondido a ninguna de mis llamadas y empezaba a estar preocupada.

—Lo sé, acabo de verlas.

—¿Dónde estabas? —le pregunto un poco enfadada porque Pablo no suele llegar tarde a casa y, si lo hace, ya sea por trabajo o porque queda con algún

amigo, siempre me avisa para que no me preocupe.

—He estado con Jorge —responde jugando con mi pelo—. Tenía que tratar con él algunos temas y los dos teníamos un rato libre por la tarde.

—¿Qué tenías que hablar con Jorge? —insisto curiosa.

Jorge es el marido de Lolo. Pablo y yo fuimos sus padrinos de boda, aunque en aquel momento nuestra relación no pasaba por su mejor momento. Pablo tiene una buena y estrecha relación con ambos, pero no es habitual que queden después del trabajo y mucho menos para tratar algún tema que, a primera vista, mi futuro marido no parece querer contarme.

—Nada que pueda contarte. Es una sorpresa.

—¡Nooooooooo! —exclamo apartándome de él—. Sabes que odio las sorpresas.

—Soy una tumba, así que tendrás que esperar —me dice poniéndose en pie.

—No pienso esperar. Al final terminaré descubriendo que os traéis entre manos —le digo poniéndome también de pie y acercando los labios a su oído—. Olvidas mi poder de seducción.

Pablo suelta una carcajada, coge mi mano y me lleva con él a la cocina donde la cena, que hace un par de horas tenía un aspecto delicioso, languidece

ahora sobre la encimera.

—Creo que será mejor que tomemos únicamente la ensalada —le digo a Pablo.

—Siéntate, yo me ocuparé de esto.

No tengo ganas de discutir y, por otra parte, confío plenamente en Pablo y en su capacidad como cocinero, así que le obedezco y me siento a observarle mientras hace algún tipo de milagro con los ravioli, devolviéndoles el buen aspecto de hace un par de horas.

—¡Listo! —exclama colocando delante de mí un rebosante plato de pasta.

—¿Cómo lo haces? Yo los hubiera tirado a la basura.

—En la cocina solo es necesario

tener un poco de paciencia —responde él dándome un beso en la nariz.

—¿Vas a contarme que os traéis Jorge y tú entre manos? —vuelvo a insistir.

—No, es una sorpresa y si te lo cuento dejará de serlo.

—Pero ya sabes que las sorpresas y yo no nos llevamos bien, me descolocan.

—Eso es lo que pretendo, Carlota —me dice guiñándome un ojo.

—Insistiré —replico cabezota.

—Y yo resistiré —me asegura.

Aunque su réplica me hace gracia no quiero que me vea sonreír y me concentro en los ravioli, que están buenísimos, aunque estoy segura que sin

el toque de Pablo no me gustarían tanto.

—¿Cómo te ha ido el día? ¿Has hablado con Javier? —me pregunta Pablo cambiando de tema.

—Ha sido un día de infarto. Cuando le estaba contando a Javier lo sucedido con América ha llegado Lolo y nos ha recomendado hablar con Ana. Hemos decidido seguir su consejo y ella ha reaccionado en contra de todo pronóstico y se ha ido a buscar a América, que ha reconocido que se lo había inventado todo. Bueno, casi todo.

—¿Casi todo? —pregunta Pablo confuso.

—Él ni siquiera sabía quién era ella —le aclaro—. Javier salió con unos amigos, después de cenar fueron a una

discoteca y cuando él salió un momento a tomar el aire, América se le acercó y le contó que se había apostado un fin de semana en un hotel con una amiga. La primera que besara a un hombre ganaría. Javier no lo pensó y la besó.

—Es una historia increíble. Me pregunto cómo es posible que América y tú fueseis amigas.

—La vida es una caja de sorpresas —le digo—. Y no precisamente buenas —añado para hacerle sentir culpable por ese secreto que no quiere contarme.

—No vas a conseguir convencerme para que te desvele los detalles de mi reunión con Jorge —me advierte—. Pero te encantará esa sorpresa.

—¿Estás seguro?

—Completamente —responde, y lo cierto es que parece muy convencido.

Capítulo 4

Madrugar, igual que cocinar, tampoco se me da demasiado bien. Me gusta despertarme, quedarme un rato en la cama haciendo planes que después rara vez llego a cumplir y desperezarme tranquilamente bajo la calidez del edredón de plumas. Pablo, al contrario que yo, se levanta siempre de buen humor y sin esfuerzo, y no entiende que

me cueste tanto ponerme en marcha.

Aunque habitualmente nos levantamos a las siete y media, hoy Pablo ha batido su record y me ha despertado a las seis de la mañana con un beso.

—¿Por qué estás vestido? —le pregunto mirándole de arriba abajo —.¿Por qué llevas puesta esa ropa?

Pablo viste camiseta y pantalón de lycra y unas zapatillas de running, aunque hace algún tiempo que no sale a correr por las mañanas como hacia al principio de nuestra relación.

—He quedado con Jorge para hacer unos kilómetros —responde.

—¿Has quedado con Jorge?

—Él sale a correr todos los días y he

pesando que podía recuperar alguna de mis sanas costumbres de antaño.

—¿Intentas decirme que desde que estamos juntos has perdido esas sanas costumbres? —Y hago hincapié en las últimas palabras para que se dé cuenta de que su comentario me ha molestado.

—Contigo practico otros deportes sanos y enormemente placenteros —me asegura él dándome un delicado beso en los labios.

Y me derrito, porque una bruja como yo, con un mal despertar horroroso, no se merece a alguien tan tierno y maravilloso como Pablo.

—Diviértete, yo dormiré un ratito más —le digo acurrucándome de nuevo

en la cama mientras le veo salir de la habitación.

Sin embargo, no consigo dormirme. Los remordimientos no me lo permiten. Tras las buenas intenciones del día anterior en cuanto a ponerme al día con el trabajo atrasado, tuvimos que ocuparnos del problema con América y no me quedó demasiado tiempo para atender mis obligaciones. Así que me levanto, me visto y aunque aún es de noche, me voy a la oficina.

A media mañana he respondido todos los correos que tenía pendientes y decido hacer una llamada a mis padres. Últimamente apenas hablamos y cuando

lo hacemos es porque son ellos quienes llaman.

—¡Carlota, cariño! —exclama mi madre en cuanto escucha mi voz—. Estaba pensando en ti.

—¿De verdad? —pregunto sintiéndome culpable de nuevo, esta vez porque ni siquiera soy capaz de cumplir con mis obligaciones como hija.

—Hace un momento he pensado en llamarte, pero he supuesto que estarías trabajando y no he querido molestarte.

—Papá y tú nunca molestáis —le aseguro a mi madre—. Me encanta hablar con vosotros.

Mis padres, que tras la jubilación se trasladaron a vivir al pueblo, han estado

a mi lado siempre que los he necesitado y aunque son muy protectores conmigo, que soy hija única, han sabido respetar mis decisiones y dejar que siguiera mi camino a pesar de las múltiples veces que me he equivocado.

—¿Cómo van los preparativos de boda?

—Aún quedan muchas cosas por hacer y ni siquiera tengo un vestido decente que ponerme —confieso abatida.

—El vestido es cosa de Lolo, no deberías preocuparte.

—Precisamente por eso estoy preocupada, el diseño de su amigo ha resultado ser un fiasco. Debería haberme hecho una fotografía con él

puesto para enseñároslo a todos y demostraros que no miento.

—Verás como todo se soluciona — me tranquiliza mi madre, que al igual que Marga, confía ciegamente en mi amigo—. La tía Paquita está preocupada porque no ha recibido la invitación.

—Es que aún no las hemos enviado.

—Eso le he dicho, pero creo que ya es hora de que las enviéis. La boda está a la vuelta de la esquina.

—Lolo y yo no nos ponemos de acuerdo en el diseño de las invitaciones. Yo cedería si no fuese porque se ha empeñado en enviar unas invitaciones en japonés —le explico a mi madre.

—¿En japonés? Pero entonces nadie

va a entender nada.

—Ya lo sé, mamá, pero Lolo dice que para eso está el traductor de google.

—Tu padre y yo ya tenemos internet en casa y en el móvil, pero tu tía no y al igual que ella habrá otras muchas personas mayores que ni siquiera tengan ordenador —observa mi madre.

—También se ha empeñado en que la comida del banquete sea tipo buffet y japonesa, y en que recibamos a cada invitado a golpe de gong —le digo a mi madre—. Eso por no hablar de los fuegos artificiales, las pompas de jabón o ese maldito vestido que es lo más horroroso que he visto en toda mi vida.

—Cariño, no deberías preocuparte tanto. Lolo quiere que sea una boda

fabulosa y, a pesar de sus excentricidades tiene un gusto exquisito. Además, solo tienes que hablar con él si hay algo que no te gusta, te escuchará.

—Sí, supongo que tengo que hablar con él —Le doy la razón a mi madre porque no quiero preocuparla, pero Lolo no me escucha, hace tiempo que no lo hace y empiezo a sentirme un poco desesperada.

—Tengo que dejarte, cariño. Papá y yo tenemos que ir a clase de informática. Pero ya sabes que te ayudaremos en todo lo que necesites, solo tienes que llamarnos y estaremos allí en unas horas.

—Lo sé, mamá, gracias, dale un beso

a papá de mi parte.

—Te quiero, Carlota.

—Y yo a ti.

Hablar con mi madre siempre consigue levantarme el ánimo y vuelvo a sumergirme en el trabajo sintiéndome más positiva. Espero que el efecto me dure el resto del día, pero Lolo me envía un mensaje citándome en su casa por la tarde y una pregunta vuelve a revolotear por mi mente. «*¿Qué se le habrá ocurrido esta vez?*», pienso con aprehensión.

Mientras voy a casa de Lolo dando un paseo pienso en lo mucho que ha cambiado mi vida en los últimos meses.

Lolo y Jorge viven en un precioso ático y su terraza fue la primera que decoré de manera profesional. Entonces éramos vecinos y él aún no se había casado. Después tuve que mudarme porque no tenía trabajo y no podía hacer frente a la hipoteca. Afortunadamente, Hugo, mi ex, se quedó con el piso, aunque él también terminó vendiéndolo hace unos meses.

Lolo me recibe con el abrigo puesto, también lleva guantes, bufanda y un gorro de lana. No sé a qué está jugando, pensaba que íbamos a quedarnos en su piso y no entiendo por qué me ha hecho subir si la idea era volver a marcharnos.

—Podías haberme dicho que íbamos a salir, te hubiese esperado abajo —le

digo enfadada.

—No vamos a salir, Charlotte.

—Entonces, ¿por qué llevas puesto el abrigo? ¡No me digas que tenéis la calefacción estropeada!

Lolo no responde, me coge del brazo y me lleva a la terraza, un espacio de unos 150 m² cuyo lúgubre aspecto es muy diferente del colorido y alegre lugar que solo el buen tiempo es capaz de lograr. Le sigo sin saber muy bien qué hacemos aquí de noche, con una temperatura que apenas supera los cero grados, y me fijo en el contenido de una de las mesas que hay en un rincón. Lolo ha colocado un par de tazas que parecen contener chocolate y una caja azul que enseguida reconozco porque es de la

pastelería que hay en la esquina de la calle. Incluso ha encendido algunas velas que supongo no tardarán mucho tiempo en apagarse, a pesar de estar dentro de unos bonitos portavelas.

Todo parece indicar que Lolo ha preparado un ágape para la merienda y me parecería perfecto si lo hubiese hecho en el interior de su piso, donde podríamos estar calentitos y protegidos del gélido viento que sopla en el exterior.

—¿De verdad pretendes que merendemos aquí con este frío?

—Entrarás en calor en cuanto tomes un poco de chocolate y pruebes una de esas deliciosas pastas de la pastelería

—responde e intenta convencerme abriendo la caja azul y mostrándome su contenido. Después retira una silla invitándome a que me siente y se coloca a mi lado.

—Estoy temblando de frío y me castañetean los dientes, no creo que sea capaz de comer nada. ¿No crees que estaríamos mucho mejor dentro?

—Charlotte, no seas quejica, aquí se está de maravilla —dice aspirando una bocanada de aire—. Últimamente estás demasiado tensa, ya no te ríes nunca y no pareces disfrutar con nada. Nena, creo que necesitas dejarte llevar.

Las velas titilan por el viento hasta apagarse dejándonos a oscuras y aumentado mi sensación de frío y

malestar. Quizá estoy demasiado tensa, tal y como dice Lolo, pero no veo como una merienda a oscuras y con una temperatura de cero grados centígrados va a conseguir relajarme.

—¿Es esto un nuevo método para combatir las arrugas o endurecer los músculos? —le pregunto a mi amigo sintiendo la piel de la cara tirante y los músculos del cuerpo encogidos por el frío.

—Nada de eso, Charlotte. Solo pretendía que compartiéramos un rato agradable mientras charlamos de tu vestido y algunas otras cuestiones.

—¡Dios, el vestido! Tendría que haber llamado a Karl para disculparme

con él.

—No te preocupes, no está enfadado contigo, ya le he explicado que no tienes muy buen gusto. Además, va a utilizar ese diseño en su colección de otoño-invierno —me dice tan tranquilo—. Y ya sabes que yo me ocuparé personalmente del vestido de boda, así que, nena, asunto arreglado.

—Me quitas un peso de encima —le digo obviando sus palabras en cuanto a mi escaso buen gusto.

—En cuanto a las invitaciones y la comida, y puesto que te niegas rotundamente a aceptar las de diseño japonés y la comida japonesa...

—No me niego al diseño japonés sino a que vayan escritas en japonés —

le interrumpo —. Ya te he explicado un millón de veces que mi familia y amigos desconocen ese idioma. En cuanto a la comida, ¿te imaginas a mi tía Paquita comiendo sukiyaki o sashimi? La primera vez que comió emperador tenía setenta y cinco años y no probó un yogurt hasta los setenta y nueve.

—Olvidémonos de tu tía, nena —me dice ofreciéndome una pasta que yo acepto, aunque no creo que pueda comérmela debido a lo mucho que me tiemblan las manos—. Tenemos que centrarnos en lo importante.

—¿Qué es lo importante? —pregunto con interés.

—Lo importante, querida Charlotte,

es que he organizado la agenda para las próximas semanas y vamos a estar muy ocupados.

—Pero...

—No te preocupes, yo me ocuparé de todo —me tranquiliza, o lo intenta, porque la verdad es que no lo consigue y me siento cada vez más tensa.

No sé si echarme a reír o dejar que todo el estrés que acumulo desde hace semanas salga en forma de lágrimas. No dudo de las buenas intenciones de Lolo, pero sus locas ideas y sus gustos, que a veces pueden ser de lo más extravagantes, me asustan.

Lolo parece leer mi mente y coge mis manos entre las suyas. Agradezco su calor y durante unos segundos dejo de

temblar.

—Sé que estas preocupada y lo entiendo, pero debes confiar en mí. Yo nunca haría nada que pudiese perjudicarte o estropear el que debería ser uno de los días más especiales de tu vida —me dice en tono solemne—. Cuando imagino mi futuro, y aunque quiero a Jorge más de lo que nunca imaginé que podría querer a ningún hombre, soy consciente de que las relaciones, a veces, no duran toda la vida, pero en ese futuro siempre te veo a ti, Charlotte, porque nada ni nadie podrá interponerse jamás entre nosotros.

Noto una lágrima caliente pugnando por escapar de mi ojo derecho. Lolo es

la única persona en el mundo capaz de sacarme de mis casillas en unos pocos segundos, pero también es la persona que sé, a ciencia cierta, que siempre estará a mi lado pasé lo que pasé.

Me abrazo a él y escondo la cabeza en el hueco de su cuello. Su conocido perfume y su calor me reconfortan y me siento confiada y a salvo entre sus brazos.

—Yo también te quiero —consigo decir a pesar de que mis dientes vuelven a castañetear.

—¡Estás helada! —dice poniéndose en pie—. Ven, creo que ha llegado el momento de entrar en casa, quiero enseñarte algo.

Sigo a Lolo hasta la cocina y

agradezco el calor del interior de su piso que, enseguida, se expande por mi cuerpo originándome un agradable hormigueo.

—¡Tachaáááán! —exclama Lolo señalando la encimera de la cocina.

Una vez más Lolo consigue dejarme sin palabras. Parpadeo varias veces intentando convencerme de que lo que ven mis ojos es real y no alucinaciones provocadas por el frío. La cocina es un estallido de color y de aromas debido a la cantidad de tartas que hay colocadas sobre la encimera y que tienen una pinta deliciosa. Y todo parece ser obra de una mujer joven y sonriente a la que nunca antes había visto y que en este momento

da los últimos toques a una nueva obra de arte de color blanco y azul.

—Ella es Lidia, una gran repostera —dice Lolo—. Va a encargarse de hacer la tarta para tu boda y le he pedido que nos prepare una pequeña degustación.

—¿Pequeña? —pregunto mirando a mi alrededor.

Las hay de todos los colores, sabores y formas posibles y pienso que será muy difícil decidirse por una de ellas.

Mi amigo ha vuelto a sorprenderme y me pregunto si algún día dejara de hacerlo.

Capítulo 5

El viernes se presenta con una rapidez vertiginosa tras una intensa semana en la que he sido capaz de sacar todo el trabajo adelante, además de avanzar en los preparativos de la boda. Me siento satisfecha a pesar de que Pablo y yo apenas nos hemos visto, y estoy deseando llegar a casa y pasar una relajada tarde junto a mi futuro marido.

Nada más abrir la puerta Pablo sale a recibirme con una enorme sonrisa. Parece contento y me siento feliz de encontrarle en casa y de que me reciba con tanta alegría.

—Te estaba esperando —me dice cogiéndome de la cintura y apretándome contra él.

—Yo también tenía ganas de verte. Ha sido una semana intensa y no veía el momento de volver a casa esta tarde, pero prometo recompensarte —le digo poniéndome de puntillas para besar sus labios.

—Tengo una sorpresa para ti.

—¿Una... sorpresa? —balbuceo confusa.

No, ya lo he dicho muchas veces, no me gustan las sorpresas. En los últimos dos años he sufrido grandes decepciones debido a las sorpresas que me han dado algunas de las personas en las que más confiaba y prefiero saber lo que va a suceder.

Mientras sigo a Pablo hasta el salón y recorremos el largo pasillo, intento ser positiva e imagino una cena romántica a la luz de las velas. Incluso estoy preparada para algo más informal, como por ejemplo una pizza y una botella de vino que Pablo y yo compartiremos mientras mantenemos una apacible charla. Pero no estoy preparada para lo que ven mis ojos y mi boca se abre, se

cierra y se vuelve a abrir, todo ello sin que yo intervenga para nada.

—¡Sorpresa! —exclama Pablo cuando llegamos al salón.

Y lo es. Es una enorme sorpresa. Una sorpresa mayúscula que me observa desde su trono con la enigmática sonrisa de la Mona Lisa y unos penetrantes ojos negros que me hacen estremecer.

—Mis padres han venido a pasar el fin de semana —me explica Pablo.

—¡Fantástico! —consigo decir, aunque mi voz es apenas un susurro que no denota emoción alguna.

Tomás, el padre de Pablo y mi futuro suegro, se levanta del sillón con una copa en la mano y me da un abrazo que me deja sin respiración y hasta me corta

la circulación sanguínea. Él es un hombre alegre y muy efusivo, quizá un poco más de lo que me gustaría, pero es imposible no encariñarse con él e, incluso, soy capaz de tolerar sus continuos chistes malos y su afición al Fino de Jerez que toma incluso para desayunar.

Mercedes, la madre de Pablo y mi futura suegra, es otra historia. Ella me declaró la guerra nada más conocerme y aunque he intentado establecer una tregua entre nosotras, hasta ahora ha sido completamente imposible. Al contrario que Tomás, ella no se mueve del sillón en el que está sentada y me observa de un modo que no sabría

adjetivar. Esta noche ha cambiado sus batas de flores imposibles por una floreada camisa, una falda de encaje negro y unos zapatos de salón que tienen al menos un tacón de quince centímetros. Su mirada, sin embargo, es tan profunda e intimidante como recordaba.

—Bienvenida, Mercedes —le digo acercándome a ella e intentando que mi tono de voz no delate mi malestar y mi miedo.

—Hola, Carla —responde ella aceptando con desgana los dos besos que deposito en sus mejillas y confundiendo mi nombre a propósito—. Tomás y yo hemos venido a comprobar cómo van los preparativos de la boda.

—Mamá, se llama Carlota, no Carla

—la corrige Pablo.

—Por supuesto, Carlota. Lo he dicho sin pensar y llevada por la costumbre — dice Mercedes.

Su comentario no puede ser más malicioso. Carla, en realidad, es una antigua novia que Pablo tuvo en el instituto y con quien solo estuvo un par de meses. Por aquel entonces ambos tenían dieciséis años y fue él quien dejó a Carla porque, a pesar de su juventud, ella solo pensaba en casarse y no solo tenía listo el ajuar, también había pensado el nombre de sus ocho futuros retoños. Actualmente, Carla, que sigue viviendo en el pueblo de los padres de Pablo, está casada y tiene cuatro hijos.

—No tiene importancia —miento.

—¿Qué os parece si tomamos una copa de vino y nos ponemos al día mientras preparo la cena? —propone Pablo.

—¿Por qué ibas a preparar tú la cena estando aquí Carlota? —pregunta Mercedes con gesto hosco.

—Porque soy yo quien se encarga de cocinar, mamá —responde él con naturalidad.

Mercedes chasquea la lengua y emite un gruñido que consigue ponerme los pelos de punta.

—Pablo cocina mucho mejor que yo —consigo decir.

—Eso me lo creo —dice ella

mirándome de arriba abajo y siguiendo a Pablo hasta la cocina.

—Tengo que ir un momento al baño, enseguida estoy con vosotros —digo e inmediatamente huyo lejos de esa mujer que no parece dispuesta a perdonarme que vaya a casarme con su hijo.

Me encierro en el baño porque es la única habitación de la casa que tiene cerrojo y, por tanto, la única en la que me siento a salvo. Las manos me tiemblan mientras busco en el teléfono el número de Lolo y apenas soy capaz de atinar con el icono de llamada.

—Espero que tengas una buena excusa para interrumpirme, Charlotte. Jorge y yo estamos tomando una copa de champán y a punto de tener una noche de

sexo memorable.

—¿Era necesario que me dieras tantos detalles? —le pregunto con la boca abierta.

—Nena, sigues siendo una remilgada —responde él—. ¿Vas a contarme por qué me has llamado? Pensaba que estabas deseando llegar a casa y meterte en la cama con Pablo hasta el lunes.

—Tengo un problema y es uno enorme. Los padres de Pablo han venido a pasar el fin de semana con la excusa de comprobar cómo van los preparativos de boda.

—Puedes decirles que todo está en marcha y que yo, personalmente, me estoy ocupando de los detalles.

—Pero, ¿es que no lo entiendes? Estoy encerrada en el baño y no me atrevo a salir y a enfrentarme a esa mujer.

—Tengo una receta nueva que pensaba poner en práctica mañana a la hora de la cena —dice mi amigo dejándome aún más confusa de lo que ya estoy.

—¿Me hablas de nuevas recetas cuando estoy con la soga al cuello? ¿Qué será lo próximo? ¿Pollo al curry para la gastroenteritis?

—Charlotte, siempre eres tremendamente dramática y malpensada. Mañana por la noche Jorge y yo iremos a cenar a vuestra casa. Yo cocino.

Dentro de un rato, si aún conservo algo de fuerza, te enviaré la lista de ingredientes para que vayas a hacer la compra.

—¿Crees que venir a cenar hará que mis problemas desaparezcan? Preferiría una varita mágica para hacer desaparecer a esa mujer.

—Pues tendrás que conformarte con una deliciosa cena y con mi compañía —replica él y cuelga el teléfono.

Aún permanezco unos minutos más sentada sobre el inodoro mirando la pantalla del teléfono móvil, que sigue iluminada. El problema no es que Lolo venga y cocine, sino que la madre de Pablo tiene una opinión sobre los gays bastante retrógrada y temo que la cena

termine como los fusilamientos del Dos de Mayo.

Durante la cena apenas participo en la conversación. Mercedes me da pavor y tampoco es que deje que nadie intervenga demasiado. Más bien se trata de un monólogo en el que relata lo guapa que está Carla, lo preciosos que son sus hijos, lo maravillosa que es la vida en el pueblo y lo abandonados que los tiene su único hijo. Una y otra vez me hago la misma pregunta: ¿De verdad Mercedes y Tomás son los padres del hombre con el que voy a casarme?

En cuanto tenemos oportunidad, Pablo y yo nos vamos a la cama, pero no logramos dormir en toda la noche

debido a la cantidad de veces que su madre irrumpe en nuestra habitación. Por supuesto, nada de sexo salvaje tras una semana de absoluta sequía. La última vez que lo intentamos Mercedes nos pilla en una postura que, no sé ella, pero que yo no lograré olvidar jamás.

Todo comienza apenas nos metemos entre las sábanas. Tras una semana agotadora en la que apenas nos hemos visto, estamos deseando pasar un rato juntos. Y solos. Pero Mercedes no debe pensar igual porque justo cuando comenzamos a besarnos entra en la habitación como un vendaval.

—No puedo dormir con esas malditas sábanas que habéis puesto en la cama —anuncia—. Pican y mañana me

levantaré con el cuerpo desollado de tanto rascarme.

Me cubro hasta la cabeza muerta de vergüenza y ni siquiera me atrevo a mirarla. Fue ella quien nos regaló esas sábanas malditas de las que ahora se queja y cuando las he puesto he pensado que sería un gesto que le agradaría. Cuando nos las regaló por Navidad nos aseguró que dormir entre esas sábanas era como estar entre algodones, algo que está claro que ya no recuerda.

Pablo le indica a su madre donde puede encontrar otras sábanas e intentamos retomar las cosas donde las hemos dejado. Pero no pasan ni diez minutos cuando Mercedes vuelve a la

carga.

—¿Cómo podéis dormir con este calor? —pregunta mi futura suegra invadiendo de nuevo nuestro espacio—. O bajáis la calefacción o me veré obligada a abrir las ventanas de toda la casa.

Esta vez Pablo se levanta para bajar el termostato y aunque vuelve enseguida, apenas me quedan ganas de seguir con lo que estábamos. ¿Quién me asegura que su madre no volverá de nuevo?

Pero cuando Pablo me besa y mete la mano bajo mi camisón, mis miedos desaparecen y enseguida consigo olvidarme de que no estamos solos. He echado mucho de menos esta semana pasar más tiempo con él y cuando sus

manos comienzan a viajar hacia mis muslos suspiro de placer y comienzo a quitarle el pantalón del pijama.

—Esto es un instrumento de tortura —grita Mercedes abriendo la puerta de pronto—. No puedo dormir. Esta almohada me produce un intenso dolor de cabeza y ya tengo las cervicales demasiado fastidiadas.

¿De verdad está sucediendo esto o es solo un sueño del que terminaré despertando?

—Mamá, es una almohada cervical viscoelástica y se adapta al contorno del cuello —le explica Pablo, con voz tranquila, mientras sigue acariciando mis muslos bajo las sábanas y yo intento

apartarme.

—Tenía que haber traído mi propia almohada. Bien sabe Dios que no puedo salir de casa sin ella. Eso y mis bragas de felpa.

¿He oído bien? ¿Ha dicho bragas de felpa?

—Hay una almohada en el armario de la habitación donde duermes. La verás enseguida —le indica Pablo.

Y Mercedes vuelve a marcharse, aunque ya no sé por cuánto tiempo. Me siento muy incómoda y solo quiero acurrucarme sobre la almohada y dormirme.

—Lo siento, Carlota, a mi madre siempre le ha costado conciliar el sueño fuera de casa —se disculpa Pablo.

—No tienes la culpa, pero creo que será mejor que intentemos dormir un rato.

—¿Estás segura?

Pablo se incorpora en la cama y tira de mí hasta colocarme a horcajadas sobre él. Antes de que pueda decir nada se deshace de mi camisón, lo tira lejos para que no pueda recuperarlo y, después, me besa de una manera que consigue hacerme desear más, mucho más.

Cuando noto sus manos sobre mi cuerpo apretándome fuertemente contra el suyo, mi futura suegra pasa a un segundo plano y me concentro en Pablo, en su cuerpo que palpita bajo del mío y

en todo lo que estoy deseando hacer con él.

—Despacio —susurra cuando tiro de su pantalón hacia abajo con fuerza.

Lo sé, a veces puedo ser un poco impaciente, pero es normal cuando llevas casi cinco días durmiendo al lado de un hombre como Pablo y estás tan cansada que antes de que la cabeza se pose sobre la almohada ya estás dormida.

Me muevo sobre Pablo deseando sentirle dentro. Él sonríe, pero decide complacerme. Suspiro de placer y comienzo a moverme sobre él mientras me agarra por la cintura y siento sus labios sobre mis senos.

—Tengo que tomarme una tila antes

de que sufra un infarto —dice Mercedes abriendo la puerta y pillándonos en plena faena.

No me atrevo a mirarla, Pablo y yo no sabemos dónde meternos y tiramos cada uno de una esquina de la sábana para cubrirnos sin demasiado éxito. Maldita sábana, maldita noche y maldita Mercedes.

—¿Es que no tenéis ningún pudor? —pregunta ella contemplando nuestra desnudez y nuestro tira y afloja con las sábanas.

Ni siquiera puedo ponerme el camisón sin pasearme desnuda delante de ella porque no sé donde lo ha tirado Pablo. Y no es que me de vergüenza que

otra mujer me vea desnuda, pero acaba de pillarnos en pleno acto sexual y me siento abochornada, turbada, confusa y también muy cabreada y frustrada.

—Mamá, deberías llamar antes de entrar en la habitación —le dice Pablo en tono serio.

—Tú padre y yo solo estaremos aquí un par de días y deberíais dejar estas... estas cosas para otro momento. Antes esperábamos hasta casarnos —replica Mercedes, saliendo de la habitación y dando un portazo que, seguramente, habrá conseguido despertar a todos los vecinos del bloque.

—Creo que será mejor que intentemos dormir un rato —le digo a Pablo recogiendo mi camión del suelo

y volviéndomelo a poner.

—Tienes razón —responde él.

Me meto en la cama y me acurruco junto a Pablo. Su respiración junto a mi oído y sus brazos rodeando mi cuerpo consiguen que me relaje lo suficiente como para dormirme, pero cuando estoy en esa fase de transición de la vigilia al sueño mi futura suegra y mi peor pesadilla vuelve a invadir nuestro dormitorio porque necesita una plancha.

Planchada estoy yo. Y harta. Cansada. Agotada. Tanto es así que Pablo, consciente de ello, decide levantarse y le pide a su madre que me deje descansar. El descanso, sin embargo, no dura demasiado porque a

las seis y media de la mañana, y cuando apenas había conseguido dormir un par de horas, me despierta un fuerte olor a chorizo frito que me produce unas tremendas ganas de vomitar. Se trata de nuevo de Mercedes y de sus extraños gustos culinarios para el desayuno, pero decido no levantarme a pesar de que me resulta imposible volver a dormirme porque, entre chorizo y chorizo, mi futura suegra nos deleita con la discografía completa de Manolo Escobar, Isabel Pantoja y El Fary e, incluso, ha tenido tiempo para intercalar algún tema de Conchita Piquer y La Macarena de Los del Río.

Pablo, rendido ante la evidencia de que su madre no piensa dejarme dormir,

y tampoco a los vecinos que a estas alturas no sé cómo no han llamado a la policía, se lleva a sus padres a recorrer Madrid y me quedo sola y en completo silencio.

Nada más cerrarse la puerta me levanto, voy a la cocina a servirme una taza de café bien cargado y a tomarme un paracetamol para el dolor de cabeza que una noche tan tormentosa como la pasada me ha producido. Después me pongo el abrigo sobre el camisón y salgo a la terraza. Hace mucho frío y el suelo está mojado porque ha llovido durante toda la madrugada, pero es mi rincón favorito de la casa y el único en el que en este momento soy capaz de

relajarme.

No es una terraza muy grande, apenas cabe una mesa, unas sillas, unas macetas y el tendedero, pero a mí me encanta este rincón y es mi lugar preferido para leer y dejar la mente en blanco.

Algo a mi derecha, donde está el tendedero, llama mi atención y vuelvo la vista hacia él pensando que Pablo o yo hemos olvidado recoger la ropa, pero lo que veo me deja completamente aturdida. Contengo la respiración y el latido de mi corazón se detiene unos segundos mientras me acerco y coloco la mano sobre la alfombra que Lolo y Jorge nos trajeron de la india. Está hecha a mano y es de seda, no puede mojarse y mientras mis dedos alcanzan

la tela rezo para que no se haya empapado con la lluvia.

¿Cómo ha llegado hasta aquí la alfombra?

Mis rezos y suplicas no son escuchados. La alfombra está empapada y me temo que ha quedado inutilizada para siempre.

Mi frustración crece y termino pataleando y lanzando todo tipo de improperios contra el viento que se levanta repentinamente y anuncia una nueva tormenta.

Una hora después, algo más tranquila, voy al mercado a comprar la larga lista de alimentos que Lolo me envió ayer por *WhatsApp* y voy de una

tienda a otra esperando las largas colas que se forman los sábados. Pero no me importa y agradezco estar fuera de casa o, más bien, del infierno en que se ha convertido.

Capítulo 6

Lolo y Jorge llegan puntualmente a nuestra cita y su presencia consigue relajarme lo suficiente, a pesar de que es muy posible que acceder a que hayan venido esta noche haya sido un error.

Mientras Lolo y Pablo preparan la cena, Jorge y yo les hacemos compañía y tomamos una copa de vino. Mercedes y Tomás están viendo en el televisor

¡Qué tiempo tan feliz! y no puedo negar que lo está siendo, y que si llego a saber que ese programa es capaz de amansar a las fieras habría grabado una docena para reproducirlos después uno tras otro a lo largo del día.

Mercedes ríe, canta y no pierde detalle de lo que sucede en la pantalla. Hasta parece una mujer nueva y muy diferente de la que anoche consiguió hacerme saber lo que significan, en todas sus acepciones, las palabras pesadilla y surrealista.

Cuando la cena está lista, Jorge y yo nos encargamos de poner la mesa en el salón y, pocos minutos después, cada uno ocupamos nuestro lugar y Mercedes recupera su gesto hostil. El programa de

María Teresa Campos ha tenido un efecto pasajero en ella y lejos del televisor vuelve a ser la temible mujer de siempre.

Tomás parece ajeno a todo, pero sé que mientras existan reservas suficientes de Fino de Jerez todo estará bajo control.

Me siento junto a Lolo y Pablo y lo más alejada posible de mi futura suegra. Lo confieso, soy una persona que cuando entra en pánico tiene tendencia a salir corriendo y sé que mientras esté junto a ellos me sentiré más fuerte y no acabaré escondiéndome debajo de la mesa aunque las cosas terminen poniéndose difíciles. Mercedes está sentada entre

Lolo y Jorge y Tomás entre Jorge y Pablo.

Antes de servir la cena respiro hondo y pido un deseo: «Ojalá el tiempo pase lo más rápido posible y no haya ningún contratiempo». Pero mis deseos no son órdenes para nadie y está claro que hoy no es mi día de suerte.

—¿Dónde está la alfombra, Charlotte? —pregunta Lolo mirando hacia el lugar que ocupa habitualmente en la zona donde se encuentran los sofás.

—Está... está... —balbuceo incapaz de completar la frase.

—En la terraza —dice Mercedes—. La saqué anoche antes de irme a la cama. Esas alfombras del demonio son un foco de polvo y suciedad y mi Pablo

siempre ha sido alérgico al polvo.

¿Pablo es alérgico a los ácaros del polvo? La alfombra lleva aquí desde el verano y en ningún momento le he oído quejarse ni estornudar.

—¿Has sacado la alfombra a la terraza? —pregunta Pablo a su madre, pero no le da tiempo a que responda porque inmediatamente se levanta y le veo correr hacia la terraza.

—¿Qué le pasa a mi hijo? ¡Es solo una alfombra! —exclama Mercedes.

—No se puede mojar y es un regalo que Lolo y Jorge nos trajeron este verano de la India —respondo con toda la calma de la que soy capaz.

—La alfombra está completamente

mojada —dice Pablo mirando a su madre con rostro serio. Parece muy enfadado y jamás lo había visto así.

—Vamos, hijo, siéntate —le ordena Mercedes con un tono de voz autoritario—. La alfombra se secará y hasta le vendrá bien un poco de agua para acabar con la suciedad.

—Aunque se seque ya no servirá de nada —interviene Lolo—. Esa alfombra está hecha a mano y es de seda. Si la base se ha mojado es muy probable que haya perdido el apresto y que se arqueé en los bordes.

—¿Cómo dices? —Mercedes mira a Lolo con sorpresa, no sé si porque se ha atrevido a dirigirse a ella o porque no ha entendido una sola palabra de lo que

ha dicho mi amigo.

—Lo que has oído, mamá — responde Pablo—. ¿Por qué lo has hecho? Ha estado lloviendo toda la noche y sabes perfectamente que no soy alérgico.

—¿Crees que haría algo así a propósito? —se escandaliza ella.

—Lo harías —dice Tomás—. Esa alfombra no te gustó desde que entraste ayer por la puerta.

Me vuelvo a mirar a Tomás estupefacta. Es un hombre de pocas palabras, por no decir ninguna, y nunca antes le había visto llevar la contraria a su mujer.

—La alfombra es feísima y eso pensé

nada más verla, pero juro que ha sido un accidente —se defiende Mercedes—. Os comparé una nueva. No hace falta ir a la india para comprar una alfombra, en el rastrillo que ponen en el pueblo los sábados hay montones y son mucho mejores que esa.

—Perdone que la contradiga, Mercedes, pero es imposible encontrar un objeto tan delicado en un rastrillo de pueblo —dice Lolo que, hasta ahora, ha estado bastante contenido.

—¿Imposible? —Mercedes mira a mi amigo con esos ojillos negros y siniestros y yo me estremezco temiendo lo peor—. ¡Ja!

—Esperaremos hasta que se seque para evaluar los daños —interviene

Pablo—. Será mejor que cenemos antes de que la comida se enfríe.

La cena no ha podido empezar peor y Mercedes no parece dispuesta a dejarlo estar. Nos mira a todos por encima del hombro con suficiencia y deja el tenedor junto al plato. Está claro que se siente molesta y que nos va a dar la noche.

—Lo siento —dice repentinamente sorprendiéndonos a todos—. No sabía que esa alfombra era tan importante para vosotros. En cuanto vuelva al pueblo os compraré una nueva o mejor dos, por si acaso.

Ya me extrañaba que diera su brazo a torcer e, incluso, que se disculpara. Mercedes es una mujer testaruda y de

nuevo me pregunto cómo de alguien así ha salido un hombre como Pablo.

—¿Cómo van los preparativos de boda? —vuelve a la carga mi futura suegra.

Otro tema complicado y controvertido, porque diga lo que diga ella no estará de acuerdo y me temo que Lolo no va a soportar mucho más tiempo las impertinencias de esta mujer.

—Estupendamente —respondo, y me obligo a sonreír para mostrar que lo que digo es totalmente cierto.

—¿Estás segura? —insiste ella entrecerrando los ojos y haciéndome sentir pequeña y desvalida.

No sé qué responder. Si respondo que sí, que todo va bien, seguirá

insistiendo y si le doy algún detalle seguramente mostrará su disconformidad y provocaré un enfrentamiento entre ella y Lolo.

—Ya has oído a Carlota, mamá, todo va bien, muy bien de hecho —Pablo sonríe también y pongo mi mano sobre su pierna para agradecer su apoyo.

—Lolo me está ayudando mucho, si no fuera por él no habría sido capaz de organizarlo todo yo sola. —Y enseguida me arrepiento de haber abierto la boca o, más bien, de destapar la Caja de Pandora.

—¿Lolo te está ayudando? —pregunta Mercedes, dirigiendo su mirada hacia mi amigo, que aprieta los

labios para contener su verborrea.

—Sí —respondo—. Su amigo Karl y él, incluso se están encargando de mi vestido.

—¿Karl? ¿Quién es ese tal Karl? No he oído hablar de él en mi vida —escupe Mercedes y la cara de Lolo pasa del moreno al rojo en pocos segundos.

—Karl es un reconocido diseñador de moda que participa en las más reputadas pasarelas del mundo y cuyos diseños son portada de las revistas más influyentes —responde Lolo con la cabeza alta y actitud defensiva.

—¿No te habría gustado más algo de Victorio & Lucchino, Carlota? —pregunta Mercedes volviendo su atención hacia mí e ignorando a Lolo.

—¿Has dicho Victorio & Lucchino?
—la vena del cuello de Lolo comienza a hincharse de un modo que da miedo y me encojo en mi silla esperando la tormenta que está a punto de estallar.

Mercedes y Lolo se miran desafiantes y espero a que Pablo intervenga, pero no lo hace y me obligo a ser yo quien diga algo para salvar la situación.

—No hay duda de que Victorio & Lucchino son grandes diseñadores, pero también lo es Karl y confío plenamente en él y en Lolo.

—Ya veo —dice Mercedes—. Si me necesitas para cualquier cosa Tomás y yo podemos venir a Madrid y quedarnos

el tiempo que sea necesario.

—Te lo agradecemos mucho, mamá, pero todo está bajo control —le dice Pablo y yo suspiro aliviada.

¿Lo está? Ni yo misma me lo creo, pero prefiero mil veces las descabelladas ideas de mi amigo a tener que soportar a esta mujer que en poco más de veinticuatro horas ha conseguido convertir mi vida en un infierno.

—¿Cómo es que dos chicos tan guapos como vosotros no tenéis novia? —Mercedes saca un nuevo tema de conversación y me pregunto por qué no habla de lo bonito que es su pueblo, del tiempo o del precio del marisco, en lugar de pasar de un tema conflictivo a otro que lo es más aún.

No le he dicho nada a Lolo sobre la homofobia de Mercedes y aunque Jorge y él están acostumbrados a tratar con gente de este tipo, me siento fatal y estoy a punto de fingir un desmayo.

Mercedes mira a Jorge primero y después a Lolo mientras me siento al borde del abismo y agarro la pierna de Pablo por debajo de la mesa hasta hacerle daño.

—Tranquila —susurra él, muy cerca de mi oído, mientras sujeta mi mano y la acaricia con suavidad.

—Porque supongo que estáis solteros, ¿verdad? —continúa Mercedes.

—Casados en realidad —responde

Jorge saliendo de su mutismo.

—¿Por qué no habéis traído a vuestras esposas? —pregunta Mercedes —. No entiendo a los jóvenes de ahora. Si salís cada uno por vuestra cuenta y no hacéis nada juntos, ¿para qué os casáis?

—Yo siempre voy acompañado a todas partes de mi marido —responde Jorge y una sonrisa se extiende por los labios de Lolo.

—Seguro que has querido decir mujer —dice Mercedes.

—No, he querido decir marido que, por cierto, es ese hombre increíblemente guapo que está a su lado —responde Jorge guiñándole un ojo a mi mejor amigo.

—Ese soy yo —dice Lolo orgulloso.

—Carlota y yo fuimos sus padrinos de boda —explica Pablo.

Mercedes boquea como un pez fuera del agua. Espero que, después de digerir esta noticia, no sufra un infarto o un ataque de locura y tanto la alfombra como nosotros acabemos en la terraza muertos de frío, escondiéndonos de esa mujer de horrible carácter y endemoniado temperamento.

—¡Felicidades muchachos! — exclama Tomás levantando la copa de Fino de Jerez que no ha soltado en toda la noche—. Hacéis una bonita pareja.

No respiro hasta que veo a Tomas y

Mercedes salir por la puerta de mi casa el lunes por la mañana. Si la cena del viernes fue un suplicio y la del sábado un calvario, la madrugada del domingo ha sido una auténtica penitencia y me pregunto qué hemos hecho Pablo y yo para merecernos esto.

Mercedes se ha pasado toda la noche en el baño porque por lo visto la cena le ha sentado fatal. La culpa no ha sido del chorizo frito que ha tomado nuevamente para desayunar, de las cinco porras con chocolate que se ha metido unas horas más tarde entre pecho y espalda, ni del guiso picante de maíz que ha comido a mediodía. No, la culpa, según ella, ha sido de la menestra de verduras y del pescado a la plancha de la cena.

Las arcadas, los gemidos y varios litros de manzanilla con un chorro de anís, que Pablo ha tenido que ir a comprar a una gasolinera, han sido los protagonistas de la noche más larga e intensa de mi vida. Y yo que pensaba que ya lo había visto todo... Pues no, no lo había visto todo porque cuando Pablo y yo hemos regresado a la cama pensando que su madre estaba un poco mejor, ella ha vuelto a sorprendernos atascando el inodoro con kilos y kilos de papel y provocando una inundación que ha acabado afectando al piso de abajo y con la intervención de los bomberos, que se han pasado un buen rato achicando agua.

No contenta con su comportamiento de estas tres infernales noches en las que no hemos dormido ni cuatro horas, Mercedes ha vuelto a ofrecernos venirse una temporada a Madrid para ayudarme con los preparativos de la boda. Ante tanta insistencia he estado a punto de claudicar y decirles a todos que renunciaba a casarme con Pablo, pero Tomás ha intervenido y ha conseguido convencerla de que no necesitábamos su ayuda.

—¿Estás bien? —me pregunta Pablo cuando sus padres se marchan.

—Estoy agotada —respondo sin apartar los ojos de la puerta por si se les ocurre volver.

—Lo siento, cariño, mi madre es bastante testaruda y, a veces, puede ser insufrible, pero nunca antes la había visto comportarse de esta manera.

—Porque nunca antes habías estado a punto de casarte —le digo—. No quiero que te culpes o disculpes por lo sucedido.

—Si mi madre sigue con esta actitud tendré que mantenerla lejos de nosotros. Ha sido un fin de semana... dantesco.

—Sí, lo ha sido, incluso han tenido que intervenir los bomberos —le digo sin poder creerlo aún—. Quizá se trate solo de una pesadilla y cuando despertemos no recordaremos nada.

—Lamento decirte que es real —me

dice tomándome por la cintura y acercándome a él—. Supongo que esta es otra de esas cosas que podremos contarle a nuestros nietos.

—Sí, tienes razón, pero espero no acumular muchas más, preferiría tener menos cosas que contarles.

—Tengo que irme a trabajar —me dice dándome un beso en los labios.

—Yo también, aunque me temo que no seré capaz de hacer mucho hoy. Tengo tanto sueño que sería capaz de dormirme de pie.

—¿Por qué no nos damos una ducha juntos?

—¿Me frotarás la espalda? —pregunto con una sonrisa seductora.

—Todo depende de cómo me lo

pidas, tal vez si me lo suplicas...

Le sigo hasta el baño sin soltar mi mano de la suya y pienso que tal vez ha sido uno de los peores fines de semana de mi vida, pero estoy dispuesta a compensarlo comenzando la semana de la mejor forma que se me ocurre. Junto a Pablo, mi futuro marido y el hombre más deseable que conozco.

Una par de horas más tarde estoy con Marga tomando café en la oficina y contándole todo lo sucedido durante los últimos tres días, aunque ella apenas puede creer mis palabras. Y no la culpo. Nadie en su sano juicio sería capaz de

creerme.

—¿De verdad habéis tenido que llamar a los bomberos? —pregunta ella con los ojos abiertos como platos y sin poder parar de reír.

—Ha sido el vecino de abajo quien los ha llamado. Su cuarto de baño parecía las Cataratas de Iguazú y el pobre hombre se ha llevado un susto de muerte.

—Pensaba que mi ex suegra era insoportable, pero esto supera con creces cualquier cosa que pudiera contarte de ella.

—Ha sido un fin de semana terrible —le confirmo a mi amiga sintiéndome otra vez abatida—. Tengo miedo de que vuelva a repetirse. Mercedes se ha

ofrecido a ayudarnos con los preparativos y aunque le hemos dicho que todo está bajo control, la creo capaz de presentarse en nuestra casa sin avisar para hacernos la vida imposible.

—Eso no va a ocurrir. Puedes confiar en Pablo, el hará lo que sea necesario para que su madre no intervenga.

—Quiero a Pablo y estoy completamente segura de que es el hombre de mi vida, pero soy incapaz de soportar a su madre y si ella vuelve...

—Pablo no pondría en riesgo vuestra relación ni siquiera por su madre. Ella es la mujer que le dio la vida, pero tú eres la mujer con quien desea

compartirla. Nunca lo olvides.

—Intentaré no hacerlo —le digo a Marga sonriendo débilmente—. Ahora solo necesito que Pablo y yo recuperemos la normalidad y volver a la rutina. Estoy desenhado que pasemos un fin de semana tranquilo.

—También te vendría bien salir con tus amigas, ¿no crees?

—Eso estaría muy bien —acepto—. Y ahora voy a volver al trabajo. Mi mesa está llena de papeles y necesito poner un poco de orden.

—Vale, pero prométeme que intentarás relajarte.

—Lo haré —le prometo—. Gracias por escucharme y estar siempre a mi lado, necesitaba desahogarme.

—No hay de qué —responde ella levantando el dedo pulgar y guiñándome un ojo.

Capítulo 7

El trabajo consigue absorberme lo suficientemente como para olvidar un fin de semana desastroso. El resto del tiempo lo reparto entre Lolo y sus locuras y Pablo, aunque no puedo decir que Pablo y yo compartamos mucho tiempo últimamente. A su trabajo, ya de por sí intenso, hay que añadirle todo el tiempo que esta semana está dedicando a

la asociación Ni un Desahucio Más. Su altruismo y generosidad fueron una de las cosas que me enamoraron de él, pero empiezo a sentirme un poco abandonada.

El viernes vuelve a llegar sin que apenas me dé cuenta y decido salir antes del trabajo e ir a hacer la compra ya que esta semana Pablo ha pasado más tiempo fuera y hemos sobrevivido a base de ensaladas y pizzas.

Tras hacer la compra y llenar la nevera, voy a la peluquería, me paso por La Perla para comprar un increíble conjunto de ropa interior y también compro unas velas de aroma a canela, que son las favoritas de Pablo.

Regreso a casa y me pongo a preparar la cena. Una ensalada de pasta

con tomates secos y berenjena que me enseñó a hacer Lolo y es bastante sencilla, aunque entretenida, una tabla de quesos y, de postre, un delicioso pastel de manzana que preparan en una pastelería que hay cerca de casa.

Estoy tan animada que, incluso, me pongo a cantar cada una de las canciones que ponen en la radio y pienso en la reacción de Pablo al ver mi ropa interior y todo lo que he preparado.

A las diez de la noche comienzo a impacientarme, la cena está fría y estoy medio ronca de cantar a voz en grito.

A las once y media la cena está helada, las velas se han consumido y he cambiado el canal de la televisión

cincuenta y cinco veces. Lo sé porque las he contado.

A las doce y media tiro la cena a la basura, el mando de la televisión por la ventana y decido irme a la cama.

A la una y media de la madrugada y después de dar veinte vueltas en la cama, lo sé porque también las he contado, oigo abrirse la puerta de la calle y cierro los ojos intentando controlar la respiración para parecer dormida. Me habría marchado a casa de Lolo si no fuese porque esta noche iban a una fiesta y no me ha parecido oportuno utilizar las llaves de su casa cuando ni siquiera les he advertido.

Pablo entra en el dormitorio y se sienta en la cama. Noto su respiración

muy cerca de mi cara y cuando sé que está a punto de besarme abro los ojos y le aparto de mí de un empujón suave pero firme.

—No pretendía despertarte —susurra él dibujando una media sonrisa en su atractivo rostro.

—No me has despertado —le digo con aspereza—. ¿Crees que sería capaz de dormirme sin saber dónde estabas?

—Debería haberte llamado. Iba a hacerlo, pero el tiempo ha ido pasando sin darme cuenta. Lo siento —me dice estirando la mano para depositarla en mi mejilla.

—¿Lo sientes? ¿Eso es todo lo que vas a decir? —inquiero levantándome

de la cama y abandonando la habitación.

Tengo que alejarme de él antes de que diga algo de lo que más tarde pueda arrepentirme, así que esta noche la pasaré en el otro dormitorio.

—¡Espera, Carlota! —me pide viniendo detrás de mí.

A pesar de que llevamos meses viviendo juntos aún hay veces en las que Pablo no parece conocerme. A estas alturas debería saber que cuando estoy enfadada necesito espacio y tiempo para calmarme.

Salgo a la terraza vestida únicamente con un fino camisón a pesar del frío. Madrid aparece ante mis ojos cubierto por la niebla y a lo lejos percibo el sonido de una sirena y de unos tacones

sobre el asfalto. Estoy helada, pero dentro me siento como un animal salvaje enjaulado y me falta el aire. El deseo de escapar y marcharme lejos que he sentido otras veces vuelve a mí con fuerza y es casi incontrolable.

—Carlota, hace demasiado frío aquí fuera —dice Pablo colocándome una manta sobre los hombros.

—Este es el único lugar de esta casa donde puedo estar en este momento.

—Sé que debí llamarte.

—Son demasiadas cosas —comienzo a decir sin mirarle—. El trabajo, la boda y todo lo que va surgiendo a cada paso que damos. Quizá soy una cobarde, pero a veces creo que no podré soportarlo.

—Sé que el trabajo absorbe gran parte de nuestro tiempo, que he delegado en ti todos los preparativos de la boda y que la visita de mis padres solo ha contribuido a aumentar la tensión, pero todo pasará, ya lo verás. Conseguiremos superarlo juntos —dice Pablo acercándose a mí.

—¿Me dirás dónde has estado? No es que desconfíe de ti, Pablo, pero es la tercera vez esta semana que llegas tarde.

—Problemas en la asociación — responde, esquivo.

—¿Qué problemas son esos que te obligan a estar fuera de casa a estas horas? No quiero parecer una novia neurótica ni tampoco celosa, pero, ¿qué

pensarías si fuese yo quien se comportase de ese modo?

—Está bien, voy a contártelo — comienza a decir—. Hace unos días llegó un nuevo caso de desahucio a la asociación. Se trata de una mujer, Clara, y su hija de seis meses. Clara es... es una antigua amiga y estoy intentando ayudarla.

—¿Es una antigua amiga o hay algo más?

—Estuvimos juntos un tiempo, pero hace muchos años de aquello.

—¿Has... has estado con ella hasta ahora? Nunca antes te habías tomado tantas molestias. Entiendo que este caso es diferente, pero...

—Escúchame, Carlota, no ha

sucedido nada, solo fuimos a tomar un café y nos pusimos al día sobre nuestras vidas.

—¿Tres días? ¿Habéis necesitado tres días para ponerlos al día? ¿Tres días sin que me hayas dicho una sola palabra sobre Clara? —le espeto furiosa y devuelvo la vista a la ciudad.

—Clara es solo una vieja amiga por la que siento mucho cariño y a la que intentaré ayudar para que ella y su hija no se queden en la calle. Siento mucho no haberte hablado de ella.

—Está bien, Pablo. Necesito estar sola. Seguiremos hablando en otro momento —le digo alejándome de él y dando por concluida la conversación.

No consigo dormir demasiado después de nuestra pelea y antes de que amanezca salgo de casa y deambulo por la calle sin rumbo fijo. Estamos en invierno, hace mucho frío y la niebla se ha apoderado del paisaje, así que no es que vea mucho, pero tampoco lo necesito. En mi cabeza se repite una y otra vez la conversación que hace unas horas he mantenido con Pablo. No entiendo los motivos por los que me ha ocultado la existencia de Clara. Si me lo hubiese contado todo desde el principio habría podido entender perfectamente que le dedicase más tiempo a su caso e,

incluso, que tomasen un café para ponerse al día después de varios años sin verse ni tener noticias el uno del otro. Pero no lo ha hecho, me lo ha ocultado deliberadamente y no sé si podré entender alguna vez el porqué.

Después de caminar durante varias horas voy a casa de Lolo porque no quiero volver junto a Pablo. En este momento no sabría qué decirle y tampoco tengo claro si quiero saber lo que él tiene que decirme.

Lolo está medio dormido. Ayer Jorge y él estuvieron en una fiesta y, seguramente, llegaron tarde, pero al ver mis ojeras y mi mal aspecto me hace pasar enseguida y me prepara una taza de café. Un rato después me siento

mucho mejor y he conseguido entrar en calor.

—Jamás conquistarás a un hombre con esas pintas, Charlotte —dice mi amigo mirando la ropa que llevo puesta.

Pongo los ojos en blanco y me levanto para servirme otra taza de café. Mi aspecto, en general, no es demasiado bueno está mañana y en cuanto a la ropa, como no quería despertar a Pablo, he cogido lo primero que he encontrado en el cesto de la ropa para planchar y tanto el pantalón como la camiseta están bastante arrugados.

—Sé que intentas distraerme, pero no lo vas a conseguir —replico esbozando una débil sonrisa.

—Deberías volver a casa y hablar con Pablo.

—Te lo dicho, ya hemos hablado y todo lo que tenga que decirme solo empeorará las cosas.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sé.

—No, no lo sabes, pero como haces siempre que hay problemas sales corriendo en lugar de enfrentarte a ellos.

—¿Crees que es normal que un hombre, comprometido y a punto de casarse, pase su tiempo libre con otra mujer con la que estuvo hace tiempo y no se lo mencione ni de pasada a su prometida? —le pregunto a Lolo sentándome frente a él—. Me parecería

del todo normal si me lo hubiese contado, pero no lo ha hecho y no sé por qué.

—Quizá aún no lo sepas, nena, pero siempre eres demasiado dramática. Pablo no ha querido que malinterpretaras sus intenciones y si te lo ha ocultado ha sido porque últimamente estás demasiado nerviosa y un poquito fuera de ti.

—¿Cómo quieres que esté? Todo va de mal en peor, ni siquiera tengo vestido para casarme y... y...

—¡Cálmate, Charlotte! —dice Lolo colocando su mano sobre la mía—. A veces nos equivocamos y no lo hacemos deliberadamente o porque pretendamos hacer daño, sino para proteger a

aquellos a los que amamos.

—¿En qué lugar me deja eso a mí?
—parpadeo un par de veces luchando contra las lágrimas que están a punto de brotar de mis ojos—. Me estás diciendo que Pablo lo ha hecho por mi bien, para no hacerme daño, pero, ¿qué daño podría haberme hecho saber la verdad? La mentira es lo que duele y sobre todo los motivos que le han llevado a mentir.

—¿Insinúas que Pablo siente algo por esa mujer?

—Nunca me había hablado de ella hasta anoche.

—¡Vamos, nena! Todos tenemos secretos. No es nada raro. Y Pablo te quiere a ti. ¿Por qué no confías en él?

—No puedo. Antes de que sucediera lo de Hugo era una mujer confiada, pero ahora no soy aquella persona que vivía en una nube, aquella que mientras su mejor amiga y su novio se acostaban delante de sus narices no se enteraba de nada —me lamento.

—No puedes comparar a Hugo con Pablo.

—¿Problemas en el paraíso? —pregunta Jorge entrando en la cocina.

Acaba de levantarse y ya está guapísimo. Lleva una camiseta de tirantes, un pantalón corto y el pelo algo desgredado, pero parece un dios emergiendo de los mares. Me siento como el patito feo entre dos hermosos

cisnes y eso me deprime aún más.

—Pablo ha estado viendo a una antigua novia. Al parecer está a punto de perder su casa y la está ayudando, pero no le ha contado nada a Charlotte hasta que ella ha insistido después de que él haya llegado tarde a casa varios días — explica Lolo a su marido.

—¿Por qué siempre lo simplificas todo? —le pregunto a mi amigo, cogiéndole del cuello—. ¡Eres imposible!

—Y tú una neurótica, nena —replica él, tirando de mis brazos y haciéndome caer sobre su regazo.

—Pero me quieres.

—Te adoro, Charlotte, y por eso voy a darte un buen consejo. Vuelve a casa y

mantén una conversación con Pablo. Jorge y yo tenemos algo pendiente — dice Lolo volviendo la mirada hacia su marido y guiñándole un ojo.

—¿Quieres que me vaya? —pregunto haciendo un puchero—. Tú y yo tenemos un montón de cosas que hacer.

Y miro a Jorge lanzándole una sonrisa de niña buena para que se solidarice conmigo. No quiero volver a casa, aún no estoy preparada.

—Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras, Carlota —me dice él.

—¿Lo ves? Jorge quiere que me quede. Podríamos llamar a Marga y solucionar el tema de las flores y las invitaciones. Supongo que después de

todo habrá boda.

—Está bien, nena, puedes quedarte, pero después de comer te quiero lejos de mi vista —dice Lolo dándome una palmadita en la pierna derecha.

—Eso ya lo veremos —le digo abrazándome a él.

Un rato después Marga, Lolo y yo discutimos sobre el color de los centros de flores que adornarán las mesas de los invitados sin llegar a ningún acuerdo. Lolo quiere algo japonés como era de esperar, un Ikebana cuyas líneas principales simbolizan el hombre, el cielo y la tierra. La verdad es que no me he enterado de nada de lo que Lolo nos ha contado y, al igual que Marga, prefiero algo más clásico. Cada vez veo

más claro cómo acabará todo esto y si deajo que Lolo se salga con la suya no solo habrá comida japonesa sino que acabaré vistiéndome de geisha.

Empiezo a agobiarme y pienso que, después de todo, es posible que la boda no llegue a celebrarse. Aún no he hablado con Pablo y aunque soy yo quien lo está evitando, tarde o temprano tendré que enfrentarme a él y no tengo ni idea de cómo acabará el enfrentamiento.

—¡Chicos! —grito para llamar su atención—. Tal vez deberíamos dejarlo.

—En cuanto digas la palabra mágica, Charlotte: Ikebana.

—No me has entendido, Lolo, quiero decir que no deberíamos seguir con esto

porque es posible que Pablo y yo no nos casemos nunca.

—¿De qué estás hablando? — pregunta Marga.

—¿Queeeeé? De eso nada. Ni hablar. Habrá boda aunque tenga que llevarte a rastras. ¿Sabes lo que me ha costado reservar el hotel, encontrar una repostera, diseñar el vestido y...? Te vas a casar, Charlotte, no hay nada más que discutir.

—Sé lo mucho que te has esforzado para que todo sea perfecto, pero...

—Una pelea de enamorados es algo completamente normal y no permitiré que por algo así se cancele la boda — me interrumpe Lolo.

—No debes precipitarte, Carlota. Te

doy la razón en cuanto a que Pablo debería haber sido sincero desde el principio, pero al final te ha contado la verdad y debes seguir confiando en él —opina Marga.

—No puedo —niego y muevo la cabeza de un lado a otro para dar énfasis a mis palabras—. Creo que ya nunca podré confiar en ningún hombre.

—Yo soy un hombre y confías en mí, nena —me dice Lolo.

—Tú eres un amigo y no el hombre con el que voy a casarme.

—Una mala experiencia no puede hacerte pensar de ese modo. Yo también sufrí un desengaño que acabó en divorcio, pero ahora estoy con Bruno y

confío plenamente en él —me recuerda Marga.

—No hagas nada de lo que más tarde puedas arrepentirte, Charlotte. Aún recuerdo el numerito que montaste el día de mi boda y aquel discurso sobre el amor y ser valientes. Ahora debes ser valiente —dice mi amigo y levanto la cabeza para mirarle a los ojos recordando todo lo sucedido aquel día.

—Hablaré con Pablo y escucharé todo lo que tenga que decirme. Lo prometo —les aseguro a mis amigos—. Pero tal vez deberíamos dejar las flores para otro día.

—Tú ganas, nena, dejaremos las flores y nos pondremos con las invitaciones, no quiero que tu madre y tu

tía Paquita se disgusten.

Intento protestar, pero Marga coge mi mano, la aprieta y entiendo que tiene razón. No debería ser tan negativa y dramática.

Pasamos las siguientes horas discutiendo sobre mil detalles y solo paramos para comer. Cuando queremos darnos cuenta son las ocho de la tarde y tengo más de cincuenta llamadas perdidas en el teléfono móvil, además de treinta *WhatsApp*. Pablo debe estar muy preocupado y sé que ha llegado la hora de volver a casa.

Me despido de mis amigos sintiéndome mucho mejor y dispuesta a enfrentarme a Pablo.

—¿Dónde has estado todo el día? — me pregunta Pablo saliendo a mi encuentro.

—No te hagas el tonto, sé que Lolo te ha enviado un mensaje.

—Es cierto, pero no deberías haberte marchado sin decirme nada. Me he levantado a las siete y ya no estabas — el rostro de Pablo denota preocupación y cansancio, y en sus ojos atisbo una tristeza que nunca antes había visto.

—He estado paseando y después he ido a casa de Lolo y Jorge. Más tarde ha venido Marga y hemos estado ultimando algunos detalles. Ya sabes, las flores, el

vino y ese tipo de cosas —le explico quitándome el abrigo y dejándolo en el armario de la entrada.

—¿Flores y vino? —pregunta sorprendido y no sé si lo está porque le parece un tema demasiado frívolo para tratar después de nuestra pelea o porque está pensando que la boda no va a celebrarse.

—Sí, eso he dicho. Se supone que nos casamos dentro de un mes y medio —le recuerdo y me dirijo a la cocina para servirme una copa de vino o, mejor, la botella entera.

—Sé perfectamente cuando nos casamos, Carlota —responde detrás de mí—. Pero pensaba que después de nuestra última pelea...

—Tal vez lo que pasa es que discutimos poco —le interrumpo sacando una botella de vino y sirviéndome una copa.

—¿Crees que eso es malo?

—No, no creo que sea malo, solo digo que no estamos acostumbrados.

Pablo no dice nada y comienza a sacar cosas de la nevera para preparar la cena. Verle cocinar me relaja y no puedo apartar los ojos de sus manos mientras pica una cebolla con destreza y se escucha de fondo *A thousand miles* de Vanessa Carlton.

—¿Quieres que hablemos? —me pregunta mirándome a los ojos.

—Sí —acepto, hipnotizada aún por

el rítmico repiqueteo del cuchillo contra la tabla.

—Salí con Clara hace años, mucho antes de conocerte, y si nunca te he hablado de ella es porque si bien éramos grandes amigos, como pareja dejábamos mucho que desear. Nos separamos de mutuo acuerdo, sin dramas ni lamentaciones y, después, me enteré por un amigo en común de que se había ido a vivir a Londres —me explica Pablo mientras pone una sartén sobre la placa de inducción.

—Entonces, ha regresado.

—Al parecer regresó hace un año con Marc, su marido. Clara se quedó embarazada y cuando su hija nació él las abandonó y volvió a su país. Ahora se

encuentra en una situación complicada, ha perdido su trabajo, no tiene familia en Madrid y está a punto de ser desahuciada.

—Lamento la situación en la que se encuentra y espero que puedas ayudarla. Entiendo que pongas más empeño en este caso que en los demás y que te dejes la piel si es necesario, pero sigo sin comprender por qué no me has dicho que estabas con ella todas esas noches que has llegado tarde —le digo molesta—. Tu actitud es la de alguien que intenta ocultar algo.

—No hay nada que ocultar. Te prometo que te lo he contado todo, Carlota, pero temía que algo así pudiera

suceder. —Pablo deja el cuchillo sobre la tabla y aparta la sartén de la placa.

—¿Cómo que temías que algo así pudiera suceder? ¿Insinúas que soy una mujer celosa? Acabo de explicártelo, la culpa es tuya y de tu actitud —le digo enfadada y vacío mi copa de un trago.

—Tienes razón, nunca me has dado motivos para que me comporte así, pero pensé en lo que pasó con Hugo y América y solo quería protegerte.

—Que me trates como a una niña no ayuda demasiado, Pablo —le espeto—. No necesito que me protejas. Es cierto que mi actitud ante los problemas puede resultar un tanto perturbadora. Necesito espacio y tiempo para pensar, pero soy perfectamente capaz de enfrentarme a

ellos y también de reconocer mis errores.

—No debí ocultártelo —reconoce Pablo—. Lo siento, de ahora en adelante no volveré a ocultarte nada.

—¿Lo prometes? —le pregunto, acercándome a él.

—Lo prometo—responde sellando su promesa con un beso.

—Yo también quiero disculparme. Esta mañana no debí marcharme sin avisarte —admito—. Tenía tantas ganas de estar contigo anoche... Estas últimas semanas han sido un poco caóticas y lo único que deseaba era llegar a casa, cenar contigo y estrenar el conjunto de ropa interior que había comprado. Quizá

estaba molesta porque tú no deseabas lo mismo que yo.

—¿Has dicho ropa interior?

—Y no puedo devolverla —le digo sonriendo.

—Tengo una idea. ¿Por qué no vas a ponerte ese conjunto mientras termino de preparar la cena? Esta noche tú serás mi postre —me dice apretándome contra él y besándome de nuevo, esta vez de una forma mucho más profunda.

—¡Vuelvo enseguida! —y salgo de la cocina de mucho mejor humor que cuando he entrado.

Saco del cajón el precioso conjunto de ropa interior de color negro, me desnudo y me lo pongo delante del espejo. Me suelto el pelo y los rizos de

color rojo caen sobre mis hombros como una cascada. Me siento atractiva y sexy. El suave encaje se adapta perfectamente a mi cuerpo y contrasta con mi blanquísima piel y el color fuego de mi pelo.

Me pongo una bata de seda negra que Lolo me regaló por mi cumpleaños y vuelvo a la cocina descalza y expectante.

—Estás preciosa —dice Pablo en cuanto levanta la vista y me ve.

—Aún no has visto nada. —Me acerco a él y le rodeo el cuello con los brazos.

Pablo desata el nudo del cinturón de mi bata y la desliza suavemente por mis

hombros. Me mira con deseo y posa sus manos sobre mis senos. Sus caricias son suaves y despiertan mi lado más salvaje.

—Creo que la cena tendrá que esperar —susurra sobre mis labios.

—Empecemos por el postre — sugiero perdiéndome entre sus brazos.

Capítulo 8

Me reúno con mis amigas en el mismo sitio de siempre y, entre jarra y jarra de sangría y *pescadito frito*, nos ponemos al día de lo sucedido en las últimas semanas y ponemos verde a América por el episodio de su supuesto embarazo. Hablo con ellas a menudo y tenemos un grupo de *WhatsApp*, pero no hay nada mejor que compartir un ratito

con ellas. Es una de las cosas que más aprecio de la vida.

Mientras viví con Hugo descuidé nuestra amistad y llegó un momento en el que nuestra relación era casi inexistente, pero ellas, lejos de enfadarse conmigo, me recibieron nuevamente con los brazos abiertos y me prestaron todo su apoyo en una época de mi vida que fue bastante negra. Nunca podré olvidarlo.

—Queremos oír todos los detalles de la boda —dice Silvia.

—Lo que queremos saber realmente es qué está preparando Lolo. ¡Adoro a ese hombre! —exclama Bea entusiasmada.

—No puedo desvelaros nada porque es una sorpresa —respondo.

Ya sé que no soy amiga de las sorpresas, pero en este caso se trata de algo bueno y no hay nada que temer.

—Seguro que Ana y Marga saben algo —se queja Silvia poniendo morritos—. Trabajáis juntas, así que no me creo que no conozcáis algún detalle jugoso.

—Carlota y Lolo no nos cuentan nada y las paredes son demasiado gruesas para escuchar algo —asegura Ana.

—A mí no me miréis. Solo estoy ayudando con las flores y aún no hay nada decidido —dice Marga.

—¡No es justo! —exclama Bea—. Cuando me casé estabas al día de todos y cada uno de los detalles.

—Hay una cosa que os puedo contar y que debo contaros —comienzo a decir—. Lolo quiere que seáis mis damas de honor.

—¿Damas de honor? —pregunta Silvia y no parece muy emocionada con la idea—. Tendría que ponerme a dieta y la boda está a la vuelta de la esquina. Me temo que no me va a dar tiempo y no puedo ir con todos estos kilos de más.

—No necesitas hacer dieta, Silvia. Estás estupenda —le aseguro a mi amiga.

—Pues a mí me encanta la idea de ser dama de honor. Siempre siento envidia cuando veo alguna película y salen esas chicas vestidas todas iguales

y acompañan a la novia —dice Bea—.
Parecen pastelitos.

—¿Pastelitos? —Ana parece
horrorizada—. No quiero parecer un
pastel. Tengo las caderas demasiado
anchas para ponerme un vestido rosa
lleno de tules.

—No vais a parecer un pastelito —
las tranquilizo—. Karl ha diseñado los
vestidos que vais a llevar y tengo que
deciros que son perfectos. Todos son
del mismo color, pero cada uno tiene un
diseño diferente.

—Confío plenamente en Lolo y
estaré encantada de ser tu dama de honor
—dice Marga.

—Gracias, Marga —le digo
volviéndome hacia ella—. ¿Qué me

decís vosotras? Sé que queda poco tiempo y tendréis que ir a que os tomen medidas, pero me encantaría que aceptarais. Es importante para mí.

—Cuenta con nosotras —dice Silvia—. Pero dile a Karl que nada de tules y vestidos de princesa.

—Estamos contigo en esto, Carlota —me asegura Ana.

—Va a ser muy emocionante —interviene Bea.

—Sabía que podía contar con vosotras —sonrío sintiéndome agradecida.

De vuelta a casa, la felicidad y los litros de sangría que corren por mis venas se evaporan cuando compruebo

que Pablo no está. Desde nuestra reconciliación la normalidad ha vuelto a nuestras vidas y a nuestra relación, y Pablo no ha vuelto a ocultarme las veces que se ha reunido con Clara. No tengo motivos para desconfiar de él, aunque eso no impide que me pregunte dónde estará puesto que no me ha dicho que haya quedado con algún amigo o compañero de trabajo.

Decido no esperarle y meterme en la cama. Estoy cansada y la sangría estaba tan cargada que me siento un poco mareada.

Apenas me pongo el camisón y me meto bajo las sábanas oigo abrirse la puerta de la calle. Pablo ha llegado y esa certeza me produce una intensa

sensación de bienestar. Pocos segundos después entra en la habitación y sin quitarse el abrigo se sienta en la cama junto a mí.

—Has llegado pronto —afirma.

—Ahora Silvia tiene un bebé y cada una de nosotros tenemos a alguien esperándonos en casa. Supongo que nos hacemos mayores —suspiro—. ¿Dónde has estado?

—Jorge me ha llamado esta tarde y me propuso que cenáramos juntos.

—No recordaba que Lolo está de viaje —le digo sacudiendo la cabeza. —Últimamente olvido demasiadas cosas. Jorge y tú os habéis hecho muy buenos amigos.

—Salir a correr juntos cada mañana es algo que une mucho —bromea—. Nos hemos divertido y hemos ligado con dos rubias despampanantes.

—Te creo, Jorge es un hombre muy atractivo —digo para molestarle.

—¿Estás insinuando que yo no? —Pablo hace bizquear los ojos y tuerce la boca en un gesto muy gracioso y no puedo evitar reír.

—Tú eres el hombre más atractivo que hay sobre la faz de la tierra, pero Jorge está siempre rodeado de celebrities y supongo que está acostumbrado a que las mujeres más bellas se acerquen a él con intención de ligar.

—Yo también —dice él convencido.

—¿Cómo es eso? ¿Hay algo que no me has contado?

—Nada importante —responde encogiéndose de hombros—. Pero esas dos rubias han venido directas a mí.

—Te creo. Ya te he dicho que eres muy atractivo, además de guapo, elegante, sexy, un amante increíble... —le digo quitándole el abrigo y comenzando a desabotonarle la camisa.

—Sigue, me gusta escucharte —me pide cerrando los ojos.

—Un hombre capaz de enloquecer a cualquier mujer con sus besos —continúo diciendo mientras me deshago de su camisa—. Un hombre generoso y

amable del que estoy locamente enamorada —y termino la frase posando los labios sobre su pecho.

—Eso me gusta —susurra—. Y también oírte decir que estás locamente enamorada de mí.

—¿Acaso lo dudabas?

—No, pero me gusta que me lo digas.

Poso los labios sobre los suyos delicadamente y los abro para sentir su lengua sobre la mía. Me estremezco de placer al notar sus manos recorriendo mi cuerpo y pienso en lo afortunada que soy por compartir mi vida con una persona que me hace sentir tantas cosas y con tanta intensidad.

—Yo también te quiero y estoy completamente loco por tus huesos —

susurra sobre mis labios.

—Me gusta —le digo notando como una descarga eléctrica me recorre de arriba abajo.

La conexión entre nosotros es total. Nunca he amado a nadie como a Pablo y, por eso, cada una de sus caricias y roces son tan especiales, además de placenteros.

Capítulo 9

—¡No puedo esperar más! —le grito a Lolo—. La boda está a la vuelta de la esquina y quiero ver el vestido.

—Y lo verás, Charlotte, a su debido tiempo —responde él con tranquilidad.

No sé cómo es capaz de mostrarse tan tranquilo. Las semanas han ido pasando y aún no tengo un vestido para casarme. No soy una neurótica, es

normal que me sienta nerviosa y hasta un poco irascible, porque si el nuevo vestido no me gusta no me quedará más remedio que llevarlo puesto.

—¿Cuándo será eso? Porque aún tengo en la retina ese horrible vestido de víbora con el que pretendías que me casara y no puedes pretender que no esté... asustada.

—Te lo he dicho ya un millón de veces, nena. Yo nunca haría nada para estropear uno de los días más importantes de tu vida. Estoy haciendo todo lo posible para que todo sea perfecto y tú, mejor que nadie, deberías saberlo.

—¡Oh, claro! Tú te estás dejando la piel y yo los nervios. Pareces olvidar

que la que se casa soy yo y he tenido que acceder a todo tipo de locuras. Los centros de mesa japoneses, los manteles verdes, las invitaciones, el...

—¡Para un momento! —me ordena—. Las invitaciones las has elegido tú.

—Eso no es verdad. Solo me he negado a aceptar esas invitaciones en japonés. Bueno, y a la segunda opción...

—suspiro intentando armarme de paciencia—. ¿Crees que un tornillo y una tuerca son las ilustraciones más apropiadas para invitar a la gente a una boda?

—¿Por qué no, Charlotte? La idea estaba muy clara.

—No creo que mi tía Paquita lo

hubiese entendido y, ¿qué habría pensado la madre de Pablo?

—Subestimás a tu tía, una mujer que es capaz de descubrir el yogurt a los setenta y nueve años imagina de lo que será capaz a los ochenta y siete —dice soltando una carcajada—. En cuanto a la madre de Pablo, que la zurzan.

—Es la madre de Pablo.

—Y también una arpía, nena.

—Vale, tienes razón, su madre es una arpía. Pero deberías reconocer que a veces eres demasiado... creativo.

—¿Eso es malo? —Lolo me mira con los ojos entrecerrados, esperando mi respuesta.

—Tienes demasiada iniciativa y puedes resultar abrumador.

—No he conseguido llegar hasta aquí siendo aburrido.

—Lo sé, pero a veces te equivocas y nunca lo reconoces.

—¿Puedes decirme en qué me he equivocado, nena? Si fuera por ti te casarías en un mesón, con un aburrido vestido de cortesana y rodeada de una corte de plebeyos a los que les darías de comer tortilla de patatas.

—¡Calla! —le ordeno.

—Te daré unos minutos para que pienses en todo lo que has dicho y te des cuenta de que estás equivocada —dice levantándose del sillón y saliendo del salón.

Cuando Lolo me deja sola me fijo en

su *iPad* que descansa sobre la mesa, a muy pocos metros de mí. Es donde guarda toda la información y estoy segura de que en algún lugar debe haber un diseño de mi vestido de novia.

No sé el tiempo que Lolo va a tardar en volver, pero ha puesto en marcha la picadora de hielo, seguramente está preparando caipiriñas y si soy lo suficientemente rápida podré echar un vistazo antes de que regrese.

Cojo el *iPad* de mi amigo y busco entre la multitud de álbumes fotográficos. Lo bueno de Lolo es que es muy organizado y enseguida encuentro uno denominado Charlotte&Pablo. Contiene cien fotografías y estoy deseando abrirlo y ver que hay dentro de

él, pero cuando estoy a punto de pasar el dedo por la pantalla una ola de arrepentimiento se apodera de mí y no soy capaz de continuar. No puedo hacerlo. Confío en Lolo, aunque a veces pueda ser demasiado impulsivo y un poco extravagante, sé que solo desea lo mejor para mí y lo cierto es que tiene un gusto exquisito.

—¡Suelta eso inmediatamente, Charlotte! —me ordena Lolo que me ha pillado *in fraganti*.

—No he visto nada —le aseguro dejando el *iPad* sobre la mesa y levantando las manos—. Pensaba hacerlo, quería ver si había algún diseño del vestido, pero te prometo que he

parado antes de abrir el álbum.

—En cuanto me doy la vuelta me traicionas —dice poniendo dos copas sobre la mesa y cogiendo su *iPad* para alejarlo de mí.

—Ya te he dicho que no he visto nada.

—Y no lo verás hasta que yo lo diga o irás vestida de cortesana —amenaza.

—No te enfades, solo siento curiosidad.

—Una vez me dijiste que la curiosidad mató al gato —me recuerda.

—Sí, te lo dije aquella tarde que te pillé fisgando en los planos de tu terraza, porque al parecer no confiabas en mí.

—Confiaba en ti, pero sentía

curiosidad.

No le digo nada, pero le hago un significativo gesto que indica lo inflexible y cabezota que está siendo con este tema.

—Vale, nena, puedo entender que tengas curiosidad, pero, ¿confías en mí?

—Confío total y absolutamente en ti.

Lolo me ofrece una caipiriña y la acepto con una sonrisa. Así son las cosas entre nosotros. Nos peleamos, nos abrazamos, nos gritamos, nos besamos y seguimos siendo amigos. A pesar de todo.

Los días pasan entre el trabajo, los

preparativos de la boda y más trabajo. Según se acerca el día X me siento más nerviosa y tengo más ganas de escaparme con Pablo a algún lugar remoto donde nadie pueda encontrarnos. Todo habría sido más sencillo si hubiésemos ido al Juzgado con dos testigos un día cualquiera, pero no creo que ni nuestros padres ni nuestros amigos nos lo hubiesen perdonado nunca.

Marga y yo visitamos la casa de unos clientes junto al Teatro Real. Es un piso muy antiguo, de altísimos techos y enormes ventanales del que me enamoro nada más verlo. Siento especial atracción por estas casas viejas y aunque necesita algunos arreglos yo

mantendría la esencia de lo que es en este momento. Los dueños, sin embargo, no son de la misma opinión y quieren hacer una reforma integral que incluye bajar techos, eliminar pasillos y unificar espacios. Supongo que sus ideas son mucho más prácticas que las mías y que van encaminadas a ahorrar calefacción y hacer las estancias más amplias y cómodas, pero no puedo evitar suspirar con cierta pena al mirar el precioso suelo de mosaico y saber que acabará destrozado en un contenedor.

Una hora y media después Marga y yo salimos a la calle satisfechas por la entrevista y nos encaminamos hacia la oficina.

—Podríamos comer algo antes de volver. Son casi las dos —propone Marga.

—Acepto encantada, llevo toda la semana a base de sándwiches a medido día. Menos mal que Pablo cocina la mayoría de las noches, de lo contrario me alimentaría peor que cuando iba a la universidad.

—Tienes suerte. Bruno no sabe cocinar y a mí no me gusta. —dice encogiéndose de hombros—. ¿Entramos aquí?

Estamos frente a un restaurante italiano y se me hace la boca agua al pensar en un plato de pasta o una ensalada.

—Sí, me parece bien.

Enseguida conseguimos una mesa y nos atiende un camarero un tanto raro que lleva las manos en la espalda y en lugar de apuntar nuestro pedido se inclina cada vez que mencionamos un plato, y después se marcha caminando hacia atrás como si fuese un cangrejo. No dudo de su profesionalidad y buena memoria, pero me resulta un tanto chocante y no puedo evitar soltar una risita cuando le veo desaparecer tras una puerta.

—Cuéntame, ¿qué tal con Bruno? —
le pregunto a mi amiga.

—Bastante bien a pesar de que sus hijos no terminan de aceptar que

estemos juntos. Pero ya son mayores y terminarán superándolo. Al menos eso es lo que espero.

—Los hijos somos muy egoístas. Creemos que nuestros padres tienen que estar siempre apoyándonos y animándonos, y no nos damos cuenta de que ellos también tienen una vida. Formamos parte de ella, pero no nos pertenece como erróneamente pensamos.

—Bruno lleva viudo diez años y sus hijos se han independizado y comenzado una nueva etapa de su vida. Es lógico que él quiera estar con otra persona, pero ellos no opinan de esa manera — me explica Marga con tristeza.

—Lo harán, ya lo veras. Estoy segura de que cuando te den una oportunidad

terminarán enamorándose de ti como lo ha hecho su padre.

—Eso pienso algunas veces, pero otras muchas creo que nunca será posible. —Marga chasquea la lengua y vuelve a dibujar una sonrisa en sus labios—. ¿Qué tal vosotros? ¿Ha vuelto la normalidad a vuestro hogar?

—Sí, Pablo y yo estamos bien —le aseguro—. A veces no puedo evitar sentirme insegura. Sé que lo que pasó con Hugo es improbable que vuelva a suceder y no había vuelto a pensar en ello hasta que sucedió lo de Clara, pero ahora vuelvo a sentir que la vida nos da sorpresas cuando menos lo esperamos.

—Te entiendo, me sentí así durante

mucho tiempo después del divorcio. Cuando fracasas te vuelves más cautelosa y desconfiada.

—Gracias a mi ruptura con Hugo conocí a Pablo, no deja de ser paradójico. La vida a veces puede ser muy enrevesada —me lamento.

—Sí, puede ser enrevesada, pero merece la pena vivirla.

De vuelta al trabajo repaso la agenda de los próximos días y respondo los e-mails que se acumulan en la bandeja de entrada. Hasta que, al llegar a uno de los correos, mis ojos se abren tanto que parece que vayan a salirse de las cuencas y un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Si fuese una película se titularía *América ataca de nuevo* o quizá

América, mi peor pesadilla.

Debería ignorarlo, borrarlo y pasar a otra cosa. No sé cómo se atreve a escribirme de nuevo después de lo sucedido con Ana y Javier. Pero su desfachatez es tremenda y por eso abriré el correo y después le responderé, con la misma desfachatez, dónde puede metérselo.

De: América Sostres

Para: Carlota Ruiz de Nalón

Asunto: Disculpas

Quiero disculparme por las mentiras que me vi obligada a contarte sobre Javier, pero mi situación es desesperada. La peluquería va de mal

en peor y si no hago frente a los pagos que tengo pendientes tendré que cerrar cuando acabe el mes.

Debería habértelo contado desde el principio en lugar de mentirte, pero sabes que nunca me ha resultado fácil pedir ayuda. Sin embargo, y puesto que no sé a quién recurrir, ahora te la pido. Un amigo me está ayudando con unas acciones de marketing que estoy segura que van a funcionar. Solo necesito un poco de dinero para ponerlo todo en marcha. Te lo contaré todo en persona si accedes a que nos veamos.

Me he portado muy mal contigo, Carlota, y me he arrepentido muchas veces de lo que hice. Dame una oportunidad para demostrártelo.

América

Lo que leo me deja no solo con los ojos muy abiertos, sino, también, con la boca abierta. Me está pidiendo dinero y se atreve a hacerlo a pesar de todo lo que ha sucedido entre nosotras. ¿De verdad piensa que voy a prestárselo?

Mi primera intención es borrar el correo, pero en su lugar lo guardo y decido no llamarla. Ni siquiera debería pensar más en ello y no voy a contárselo a nadie a menos que estos correos comiencen a ser recurrentes.

El teléfono interrumpe mis pensamientos y casi me alegro de ello hasta que veo el nombre de Mercedes en

la pantalla y mi alegría se evapora sin dejar rastro. Durante unos segundos miro fijamente la pantalla. Mis manos tiemblan, mi respiración se agita y hasta pienso en la posibilidad de apagar el teléfono. No sé lo que quiere Mercedes y creo que no me va a gustar nada saberlo.

—Hola, Mercedes —saludo sonriendo y noto un leve temblor en mi voz.

—Iré directa al grano, Carla.

—Es Carlota —la corrijo.

—Necesito algunas cosas para la boda, así que coge un bolígrafo y apunta —continúa diciendo ignorando mis palabras.

—¿Cómo? —La pregunta sale de mis

labios sin pretenderlo y me doy cuenta, demasiado tarde, de que no solo lo he pensado, también lo he dicho.

—Que apuntes, tengo un poco de prisa.

—Está bien, ya tengo un bolígrafo.

—Necesito que busques una peluquera y no me vale cualquiera. Si os casarais aquí, en el pueblo, no habría ningún problema porque mi peluquera de toda la vida es una mujer con mucha experiencia, pero viendo los pelos que lucís en la capital.... —Mercedes suspira ruidosamente y yo vuelvo a temblar—. Tendré que conformarme, pero no con cualquier cosa.

—En Madrid hay muchas peluquerías

y...

—¿No pretenderás que vaya a tu peluquera? —me interrumpe.

—¿Qué tiene de malo mi peluquero?

—Carlota, tienes un color de pelo... llamativo y tus rizos no están del todo mal, podría ser mucho peor, pero ese corte que llevas no te favorece nada —me dice mi futura suegra—. Necesito a alguien profesional que además sepa colocar una peineta y una mantilla.

—¿Peineta y mantilla? —Esto no puede ser, debe tratarse de una pesadilla y voy a despertar ya. En tres, dos, uno...

—Soy la madrina y en mi pueblo las madrinas vamos con mantilla y peineta. De color negro, por supuesto.

—¿Ne... negro?

—Me irá bien con el vestido que he comprado. Es un diseño de Victorio & Lucchino muy elegante de color negro, con flores rojas y pequeños volantes que caen en cascada hasta los pies. Y todo ello rematado por una espectacular cola que, junto a la mantilla, me quedaran de *muerrrrte*.

Esto no puede estar sucediendo. Mientras Mercedes habla voy imaginándola con ese vestido que parece el de una folclórica y no puedo evitar pensar en Tomás con un traje de torero. Estoy aterrorizada. ¿Qué va a pensar de todo esto Lolo cuando se lo cuente?

—Sigue apuntando, Carlota.

Peluquera, maquilladora, unos panties de cristal de la talla XXXXXLLLLLL —¿Se ha vuelto loca? Esa talla no existe —, dos kilos de pepinos, dos botes de miel, una docena de huevos...

—¿Cómo?

—Los pepinos, la miel y los huevos son para hacerme una mascarilla. Quiero que mi cutis luzca perfecto.

—Podría comprarte un...

—Nada de exfoliantes ni mascarillas de esas que venden por ahí. Son caras y no funcionan. ¿Te has fijado en la piel que tengo a pesar de la edad? Sigue apuntando. Esmalte rojo, dos botes de laca, una...

Desconecto. Estoy completamente alucinada. Conseguir todo lo que me ha

pedido me llevará demasiado tiempo y no es que me sobre precisamente. Mercedes es egoísta y manipuladora y sabe perfectamente que haré todo lo posible por complacerla, aunque eso no evitará que me siga odiando y llamándome Carla hasta el fin de los días.

Regreso a casa totalmente abatida. El día de la boda se acerca y en mi mente solo puedo ver una palabra en letras rojas y brillantes: ESCAPAR. Escapar de Mercedes, de Karl y sus diseños, de Lolo y sus locuras... Escapar es la mejor idea que se me ocurre para alejarme de todo esto y no terminar completamente loca.

Abro la puerta de casa y enseguida la voz de Pablo llega a mis oídos. Parece que está hablando por teléfono, pero en cuanto llego a la cocina y advierte mi presencia baja la voz y se despide de su interlocutor. Me acerco a él para darle un beso y me recibe con su habitual sonrisa y con un abrazo que me reconforta.

—Me encanta regresar a casa —le digo recostándome sobre su pecho.

—Y a mí que vuelvas. —Y besa mi pelo produciéndome un pequeño estremecimiento—. ¿Has estado con Lolo?

—No, hoy tenía mucho trabajo y me he pasado más de una hora hablando con

tu madre por teléfono.

—¿Mi madre te ha llamado?

Pablo parece sorprendido y no es extraño. Su madre no me ha llamado nunca y si he hablado con ella ha sido por accidente al descolgar el teléfono de casa.

—Me ha llamado por esto — respondo sacando un folio doblado en cuatro partes.

—¿Qué es eso?

—Una lista interminable de cosas que, al parecer, tu madre necesita para la boda.

Pablo coge el folio, lo desdobla y comienza a leer. Según va avanzando su expresión pasa de la impasibilidad a la sorpresa y sus preciosos ojos azules se

abren cada vez más.

—Dos kilos de pepinos, dos botes de miel, una docena de huevos... ¿Es que piensa hacer un pastel de pepino? — pregunta Pablo arqueando las cejas.

—Por lo visto es lo que necesita para hacerse una mascarilla.

—Olvídate de esto. Hablaré con ella y le diré que no tienes tiempo para estas cosas. Es nuestra boda, no la suya, y estoy seguro de que lo entenderá.

—Te lo agradezco, pero tu madre me odia y si le digo que no puedo hacerme cargo de esa lista tendrá más motivos para hacerlo —le digo sintiéndome muy abatida.

—No te odia, Carlota. —Pablo coge

mis manos entre las tuyas y el gesto me reconforta, pero no evita que siga pensando en su madre—. Ella es así con todo el mundo.

—Lo que más me preocupa de la lista es lo de la mantilla.

—¿La mantilla? No he leído nada acerca de una mantilla.

—No, la mantilla la traerá ella, dice que en su pueblo la llevan todas las madrinas. La verdad es que no le veo sentido tratándose de una ceremonia civil, pero me aterroriza la reacción de Lolo. Estoy segura de que va a enfadarse mucho y no quiero darle otro motivo más para discutir.

—No te preocupes. Llamaré a mi madre tal y como te he dicho y le

explicaré que...

—Tú madre no lo va a entender, Pablo. La conoces mucho mejor que yo y sabes que no renunciará a la mantilla. Ni siquiera creo que conciba la idea de que una madrina vaya sin ella.

—Creo que subestimas mi poder de seducción —me dice con una pícaro sonrisa.

—Nunca lo haría, el problema es que no sé quién es más cabezota, si tu madre o Lolo.

—De Lolo puedo encargarme yo.

—No, gracias. Es mejor que no le digamos nada. Si se entera el día de la boda se enfadará, pero ya no podrá hacer nada. Así que se lo ocultaremos.

Estoy cansada y no quiero más enfrentamientos ni discusiones tontas que no conducen a nada.

—Está bien, como quieras.

Me acerco a la nevera, saco una botella de vino y lo sirvo en dos copas de cristal. Seguramente el vino no sea una solución a ninguno de los problemas, pero nos ayudará a relajarnos y eso es algo que los dos necesitamos. El día se acerca y aquí estamos, bebiendo vino para olvidar y con ganas de huir a cualquier parte.

—¿Con quién hablabas cuando he llegado? —pregunto con curiosidad.

—Con Jorge —responde, y no parece tener intención de decir nada más.

—¿Irás a correr mañana con él?

—No, Jorge está en Londres, pero saldré solo. No quiero perder el ritmo.

—Entonces, ¿te ha llamado desde Londres? —insisto.

—Sí.

—Debe tratarse de algo importante si te ha llamado desde allí.

—Sí, era importante y no sigas insistiendo porque no voy a contarte nada más.

—No entiendo a qué viene tanto misterio.

—Carlota... —y su tono de voz es de advertencia.

—No me gustan los secretos, tampoco las sorpresas y deberías saberlo —digo molesta.

—¿Tú no tienes ningún secreto? —
inquire Pablo.

—¿Por qué iba a tener algún secreto?
Lo sabes todo sobre mí.

—Te lo contaré cuando llegué el
momento.

—No, eso no es suficiente.
Prácticamente tuve que rogar para que
me contaras lo de Clara.

—Esto no tiene nada que ver con
ella. Ya sabes que se ha ido a Galicia
con su familia. Me gustaría que
confiaras en mí —me pide.

—Ya sé que esto no tiene nada que
ver con Clara. Intentas desviar mi
atención, pero no vas a conseguirlo.
Hablamos de Jorge, de ti y de una

sorpresa —le recuerdo.

—¿De Jorge y de mí?

—No te hagas el tonto —le espeto subiendo el tono de voz.

—¿Piensas que hay algo entre nosotros?

—No he dicho eso, ni siquiera lo había pensado, pero ahora que lo dices...

No, no creo que haya nada entre Jorge y mi futuro marido, solo lo digo para molestarle y sacarle de sus casillas.

—¿Estás hablando en serio? —me pregunta cogiéndome de la mano y mirándome fijamente a los ojos.

—Jorge es gay, así que podría sentirse atraído por ti.

—No me puedo creer que estemos manteniendo esta conversación —dice muy serio—. Jorge es gay, pero parece olvidar que yo no lo soy y que él es el marido de tu mejor amigo.

Yo tampoco puedo creer el camino que ha tomado esta conversación. Se nos ha ido de las manos o, más bien, yo la he dejado escapar y ahora me encuentro en una encrucijada. ¿Me disculpo y le digo que no hablaba en serio o sigo por este camino solo porque estoy molesta?

Pablo suspira ruidosamente y agacha la cabeza. Me he pasado, lo sé, y le debo una disculpa.

—Pablo, lo siento, no es lo que pienso —le digo acercándome a él, pero

cruza los brazos sobre su pecho marcando las distancias—. Sé que es una idea absurda.

—¿Por qué lo has dicho?

—Lo he dicho sin pensar y lo lamento muchísimo —respondo dejando caer los brazos y sintiéndome completamente estúpida.

—Ven aquí —Pablo tira de mi mano, se sienta sobre una banqueta y me acoge entre sus brazos—. Empiezo a pensar que todo esto de la boda ha sido un error.

—¿Cómo dices? —el corazón comienza a latirme desbocado y busco sus ojos intentando leer en ellos lo que siente.

—Estábamos bien hasta que

decidimos casarnos y Lolo y tú comenzasteis a organizarlo todo.

—No sé lo que intentas decirme, pero...

—Tranquila —me dice mientras coloca un dedo sobre mis labios—. Quizá deberíamos pensarlo bien antes de dar el paso.

—¿Quieres... quieres que anulemos la boda? ¿Intentas decirme que no quieres casarte conmigo? —pregunto con un enorme nudo en la garganta.

—Quiero que estés bien, Carlota, y que vuelvas a ser la mujer que eras antes de comenzar con esta locura. Y si eso significa que no podemos casarnos...

No escucho las últimas palabras de

Pablo porque me separo de él y a grandes zancadas salvo el espacio que me separa de la habitación de invitados. No quiero que Pablo me vea llorar. No quiero derrumbarme delante de él. No quiero sentirme tal y como me siento en este momento. Destrozada.

Capítulo 10

Ni las tres capas de maquillaje, ni todo el colorete que me aplico antes de salir de casa pueden disimular las ojeras y la extrema palidez de mi rostro, pero, después de pasar la mayor parte de la noche llorando y preguntándome cómo Pablo y yo hemos llegado a esta situación, las ojeras y la palidez son solo una consecuencia más.

Hasta ahora nuestra vida en común había sido plenamente feliz y satisfactoria. Nunca había imaginado que pudiera enamorarme de alguien como lo hice de él y mucho menos que sería correspondida en la misma medida.

No puedo evitar recordar el día que Pablo habló por primera vez de matrimonio. En aquel momento no estaba preparada e, incluso, llegué a romper con él para arrepentirme poco tiempo después. Mi relación con Hugo había finalizado unos meses antes y la que mantenía con Pablo iba demasiado deprisa. Eso me asustó y me hizo dar un paso atrás. Afortunadamente, reaccioné

con rapidez y pude recuperarle antes de que fuese demasiado tarde. Y fue Pablo, con su infinita paciencia, quien me hizo ver que lo único importante era que estuviésemos juntos.

¿Qué ha pasado desde entonces?

Las últimas semanas han sido una auténtica locura y sé que he estado nerviosa e irascible, pero las circunstancias no han ayudado demasiado. Primero fue América y su intento de chantaje, después Mercedes y un fin de semana surrealista con visita de los bomberos incluida, y, cuando pensaba que nada más podía suceder, Clara apareció de la nada provocando mis celos y mi ira. Si a todo ello añadimos una empresa que dirigir y una

boda que organizar, el resultado es demasiado estrés, muchos nervios y, de nuevo, unos tremendos deseos de escapar.

Pienso en Lolo y en mis padres y todo parece resquebrajarse a mi alrededor profundizando en esa enorme herida que se ha abierto durante la noche. Ni siquiera sé cómo voy a decirles que Pablo y yo no vamos a casarnos.

Mis padres están muy emocionados ante la idea de que su única hija se case, especialmente mi padre que iba a ser el padrino de la boda. La noticia les romperá el corazón y también a Lolo, que durante meses ha estado

planeándolo todo meticulosamente para no dejar ni un solo detalle al azar.

Habría que cancelarlo todo y ya nunca llevaré ese vestido que ni siquiera he visto aún, pero que tenía un significado muy especial porque era el que iba a llevar puesto en el momento en que mi destino y el de Pablo se unieran para siempre. Para siempre. Un conjunto de sílabas que en realidad no significan nada. Pablo y yo no vamos a casarnos y ni siquiera sé lo que eso significa.

El sonido del teléfono me devuelve a la realidad. Es Lolo, pero no puedo hablar con él en este momento. Aún no sé qué voy a decirle, así que lo guardo en el bolso para amortiguar el sonido. Pero Lolo insiste una y otra vez y

termina enviándome un montón de mensajes que no tengo ganas de leer, pero que termino leyendo.

Charlotte, te necesito. Te espero en mi casa en media hora.

Es URGENTE. Deja lo que estés haciendo y ven inmediatamente.

Nena, no puedo más. Coge el teléfono, llámame, ven. Te necesito.

No sé qué puede ser tan urgente que requiera de mi presencia inmediata, pero cojo el abrigo y el bolso y salgo de la oficina para dirigirme a casa de mi amigo.

El aspecto de Lolo es terrible. Nunca antes le había visto así. Él es uno de los hombres más guapos que conozco y siempre va impecablemente vestido ya sea con traje, vaqueros o con un modelito imposible, y su pelo luce a la última. Pero hoy parece alguien completamente diferente. Lleva puesta una camiseta blanca arrugada, unos pantalones cortos que jamás le había visto antes y que apuesto que no son suyos, y el pelo revuelto y aplastado en el lado derecho como si hubiese pasado mucho tiempo tumbado sobre él. Debe sucederle algo realmente grave porque, de no ser así, nunca dejaría que alguien,

ni siquiera yo, le viese con este aspecto.

—¿Qué ha pasado? Estás...
pareces...

—Horrible, Charlotte, mi aspecto es horrible. Mi vida ha llegado a su fin — me dice agachando la cabeza y volviendo al salón.

—¿Estás enfermo? —me tiembla la voz y de pronto me siento aterrorizada ante la idea de perder a Lolo.

Le sigo a través del pasillo con el corazón en un puño. Me pican los ojos de aguantar las lágrimas y me siento patética porque se supone que estoy aquí para animarle, no para llorar.

—No, nena, no en ese sentido. Tengo una salud de hierro —me corrige tumbándose en el sillón.

—Déjame un hueco —le pido retirándole los pies.

—Será mejor que te alejes de mí, hoy no me he duchado.

—No seas tonto. ¿Recuerdas cuando estuve varios días sin ducharme?

—No me lo recuerdes, Charlotte, olías como una cloaca y tu pelo era un nido de culebras —responde tapándose la nariz.

—Vale, sí, lo recuerdo. Pero he venido porque me necesitabas y me gustaría saber qué tipo de problema ha hecho que un hombre como tú se encuentre en este estado. ¿Es por el trabajo?

—Creo que Jorge va a dejarme.

—¿Qué estás diciendo? ¿Jorge?
¿Él... él va a dejarte?

—Eso es lo que he dicho, nena —
responde apenado.

—Eso no puede ser —le digo
poniéndome en pie—. Esto no puede
estar sucediendo. Jorge y tú, Pablo y
yo...

—¿Qué pasa con Pablo?

—No quiere casarse conmigo, pero
te lo contaré después, ahora quiero
saber qué os ha pasado a vosotros y por
qué crees que Jorge va a dejarte.

—¡De eso nada, Charlotte! Quiero
saber por qué dices que Pablo no quiere
casarse.

—Cree que desde que decidimos

casarnos todo ha cambiado entre nosotros, también yo, y la nueva Carlota no parece gustarle demasiado —le explico.

—Habrán sido los nervios, conozco bien a Pablo y sé que es un hombre de palabra. Se le pasará, ya lo verás.

—No estoy tan segura, Lolo, anoche me fui a dormir a la habitación de invitados y ni siquiera intentó hablar conmigo.

—Charlotte, te lo digo siempre, eres demasiado dramática. Pablo sabe que cuando te disgustas necesitas espacio y eso es lo que ha hecho, darte espacio —me recuerda mi amigo—. Será mejor que nos preparemos un coctel para reconfortarnos.

Lolo se pone en pie y voy a la cocina tras él. Es demasiado pronto para beber, pero no se me ocurre nada mejor para olvidar.

—Prepararé unos gin-tonic —me dice sacando hielo del congelador.

—¿Vas a contarme por qué crees que Jorge va a dejarte? Se supone que me has llamado para contármelo.

—Porque está con otro hombre — responde en tono neutro.

—¿Estás seguro?

—Llega tarde muchas noches y le he pillado en varias ocasiones hablando por teléfono con alguien misterioso a quien cuelga en cuanto aparezco. ¿No te parece sospechoso?

—¿Has hablado con él?

—¿Qué quieres que le pregunte? «Oye, Jorge, ¿tienes un amante?». Y el responderá: «Sí, Lolo, lo tengo» —dice dejando un gin-tonic delante de mí y poniendo los ojos en blanco—. Charlotte, las cosas no funcionan así. Probablemente me diría que no y terminaría dejándome cualquier día tirado como una colilla.

—Posiblemente todo tiene una explicación. No puedo creer que Jorge esté con otra persona. Está enamorado de ti.

—A veces el amor se rompe de tanto usarlo —dice parafraseando una canción de Roció Jurado—. La única

explicación posible a sus constantes retrasos y misteriosas charlas telefónicas es que tiene un lío, es decir, que me ha puesto los cuernos.

—Creo que yo tengo una explicación.
—Doy un largo trago a mi bebida y me preparo para el interrogatorio.

—¿Tú? ¿Cómo puedes saber con quién se acuesta mi marido?

—No sé con quién se acuesta... Lolo, Jorge no se está acostando con nadie. Lo que intento decir es que creo saber con quien mantiene esas conversaciones por teléfono.

—¡Suéltalo de una vez, Charlotte! — me apremia.

—Con Pablo.

—¿Pablo? ¿Tu Pablo? ¿Estás

diciendo que mi marido y...?

—No es lo que estás pensando —le interrumpo—. Ellos se traen algo entre manos, algo relacionado con una supuesta sorpresa que Pablo quiere darme. Jorge le está ayudando. Lo cierto es que no entiendo nada. Ayer mismo me dijo que no quería casarse conmigo.

—No tiene sentido. Aquí está pasando algo y tú y yo vamos a averiguarlo inmediatamente.

—Sabes que odio las sorpresas y ahora mismo no sé qué pensar, pero creo que no deberíamos meternos en lo que sea que planean.

—Jorge vuelve mañana de Londres, prepararé la cena y Pablo y tú seréis

nuestros invitados —dice él en un tono que suena a orden.

—Pablo y yo no nos hablamos —le recuerdo.

—Llamaré a Pablo y también me encargaré de Jorge —dice poniéndose en pie—. Y ahora, nena, mientras me doy una ducha prepara un par de copas de ese brebaje. Me siento mucho mejor.

—¿Puedo quedarme aquí a pasar la noche? —pregunto tímidamente—. Estás solo y es evidente que no te sientes muy bien.

—¡De eso nada! Tienes que regresar a casa y hablar con Pablo. Esa boda se va a celebrar y mañana os necesito aquí a los dos.

Aunque Lolo no me deja quedarme a pasar la noche voy alargando la hora de volver a casa y, entre gin-tonic y gin-tonic, he logrado mi objetivo y son las dos de la madrugada.

Pablo debe estar en la cama y todo está en silencio, pero su abrigo está colgado en el armario de la entrada y su ordenador portátil descansa en la encimera de la cocina.

Me quito los zapatos para no hacer ruido y me voy directamente a la habitación de invitados. Pablo no ha intentado ponerse en contacto conmigo durante todo el día y no pienso anunciarle mi llegada.

Me despierto con un terrible dolor de cabeza y la boca completamente seca. Los gin-tonic de ayer han conseguido que duerma de un tirón, pero hoy me tocará pagar las consecuencias.

Me levanto y voy a la cocina esperando encontrarme a Pablo trabajando en su ordenador mientras toma una taza de café y me sorprendo al no verle. Tampoco hay rastro de él en el dormitorio, la cama está hecha y el baño limpio y recogido. Empiezo a preguntarme si debería llamarle, pero sus palabras de hace un par de noches aún me duelen y se repiten una y otra vez

en mi cabeza.

Me sirvo una taza de café que Pablo ha debido preparar antes de marcharse y me siento en una banqueta con la cabeza entre las manos. Será mejor que me tome algo si no quiero que me estalle en mil pedazos.

—Estás aquí —afirma Pablo y en su voz hay sorpresa y un toque de ¿alivio?

Ha debido salir a correr porque lleva puestos unos leggins, una camiseta y sus zapatillas de running, aunque ni siquiera parece haber sudado. Debería estar prohibido que alguien esté tan guapo después de haber recorrido un buen número de kilómetros.

—Vivo aquí —le recuerdo intentando que mi tono suene irónico.

Él no responde y se acerca a mí depositando un beso en mi frente. Me siento como una auténtica arpía, pero ha sido él quien ha iniciado todo esto.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Perfectamente —miento.

—Lolo acaba de llamarme por teléfono. Quiere que vayamos a cenar esta noche.

—¿Te parece bien?

Me sorprende la actitud de Pablo, ya que actúa como si no hubiese sucedido nada y los dos últimos días ni siquiera hubiesen existido. Y aquí estamos los dos, hablando de ir a cenar a casa de unos amigos esta noche.

—Nos vendrá bien quedar con

nuestros amigos y hacer algo diferente.

—Si tú lo dices... —suspiro.

—¿Estás molesta por lo que hablamos la otra noche?

¿De verdad acaba de preguntarme eso? ¿Molesta? Estoy furiosa, enfadada y profundamente decepcionada. Siento ganas de gritar y de marcharme dando un portazo. Quiero desaparecer ahora mismo y esconderme en cualquier lugar donde nadie, especialmente Pablo, pueda encontrarme. Pero no quiero volver a discutir con él.

—No sé cómo me siento con respecto a lo de la otra noche —respondo.

Pablo se sirve una taza de café y se sienta a mi lado, coge mi cara entre sus

manos y me obliga a mirarle a los ojos.

—Carlota, una vez me dijiste que no importaba si nos casábamos o no porque lo único importante era que estuviésemos juntos, ¿lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo y no te mentí, pero he pasado los últimos meses organizándolo todo para casarnos. Incluso he enviado las invitaciones y...

—Yo me encargaré de llamar a todo el mundo. Tú ya has hecho más que suficiente —me interrumpe.

—Eso es lo de menos.

—No quiero que esto te afecte. Seguimos siendo tú y yo, seguimos juntos y nada va a cambiar entre nosotros —me dice intentando

tranquilizarme.

—¿Cómo que nada va a cambiar? ¡Todo ha cambiado! —grito alejándome de él.

—¿Qué es lo que ha cambiado? Al principio ni siquiera querías casarte. Fui yo quien te lo pidió.

—Y ahora eres tú quien no quiere hacerlo y, la verdad, Pablo, ya nunca sabré si el problema es que no quieres casarte conmigo y te escudas en mi bienestar.

Pablo se levanta y viene hacia mí, rodea mi cintura con sus brazos y me acerca a su cuerpo. Quiero rendirme, abrazarme a él y dejar de discutir, pero algo dentro de mí me lo impide. Entre nosotros se ha levantado un enorme

muro y no me siento capaz de derribarlo.

—Quiero casarme contigo, ese no es el problema. Lo haría ahora mismo, te llevaría a Las Vegas y me disfrazaría de Elvis o Marilyn si fuese necesario, pero desde que todo esto comenzó has estado muy estresada y eso ha influido negativamente en nuestra relación. No quiero perderte por nada del mundo y si para ello debo renunciar a la boda, lo haré sin dudarlo —Pablo me mira fijamente a los ojos y busco en ellos al hombre del que estoy enamorada—. Creo que ya supone bastante estrés que dirijas una empresa y aún quedan un par de semanas hasta el día de la boda. Estamos juntos y eso es lo único que

importa.

—¿Crees que no soy capaz de organizar una boda y soportar el estrés que supone? —inquiero separándome de él.

—No he dicho eso. Creo que eres capaz de eso y mucho más, pero no merece la pena. Entiendo que han sido unas semanas complicadas y asumo mi parte de culpa. Si hubiese sabido lo que iba a suceder nunca te habría pedido que te casaras conmigo.

—De acuerdo, anularemos la boda. Yo me encargaré de comunicárselo a mi familia y tú a la tuya —acepto finalmente—. Y ahora, si no te importa, necesito estar sola, pero volveré a tiempo para ir a casa de Lolo y Jorge.

Salgo de la cocina con las lágrimas a punto de escapar de mis ojos y voy a cambiarme de ropa. Después cojo un abrigo, las llaves del coche y salgo de casa. No sé donde iré, pero necesito estar lejos de Pablo.

Conduzco en dirección a ninguna parte, o eso creía, porque de pronto me encuentro frente al parque del Retiro, el lugar donde Pablo me pidió que me casara con él. Aparco el coche después de dar varias vueltas y de nuevo dirijo hacia allí mis pasos. Los recuerdos vuelven a mí envueltos en nostalgia mientras camino bajo los árboles y me

enchojo dentro del abrigo. Estamos a mediados de marzo, pero sopla un viento frío y las nubes amenazan con tormenta.

Empiezo a pensar que tengo un serio problema con los hombres. Primero fue Hugo acostándose con mi mejor amiga sin que yo me enterara de nada, y ahora es Pablo, incómodo ante los acontecimientos de los últimos meses, cansado de soportar mi estrés, que según él me ha cambiado, y deseoso de anular nuestra boda.

Nada tiene sentido para mí. Pensaba que mi relación con Pablo sería capaz de sobrevivir a cualquier contratiempo y que siempre seríamos capaces de resolver cualquier problema que se

presentara. Estaba equivocada y esa certeza duele tanto como una herida abierta.

¿Seré capaz de seguir con él después de todo esto? No lo sé. Mi cerebro parece a punto de estallar intentando buscar respuestas que no llegan. He perdido el control de mi vida, vuelvo a estar perdida y sin rumbo. Y, esta vez, no sé si lograré superarlo.

Capítulo 11

Lolo y Jorge han preparado una cena deliciosa. Ambos son buenos cocineros y disfrutan compartiendo parte de su tiempo libre entre ollas, sartenes y todo tipo de artilugios que a mí me resultan desconocidos e innombrables.

Durante la cena, Jorge nos cuenta su reciente viaje a Londres donde ha estado haciendo un reportaje fotográfico para

una importante revista de moda, Lolo nos deleita con un millón de anécdotas sobre su trabajo y Pablo participa con sus comentarios, aportando su visión más cómica de la vida. Mientras tanto, permanezco callada y solo intervengo cuando alguien me pregunta. No puedo fingir que estoy disfrutando de la velada cuando mi cabeza está a un millón de kilómetros de aquí. Pablo no quiere casarse conmigo y aún no sé en qué posición me deja eso. Además, actúa como si nada hubiese sucedido, aumentando mi desconcierto.

—Charlotte, acompáñame a por el postre —me pide Lolo.

No me da tiempo a negarme o a aceptar porque antes de decir nada Lolo

ya me ha cogido de la mano y tira de mí obligándole a seguirle hasta la cocina.

—Ha llegado el momento —anuncia y le miro de reajo preguntándome a qué se refiere—. Nena no me mires así, hemos llegado al postre y ya es hora de que sepamos qué se traen esos dos entre manos.

—¿Cómo piensas averiguarlo? ¿Vas a castigarles sin postre o...?

Lolo se acerca tanto a mí que por un momento pienso que va a besarme en los labios y retrocedo un paso hacia atrás.

—Los dos, Charlotte, tú y yo vamos a enterarnos ahora mismo de todo.

—Lolo, solo vamos a empeorarlo todo y esta noche no me apetece echar

más leña al fuego. Pablo y yo apenas nos hablamos, las cosas entre nosotros no van bien y he pasado todo el día fuera de casa para no tener que estar con él. Creo que lo mejor es olvidarnos de esto.

—Ya me he dado cuenta de que no has estado muy comunicativa durante la cena. Él, sin embargo, parece el mismo de siempre.

—Eso es porque parece importarle muy poco anular la boda y cómo me siento yo al respecto —le digo dolida—. Además, quizá no hay nada que confesar y todo sean paranoias nuestras.

—Sé que hay algo, nena. Tú misma me lo dijiste ayer y prefiero pensar que Jorge y Pablo ocultan algo antes que creer que mi marido me pone los

cuernos —me dice Lolo—. Improvisaremos sobre la marcha. Coge la tarta, yo llevaré los platos.

Obedezco a Lolo y saco la tarta de la nevera. No tengo fuerzas para seguir discutiendo y sé que cuando a Lolo se le mete algo en la cabeza no hay forma de disuadirle. Así que lo asumo y me preparo mentalmente para lo que sea que vaya a suceder.

—Esa tarta tiene muy buena pinta —dice Pablo cuando la coloco sobre la mesa.

—La ha hecho Lolo, él es el experto en postres —dice Jorge mirando a su marido con la misma expresión de amor de siempre y vuelvo a envidiar la

relación que ambos mantienen que, a pesar de los momentos de crisis, es una de las más bonitas que conozco.

Jorge se siente orgulloso de mi amigo y eso es incompatible con la existencia de un amante, ni siquiera sé como a Lolo se le ha podido ocurrir algo tan absurdo.

—Soy experto en postres y también en resolver enigmas —dice Lolo cortando un trozo de tarta y consiguiendo que me atragante con el vino—. Charlotte, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien —respondo aún tosiendo.

—¿Has dicho algo de enigmas? —pregunta Jorge.

—Sí, he dicho que soy bastante bueno resolviendo enigmas —repite

Lolo.

—¿A qué viene eso? —Jorge entrecierra los ojos y mira a su marido intrigado.

—Seré sincero, pensaba que estabas teniendo una aventura con alguien — comienza a decir mi amigo, y yo vuelvo a atragantarme, esta vez con la tarta — Charlotte, ¿seguro que estás bien?

Asiento con la cabeza incapaz de pronunciar una sola palabra mientras Pablo me da unos golpecitos en la espalda.

—Acabas de decir que creías que tenía una aventura, ¿se puede saber de dónde has sacado eso?

—Últimamente has llegado tarde a

casa en varias ocasiones y cuando te he preguntado me has dado largas. Además, están todas esas llamadas misteriosas que nunca pareces dispuesto a explicarme.

—¿Tenemos que hablar de esto ahora? —Jorge se siente incómodo tratando el tema delante de Pablo y de mí y vuelvo a sentir deseos de que la tierra se abra y me trague.

—Este es el mejor momento —responde Lolo—. En cuanto a esa supuesta aventura sé que no existe. Ayer Charlotte me contó que Pablo y tú habláis mucho últimamente y que guardáis algún que otro... secreto.

—¿No pensarás que Pablo y yo...? —comienza a preguntar Jorge.

—No, claro que no. Acabo de decirlo, sin embargo, creo que hay algo que deberíais contarnos.

Pablo y Jorge se miran durante unos segundos mientras Lolo y yo esperamos impacientes lo que sea que vayan a decirnos.

—Tienes razón, Lolo, pero no vamos a contaros nada —dice Pablo empujando su plato y cruzando los brazos sobre su pecho.

—Tú y yo hablaremos más tarde —le dice Jorge a Lolo—. Y estoy de acuerdo con Pablo, no vamos a contaros nada. Ya es hora de que aprendáis a confiar en nosotros. Y esto va por los dos.

—Así que ambos reconocéis que hay

algo que no nos estáis contando — insiste Lolo—. ¿Por qué no podéis compartirlo con nosotros?

—Porque las sorpresas no se cuentan o dejarían de serlo —responde Jorge—. Habéis conspirado y organizado esta cena con la clara intención de sonsacarnos algo que no pensamos contaros y aún os atrevéis a decir que nosotros ocultamos algo.

—Tienes razón, Jorge. Lolo y yo organizamos la cena con esa intención y te pido disculpas —le digo—. Os pido disculpas a los dos.

—Disculpas aceptadas —dice Pablo.

—Pues yo no pienso disculparme. — Lolo levanta la cabeza con gesto desafiante y también cruza los brazos

sobre su pecho.

—Deberías aprender algo de Carlota —le indica su marido.

—Y tu deberías aprender a confiar en mí en lugar de ocultarme las cosas —le espeta Lolo.

—Confiar es precisamente lo que tú no has hecho —replica Jorge.

—Llevas semanas comportándote de forma misteriosa. ¿Qué querías que pensara? Yo siempre te lo cuento todo, soy un libro abierto para ti —dice Lolo molesto.

—No puedes pretender que todos seamos como tú, Lolo. Eso es muy inmaduro por tu parte —Jorge está muy enfadado y nunca antes le había visto

así. Las cosas se ponen al rojo vivo.

—¿Tiene algo que ver con la boda de Charlotte? —pregunta, de pronto, Lolo —. Ahora que no va a haber boda supongo que no habrá problema en contarlo todo.

—¿Qué quieres decir con que no habrá boda? —Jorge no parece saber nada de la decisión que ha tomado Pablo y miro a mi ex futuro esposo esperando su reacción.

—Pablo cree que Charlotte se está volviendo loca con los preparativos y ha decidido que es mejor que la boda no se celebre —explica Lolo y yo le miro sin dar crédito a sus palabras.

—¿Le has dicho a Lolo que pienso que te estás volviendo loca? —me

pregunta Pablo visiblemente molesto.

—No exactamente —respondo.

—No sé lo que está pasando aquí, pero evidentemente se nos ha ido de las manos —opina Jorge poniéndose en pie—. Voy a servirme una copa.

No decimos nada mientras Jorge va a la cocina y vuelve con cuatro vasos, una cubitera y una botella de whisky.

—¡Serviros! —dice dejando una bandeja sobre la mesa—. Creo que todos lo necesitamos.

—Lo único que yo necesito es una explicación —Lolo sigue insistiendo y me temo que la noche no acabará bien para ninguno.

—Lolo, es evidente que está noche

no vamos a solucionar nada, así que Pablo y yo nos vamos —le digo a mi amigo comenzando a ponerme en pie.

—De aquí no se va nadie hasta que aclaremos esto. —Lolo pone la mano en mi brazo izquierdo impidiendo que me levante.

—No me corresponde a mí aclararlo —dice Jorge.

Nuestras miradas se vuelven hacia Pablo esperando que sea él quien dé alguna explicación. Si la boda no va a celebrarse no tiene sentido la supuesta sorpresa y mucho menos seguir manteniéndola en secreto.

—Antes de contaros nada Jorge y yo debemos aclarar algunos asuntos —dice Pablo.

—¿Qué asuntos? —inquire Lolo—. Si Jorge está dispuesto a contarlo no sé qué te impide a ti hacerlo también.

—Yo no he dicho que esté dispuesto a contar nada —regaña Jorge a su marido—. Pablo y yo tenemos que hablar y aclarar algunas cuestiones entre nosotros.

—¿Así es como pensáis arreglar las cosas? Pues muy bien, chicos. Podéis hacer lo que os dé la gana, pero yo me largo. ¿Te vienes, Charlotte? —pregunta Lolo.

No sé qué responder. Quiero marcharme porque empiezo a sentirme muy agobiada y Lolo me necesita, pero, ¿qué va a pasar con Pablo? Tenemos

que hablar, ambos lo necesitamos. Debo sincerarme con él y contarle cómo me siento, pero a pesar de estos pensamientos me cojo del brazo que me ofrece mi amigo y le sigo hasta la puerta de salida.

Lolo y yo estamos en la calle, son las doce de la noche y hace bastante frío. No sé qué planes tiene mi amigo, pero he pasado un día infernal, estoy agotada y necesito meterme en la cama y dejar de pensar.

—¿Crees que hemos hecho lo correcto? —le pregunto a Lolo.

—Lo creo —responde sin dudar—. Si esos dos quieren seguir con sus

intrigas pese a todo, tendrán que atenerse a las consecuencias, Charlotte.

—Lolo, creo que Pablo solo quería darme una sorpresa y le pidió ayuda a Jorge. No deberías enfadarte con él, solo está ayudando a un amigo.

—Sí, nena, y me parece bien, pero, ¿qué sentido tiene seguir guardando un secreto cuando no va a haber boda? — señala Lolo—. Lo mejor será que cojamos un taxi y nos vayamos a un hotel.

—¿Vamos a ir a un hotel?

—No estarías pensando que íbamos a pasar la noche en un banco, ¿verdad? — Lolo me mira con sorpresa y yo me encojo de hombros—. Iremos al Palace,

pediremos una botella de champán y después acabaremos con las existencias del mueble bar.

—¿Qué haremos mañana?

—Como diría Scarlett O'Hara: «Mañana lo pensaremos».

—Eso no es lo que diría Scarlett, sino: «Después de todo, mañana será otro día».

—Nena, que sea gay no implica que me gusten esos culebrones lacrimógenos. Ya sabes que soy más de Sheldon Cooper.

Lolo para un taxi y le pide al conductor que nos lleve al Palace. Es un trayecto corto y lo hacemos en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos, algo bastante raro en mi

amigo que suele pensar en voz alta y a quien solo he visto callado mientras dormía.

Nunca antes había estado en una habitación del Palace. No tiene demasiado sentido viviendo en Madrid, pero me encanta lo que veo. Lolo ha pedido una habitación Premium con vistas a la Plaza de Neptuno y el Museo del Prado y es muy confortable, aunque me resulta un tanto anticuada. Sin embargo, Lolo parece estar en el paraíso, tiene un minibar bien surtido y la cama parece comodísima a simple vista.

—¿No es fabuloso? —me pregunta Lolo alzando los brazos y girando sobre

sus pies—. Me encantan los hoteles, nena. Podría vivir siempre aquí.

Mi amigo se tira sobre la cama y estira por completo los brazos y las piernas. Parece satisfecho y feliz y no puedo evitar sonreír al verle tan contento.

Dejo el bolso y el abrigo sobre el sillón que hay junto al balcón y me siento junto a él esperando poder contagiarme de su alegría, algo bastante complicado teniendo en cuenta mi pésimo estado de ánimo.

—Vamos a abrir el champán para celebrarlo, Charlotte —dice incorporándose para coger la botella de la cubitera.

—¿Qué quieres que celebremos? Me

temo que yo no tengo nada que celebrar.

—Estamos en esta fantástica habitación de hotel, nena, y pase lo que pase siempre nos tendremos el uno al otro, ¿no te parece suficiente?

—Quizá tengas razón, además esta habitación es mucho mejor que mi habitación de invitados.

—¡Esa es la actitud! —exclama descorchando la botella con habilidad y llenando dos copas con el dorado líquido.

—Entonces, Pablo y tú no estáis bien.

—No sé cómo estamos. Él no parece estar afectado, pero yo no me siento cómoda con la nueva situación —

respondo quitándome los zapatos.

—Es sorprendente que se comporte con tanta normalidad.

—Ya sabes que la idea de casarme no me atraía demasiado y que si acepté fue porque él me hizo darme cuenta de que lo único importante era que estuviésemos juntos —le digo llevándome la copa a los labios y las burbujas me hacen cosquillas en la nariz, pero el sabor es delicioso y acabo con el contenido de la copa de un trago.

—Yo siempre quise casarme, pero durante mucho tiempo pensé que no podría hacerlo —me confiesa Lolo—. Después se aprobó la ley y me sentí muy feliz porque sabía que podría hacer realidad mis sueños y casarme cuando

conociera al hombre adecuado.

—Yo siempre he sabido que si quería casarme podría hacerlo, así que, supongo que nunca le di demasiada importancia. Pero entiendo lo que quieres decir.

—Yo también te entiendo, Charlotte —dice volviendo a llenar mi copa.

—No sé cómo voy a contárselo a mis padres, estaban muy ilusionados y voy a partirles el corazón.

—Nena, tus padres te apoyarán pase lo que pase y lo sabes —me tranquiliza.

—Lo sé, siempre lo han hecho y jamás han cuestionado mis decisiones. Me apoyaron cuando me fui a vivir con Hugo y también cuando lo hice con

Pablo, pero vi sus miradas cuando les comuniqué que íbamos a casarnos y supe que eso era lo que querían para mí — digo sintiendo un nudo en la garganta.

—Ellos solo quieren que seas feliz. Si lo eres, no les importará la decisión que tomes.

—Pero es que esta no es mi decisión —replico apenada dejando mi copa en la mesilla y tumbándome en la cama.

El champán me ha producido un ligero mareo y cierro los ojos sintiéndome cansada y somnolienta.

—¿Qué crees que estarán haciendo Jorge y Pablo? —pregunto.

—Probablemente Pablo haya vuelto a casa y Jorge se habrá tomado un par de whiskys y se habrá metido en la cama a

dormir la mona. El pobre no aguanta el alcohol —suspira.

—Ja, ja, ja —me río, aunque sé que tiene razón.

—¿Por qué te ríes?

—Porque tú me haces reír. Siempre.

—Hacía mucho tiempo que no te oía reír, Charlotte —observa él.

Me giro hacia Lolo y le miro a los ojos. Tiene razón, hacía mucho que no me reía. Ni siquiera puedo recordar cuándo fue la última vez. Tal vez, después de todo, Pablo tiene razón y estos meses me han cambiado.

—¿Crees que Pablo tiene razón y que ya no soy la misma?

—No pretenderás echarte la culpa de

lo sucedido, ¿verdad?

—No lo sé. No sé lo que pretendo, Lolo. Ni lo que quiero. Y estoy asustada.

—Ven aquí, nena —me dice él abriendo los brazos.

Acepto su ofrecimiento y dejo que me envuelva en un abrazo. Quizá no sea Pablo, pero aquí, al abrigo de su cuerpo, me siento querida y protegida.

Lolo y yo permanecemos abrazados y vuelvo a cerrar los ojos. Su calor me reconforta y el champán hace el resto.

Nos despertamos tarde y dejamos el hotel vestidos con la misma ropa de ayer, pero dispuestos a disfrutar de un

soleado domingo de finales de marzo paseando por las calles de Madrid.

Desayunamos, caminamos, comemos, caminamos, tomamos un café a media tarde y volvemos a caminar. También hablamos, reímos y pasamos un día muy agradable. Necesitaba un día así, alejada de la rutina y sin obligaciones que atender para poder desconectar del todo. Hasta que llega la hora de despedirnos y volver a casa. Y el nudo que hace semanas siento en el estómago reaparece. Entonces me doy cuenta de que no puedo volver con Pablo y ese pensamiento me deja completamente confusa.

Lolo, consciente de que algo me

sucede ya que no soy capaz de reaccionar a ninguna de sus bromas y chistes, me obliga a sentarme en un banco y me mira a los ojos fijamente.

—Suéltalo, nena, soy todo oídos — me dice él.

—No quiero volver a casa, necesito tiempo para pensar —le confieso.

—Ya hemos pasado por esto una vez. Las dudas no te dejan ver las cosas con claridad, pero lo correcto es que vuelvas a casa con Pablo y mantengáis esa conversación que tenéis pendiente.

—Ese es el problema. No quiero ver a Pablo. Me he dado cuenta de que tiene razón y no soy la misma persona de siempre. Me asusta volver, fingir que no sucede nada y acabar convirtiéndome en

esa otra persona que no me gusta. ¿Crees que tiene sentido lo que digo? —le pregunto a mi amigo.

—Sí, Carlota, tiene sentido — responde Lolo, y me llama Carlota, algo que solo hace cuando las cosas se ponen muy serias—. Pero todos cambiamos. No siempre serás la misma y para bien o para mal, yo tampoco.

—Sí, tienes razón.

—¿Qué quieres hacer?

—Creo que me iré a León, a casa de mis padres. Lo he estado pensando y me gustaría decirles que no voy a casarme personalmente.

—Yo también creo que es una noticia que merece hacer ese viaje, pero antes

deberías hablar con Pablo —me aconseja.

—Ya te he dicho que no puedo hablar con él aún, necesito alejarme de Pablo unos días y pensar qué voy a hacer con mi vida a partir de ahora.

—Teniendo en cuenta que da igual las veces que cometas el mismo error y que diga lo que diga ya has tomado una decisión, me iré contigo, Charlotte.

—¿Qué? —pregunto sorprendida.

—Te acompañaré a ver a tus padres y no se hable más, nena —responde Lolo poniéndose en pie y cogiéndome de la mano para ayudarme a levantarme.

—No puedes hacerlo, tienes que hablar con Jorge y solucionar el malentendido de ayer. Además, seguro

que tienes un montón de trabajo y...

—Ya está decidido. Tú y yo ponemos rumbo a tierras leonesas —me interrumpe.

Vamos hasta el edificio donde vive Lolo y cogemos su coche, un minicooper de color rojo que me encanta, y, antes de salir, discutimos un buen rato porque los dos queremos conducir. Finalmente, es mi amigo quien se pone al volante y yo aprovecho para pensar en cómo les daré a mis padres la noticia de la no boda y los motivos por los que Pablo piensa que no debemos casarnos.

No llevamos equipaje, ni avisamos a mis padres de nuestra vista y tampoco a Pablo y Jorge de que nos marchamos, a

pesar de que nos han llamado un millón de veces y dejado otros tantos mensajes en el contestador de nuestros teléfonos. Tal vez nuestro comportamiento no es el más maduro, pero en estos momentos de tantas dudas e incertidumbre prefiero alejarme y reflexionar sobre el siguiente paso que voy a dar antes que cometer un nuevo error que me aleje de Pablo para siempre.

El pueblo de mis padres está situado en el Valle del Silencio, uno de los paisajes más bonitos de Castilla y León. Los bosques de roble y las cascadas de agua hacen la delicia de los viajeros y nadie puede evitar enamorarse de un entorno dónde la mano del hombre no parece haber llegado.

Los últimos kilómetros discurren por una carretera de montaña estrecha y serpenteante a través de la cual se accede a un pintoresco pueblecito de casas de piedra, que es el lugar donde nacieron mis padres y en el que viven desde que mi padre se jubiló hace unos años.

Aunque a Lolo no le gusta que nadie conduzca su coche, accede a regañadientes cuando quedan menos de cien kilómetros. Está agotado y en cuanto su cuerpo se acomoda en el asiento del copiloto cierra los ojos y se duerme mientras yo no dejo de pensar en la reacción de mis padres y el teléfono móvil no deja de sonar.

Todos mis miedos se disipan cuando por fin abrazo a mis padres y siento que he regresado a casa. El hogar no es un lugar, sino una emoción, un sentimiento e, incluso, un estado de ánimo. Estar entre los brazos de mis padres me hace recordar el apoyo que me han prestado a lo largo de toda mi vida y me siento contenta y aliviada.

—¡Qué alegría! —exclama mi madre al vernos—. Teníamos muchas ganas de verte, Carlota, y a ti también, Lolo, ya sabes que esta también es tu casa —dice abrazando a mi amigo.

—Lo sé, Rosa, por eso cuando Charlotte me dijo que venía a veros no lo pensé dos veces y decidí

acompañarla.

—¿Os ayudo con las maletas? — pregunta mi padre.

—No hemos traído equipaje — respondo borrando la sonrisa de mi rostro.

—¿Es que no vais a quedaros a pasar unos días? — Mamá parece confusa y decepcionada. Y aunque pensaba retrasar contarles el motivo del viaje creo que ha llegado el momento de hablar con ellos.

—Será mejor que pasemos y os sentéis —les digo.

Mis padres caminan hacia la cocina y Lolo y yo los seguimos. Es una estancia amplia y luminosa donde predominan los tonos blancos, dos grandes

ventanales que dan al jardín y una mesa de madera que preside la estancia.

—Prepararé algo para comer mientras hablamos —dice mi madre.

Lolo acude en su ayuda y mi padre y yo nos sentamos el uno frente al otro. No sé por dónde empezar, así que respiro hondo, cierro los ojos unos segundos y trago saliva, aunque nada de esto me tranquiliza y solo sirve para retrasar el momento de la verdad.

—Bueno —comienza a decir mi padre—, ¿cuánto tiempo vais a quedaros?

—No lo sé, papá. Las cosas no han ido bien últimamente y yo... yo...

—La boda se ha anulado —me

interrumpe Lolo.

—¿Es eso verdad, Carlota? — pregunta mi madre dejando lo que está haciendo y acercándose a mí.

—Esa es la versión resumida, pero sí, es verdad.

—¿Qué ha pasado? —Esta vez es mi padre quien pregunta y odio tener que mirarle a los ojos y ver como sus ilusiones se evaporan. Me siento culpable y una terrible sensación de abatimiento se cierne sobre mí.

—No lo sé, papá, todo parecía ir bien y entonces... surgieron algunos problemas —le explico—. Pablo cree que estos últimos meses he estado muy estresada, que eso está afectando negativamente a nuestra relación y, por

lo tanto, no deberíamos seguir adelante con la boda.

—¿Qué piensas tú, hija? —pregunta mi madre.

—Pablo quiere que todo sea igual que antes, pero para mí ya nada puede ser igual.

—Tiene que haber alguna explicación. Pablo es un hombre coherente y me parece impropio de él anular la boda quedando tan poco tiempo para que se celebre —opina mi padre.

—Eso pensé yo cuando Charlotte me lo contó, Ricardo, pero ella está diciendo la verdad y Pablo no parece estar muy afectado —dice Lolo.

—Es posible que Pablo esté nervioso. No sería el primer novio que entra en pánico pocos días antes de casarse y decide dar marcha atrás — dice mi madre—. Pero hay algo que no entiendo. Pablo no va a dejarte, solo ha cambiado de opinión con respecto a la boda, cuando lo normal es que la persona que rompe un compromiso lo haga del todo y no a medias.

—Y no solo eso, también finge que todo es de lo más normal, lo que resulta muy sorprendente —añade Lolo mientras corta unos tomates.

—Carlota, creo que tienes demasiadas dudas y aunque a tu padre y a mí nos encanta tenerte aquí, quizá

deberías mantener con Pablo una larga conversación. Él es un hombre que sabe escuchar, te quiere y hará lo que te haga más feliz—opina mi madre.

—No quiero que se case conmigo por pena o por los motivos equivocados.

Mi madre asiente, sabe que nada puede hacer cuando tomo una decisión, por errónea que esta sea, y que es mejor dejar que me tome mi tiempo.

—Lolo y tú podéis quedaros todo el tiempo que queráis —dice mi padre.

—Gracias, papá. Es un consuelo saber que puedo contar con vosotros.

—Terminaré de hacer la cena y nos iremos a la cama. Parecéis cansados y, quien sabe, quizá mañana veamos las cosas con más optimismo.

Despierto al amanecer, cuando las farolas de la calle comienzan a apagarse y el pueblo parece estar completamente vacío. Pero el humo de las chimeneas indica que hay gente dentro de las casas y que comienza un nuevo día.

Antes de bajar a desayunar llamo a Marga y la pongo al corriente de los acontecimientos de los últimos días. Ella me tranquiliza diciéndome que se hará cargo de todo hasta mi regreso y me hace prometer que me tomaré las cosas con calma y no tomaré decisiones precipitadas.

El olor a café y a pan recién tostado

me conducen directamente a la cocina donde mis padres, sentados ante la mesa de madera, desayunan y hablan en voz baja. Parecen cómodos y relajados, y me pregunto cuál será el secreto del éxito de su matrimonio después de treinta y cinco años de convivencia. Pablo y yo no nos hemos casado y parece que no seremos capaces de alcanzar ese equilibrio del que parecen gozar mis padres.

—Buenos días, Carlota. ¿Has dormido bien? —pregunta mi padre.

—Muy bien, la verdad —respondo.

—Te prepararé el desayuno —dice mi madre.

—No, ya lo hago yo, solo quiero una taza de café.

—Tienes que comer algo, el desayuno es la comida más importante del día. Fíjate en tu padre y en mí, desayunamos bien y nunca estamos enfermos —explica mi madre.

—Tomaré algo más tarde —la tranquilizo mientras me sirvo una taza de café solo—. Voy a salir a dar un paseo, así haré tiempo hasta que Lolo se levante, y después iremos a ver a la tía Paquita. ¿Qué planes tenéis vosotros?

—Ahora que Lolo y tú estáis aquí...

—Lolo y yo no estamos aquí para alterar vuestros planes —interrumpo a mi madre.

—Tenemos clase de informática más tarde. Solo somos cinco alumnos, pero

el profesor es un chico muy simpático y estamos aprendiendo mucho —dice mi madre—. Después tengo clase de gimnasia y tu padre partida de mus en el bar de Alfonso.

—Pues si que estáis ocupados —sonríó—. Bueno, pues seguir con vuestros planes.

—La tía Paquita se alegrará mucho de verte, siempre has sido su sobrina favorita —dice mi padre.

—Soy su única sobrina, papá —le recuerdo.

Acabo la taza de café y me dispongo a dar un paseo por el pueblo. Me pongo un anorak de mi madre, un gorro para combatir las bajas temperaturas del exterior, pese a estar ya a mediados de

marzo, y salgo a la calle. Un viento frío azota mi rostro nada más pisar la acera, pero me gusta la sensación, me hace sentir viva y me trae muchos recuerdos de la infancia, de las vacaciones de navidad y de los largos veranos que pasé aquí mientras mis abuelos vivían.

Paseo por las empedradas y vacías calles que no han cambiado a lo largo de los años. Huele a café recién hecho, a dulces y a pan recién horneado. A leña y a aire limpio. Me gustan los aromas, las casas de piedra con sus humeantes chimeneas y toda la naturaleza que rodea al pueblo haciéndolo único. Se respira paz y los días no parecen correr para escaparse, tal y como sucede en la

ciudad.

La última vez que paseé por estas calles, Pablo me acompañaba. Fue en las vacaciones de navidad, había tanta niebla que apenas podíamos vernos el uno al otro y el frío era mucho más intenso, pero fueron nuestras primeras navidades en familia y aunque no hicimos nada especial, aparte de pasear e ingerir grandes cantidades de alcohol y comida, estábamos juntos y teníamos muchos planes de futuro. Quizá jamás deberíamos planear el futuro, sino vivir el presente con intensidad.

Aún no sé lo que significa para mí que Pablo y yo no vayamos a casarnos. Debería sentir alivio porque por fin podré dejar atrás los nervios y el estrés

de los últimos meses, sin embargo, lo que siento es vacío y decepción. Llegué a creer que las segundas oportunidades existían y que solo debía aferrarme a ellas y no dejarlas escapar. Creía que mi segunda oportunidad en el amor era Pablo y tal vez sea una romántica sentimentaloides, pero estaba convencida de que lo nuestro era para siempre.

¿Por qué el amor es tan importante que es capaz de empequeñecer todo lo demás?

Tengo frío y empiezo a notar las manos entumecidas. Las meto en el bolsillo del anorak y regreso a casa de mis padres con la vista en el suelo.

Capítulo 12

—No voy a salir de casa con estas pintas, Charlotte —me dice Lolo mientras estira hacia abajo el jersey que lleva puesto.

Me tapo la boca para que no me vea sonreír, pero no puedo evitar que se me escape una risita que le hace resoplar y volver a mirarse en el espejo.

La ropa que Lolo lleva puesta es de

mi padre y, aunque no está a la altura de las expectativas de mi glamuroso amigo, es mucho mejor que llevar lo mismo por tercer día consecutivo, al menos para mí. Sin embargo, él no parece muy conforme con la camisa de franela, el jersey de lana azul marino y unos vaqueros que le quedan demasiado amplios y apenas le cubren los tobillos porque es mucho más alto que mi padre. Tiene un aspecto de lo más cómico y cuanto más le miro más ganas tengo de reír.

Mi apariencia no es mucho mejor. Llevo encima un viejo jersey de cuello vuelto de color verde y unos vaqueros muy viejos y bastante feos, pero al menos la ropa es mía porque mi madre

decidió guardarla en lugar de deshacerse de ella.

—Adoro a tu padre, nena, pero su mal gusto a la hora de elegir la ropa es más que evidente. Supongo que eso lo has heredado de él —dice Lolo y a mí me entran ganas de estrangularle, pero no lo haré, por ahora, porque necesito que me acompañe a casa de mi tía.

—Yo te veo... bien —miento.

—Entonces, ¿por qué llevas más de quince minutos aguantando la risa? Si crees que puedes engañarme deberías esforzarte un poco más.

—Sé que no es el tipo de ropa a la que estás acostumbrado, pero apenas hay gente por la calle y... y... tendrás

que conformarte. Es mucho mejor que llevar los mismos calzoncillos tres días seguidos.

—No me hables de los calzoncillos, Charlotte. Tu madre me ha dado unos nuevos, pero no me los he puesto. ¿Quién usa calzoncillos de felpa en pleno siglo XXI? Si Jorge me viera con esa cosa no volveríamos a tener sexo salvaje en la vida. Más que tener deseos de arrancármelos, sentiría la necesidad de quemarme con ellos.

—¡Eres un exagerado! —exclamo, pero vuelvo a reírme, esta vez abiertamente—. Tenemos que irnos.

—¡Antes muerto que salir a la calle así!

—¿Vas a dejar que un puñado de

ropa te impida conocer a mi tía?

—¿Quieres que tu tía me vea así? De eso nada, Charlotte. No quiero que tenga una impresión equivocada de mí.

—Pues tú verás lo que haces. ¡Quédate aquí si quieres! —le digo saliendo de la habitación.

—¿Vas a dejarme solo? —grita detrás de mí.

—No, vas a quedarte solo porque quieres —respondo comenzando a bajar las escaleras.

—Tú ganas, pero si tu tía Paquita piensa que soy un vulgar hombre sin estilo será solo culpa tuya —dice bajando las escaleras detrás de mí y yo sonrío porque mi estrategia ha dado

resultado.

—Lolo, mi tía tiene casi noventa años y solo ha salido del pueblo una vez en toda su vida. ¿Qué puede saber ella de moda, glamour y esas cosas que a ti parecen importarte tanto? Además, su vista ya no es lo que era y dudo mucho que pueda distinguir si tu camisa es de rayas o cuadros —le tranquilizo—. Toma, ponte este anorak de mi padre.

—¡Arrrrrgggggg! —exclama dejándolo caer al suelo.

—¿Qué pasa? ¿Has visto una araña o...?

—Me pasa que esa cosa es horrible, nena. Nunca antes había visto algo tan feo.

—Pues es lo que hay. Hace frío y el

abrigo que traías puesto es demasiado fino —le digo recogiendo el anorak del suelo.

—Ni siquiera sé de qué color es —se queja entrecerrando los ojos.

—¡Póntelo! —le ordeno con impaciencia—. Y para que lo sepas, es azul marino. Creo que tanto estilismo y tanto inventar colores te está volviendo loco.

—¿A qué te refieres?

—Azul Klein, colores flúor, negro intenso... ¿De verdad existe el negro intenso?

—No tienes ni idea de moda, Charlotte. Eres tan... tan rústica —dice poniéndose el anorak.

Finalmente consigo que Lolo salga a la calle, la temperatura ha subido unos grados, pero aún hace mucho frío y no puedo evitar encogerme dentro del abrigo.

—Me siento ridículo —dice Lolo moviéndose incómodo—. La camisa pica y acabaré con una dermatitis horrible.

—¿Quieres dejar de quejarte, por favor? —le pido—. Mi tía vive aquí al lado, no tardaremos en llegar.

—Eso puedo creérmelo, nena. Este pueblo es aún más pequeño que el mío —dice mirando a su alrededor—. Estás botas me están matando. ¿Queda mucho para llegar?

—¡Eres como un niño pequeño! —le regaño—. Apenas hemos andado cinco minutos. Pensaba que te gustaría ver el pueblo y te he traído por el camino más largo.

—Soy un urbanita. El asfalto y los edificios de más de dos plantas son mi hábitat natural y si quisiera una visita guiada yo mismo te lo habría pedido.

—Acortaremos por esa calle —me rindo.

Caminamos por una calle estrecha por la que apenas cabe un coche y después giramos a la izquierda. Al fondo hay una casita de piedra de dos plantas con un par de balcones en el piso superior, que se alza orgullosa

junto a un viejo y desvencijado granero que está abandonado. Es la casa de mi tía.

Cuando llegamos ante la puerta golpeo con la aldaba sobre la madera. Mi tía conserva la puerta original de la casa y a pesar de la insistencia de mis padres para instalar un timbre, ella siempre se niega.

—¿Por qué no llamas al timbre? — me pregunta Lolo.

—Este es el timbre —respondo cogiendo de nuevo la aldaba y vuelvo a llamar.

—¿Eso? —Lolo parece sorprendido y suelto una carcajada al ver su cara de incredulidad.

—Por favor, Lolo, has nacido en un

pueblo, no es posible que sea la primera vez que ves una aldaba.

—Allí tenemos timbres, teléfono e internet—replica.

No hay rastro de mi tía y vuelvo a intentarlo por tercera vez, esta vez golpeando con más fuerza y pocos segundos después mi tía abre la puerta.

—¡Carlota! —exclama con alegría al verme—. No esperaba volver a verte tan pronto. ¿Por qué no habéis entrado? La puerta estaba abierta.

Lolo me fulmina con la mirada y yo pongo los ojos en blanco aguantando la risa.

—Pasad, por favor— dice mi tía, y la seguimos a través del largo pasillo

hasta la cocina.

Mi tía camina con agilidad a pesar de su avanzada edad. Si no fuese por sus anticuados vestidos negros y el apretado moño que lleva recogido detrás de la cabeza, parecería mucho más joven. Tiene unos ojos muy dulces de color verde y, pase lo que pase, siempre sonrío.

La cocina es la estancia donde mi tía pasa la mayor parte del tiempo. Aún conserva la cocina de carbón que la mantiene caliente durante el invierno y los viejos muebles de color verde pálido que ya estaban aquí antes de que yo naciera.

La tía Paquita nunca ha sido fan de los cambios y a lo largo de su vida ha

mantenido las mismas costumbres y hábitos que aprendió de pequeña, incluido el de bañarse una vez a la semana.

Lo más moderno que hay en la cocina es el frigorífico de una sola puerta que ocupa uno de los rincones y el televisor que descansa sobre una estantería, que fue un regalo de mis padres.

—Tía, este es Lolo, un buen amigo —le presento.

—¡Ave María Purísima! —exclama alarmada— ¿No se llamaba Pablo el joven con el que ibas a casarte?

Le explico a mi tía que Lolo es solo un amigo, aunque evito contarle que está casado porque entonces tendría que

hablarle también de Jorge y en ese caso tendríamos que quedarnos el resto del día hasta que lo entendiera todo. También le digo que Pablo y yo seguimos juntos, y que no ha podido acompañarme porque tiene mucho trabajo.

—Iré a por unas rosquillas —dice mi tía poniéndose en pie—. Las hice ayer por la tarde.

La veo alejarse hacia el largo y oscuro pasillo y me vuelvo hacia Lolo que no habla desde hace un rato y empieza a preocuparme.

—¿Dónde esconde tu tía las rosquillas?

—Debajo de la cama —respondo con naturalidad.

—¿Cómo?! —Lolo parece alarmado y vuelvo a reírme ante su reacción—. ¿Pretendes que me coma una de esas rosquillas que tu tía esconde debajo de la cama junto a las pelusas?

—No debes preocuparte, las tiene metidas en una caja —le tranquilizo.

—¿Por qué alguien guardaría las rosquillas debajo de la cama?

—Es una costumbre, también guarda melones, galletas y una caja de gaseosa.

—¿Has dicho gaseosa?

—Sé que te parece raro, pero a mi tía le encanta la gaseosa —aclaro.

—No me parece raro que le guste la gaseosa, Charlotte, sino que guarde todo eso debajo de una cama.

Mi tía regresa con un plato de rosquillas que tienen un aspecto delicioso y lo deja sobre la mesa. Después se sienta satisfecha frente a nosotros y recoloca las rosquillas que se han movido hacia un lado durante el trayecto desde su habitación.

—¿También guarda la vajilla debajo de la cama? —susurra Lolo.

—¡Calla! —le ordeno aguantando la risa.

—Coged una rosquilla, chicos. Están tiernas, mis dientes ya no pueden con cualquier cosa —dice mi tía.

—Gracias, tía —digo alargando la mano para servirme y le doy a Lolo un codazo para que me imite.

—No seas tímido, muchacho —le anima mi tía acercándole el plato.

Lolo accede de mala gana, a pesar de que en su rostro luce una sonrisa deslumbrante. Cuando tiene el dulce en la mano lo mira del derecho y del revés, retrasando el momento de dar el primer bocado.

—Recibí la invitación, Carlota —me informa mi tía—. Al principio no entendí nada, pero cuando caí en la cuenta me pareció una idea muy graciosa.

Parpadeo intentando asimilar el significado de las palabras de mi tía, pero no lo consigo porque la invitación que elegí es muy sencilla y hasta un

poco sosa. No entiendo qué puede haber de gracioso en ella.

—El tornillo y la tuerca son una idea muy original —continúa diciendo, y suelta una carcajada.

Miro a Lolo con los ojos entrecerrados y el rostro completamente serio en busca de una explicación. Está claro que no se han enviado las invitaciones que yo he elegido, sino las que le gustaban a él, a pesar de mi negativa.

—Te dije que subestimabas a tu tía, nena. Ella sí que tiene buen gusto.

—Una invitación muy divertida, sí señor —vuelve a reír mi tía.

—Divertidísima —digo con ironía forzándome a sonreír.

—Llevaré puesto el traje que estrené en la boda de tus padres, Carlota. Espero que aún me valga.

—Puedes ir como quieras, tía —digo yo y Lolo me da un codazo en las costillas que me deja sin respiración.

—En realidad, Charlotte tiene que contarle algo —anuncia Lolo.

—¿Charlotte? —la cara de mi tía es de confusión y mira a su alrededor buscando probablemente a alguien más.

—Charlotte soy yo, es una pequeña broma de Lolo —le explico.

—Me gusta ese nombre. Charlotte —repite mi tía pensativa—. Y me gustas tú, muchacho, aunque he de decirte que llevas una ropa un poco anticuada —le

dice a mi amigo mirándole de arriba abajo—. Bueno, Carlota, ¿qué es eso que tienes que contarme? Aunque antes de que digas nada tengo un regalo para ti.

—No es necesario que...

—Calla, niña —me pide con dulzura sacando una cajita del bolsillo del delantal—. Esto es para ti.

Me tiemblan las manos cuando cojo la caja que me tiende mi tía y la abro despacio para descubrir en su interior unos pendientes de oro con una pequeña piedra azul. Parecen muy antiguos, pero son preciosos.

—Son muy bonitos, tía.

—Eran de tu abuela. Me los regaló antes de morir y me gustaría que a partir

de ahora los tuvieras tú. Todas las novias deben llevar algo azul.

Me emocionan sus palabras y antes de hablar carraspeo para aclararme la voz.

—Gracias, me gustan mucho, pero... pero tengo que decirte algo.

—Lo que Charlotte quiere decirle es que te tiene un lugar reservado en la mesa de los novios —interviene Lolo.

—Pero... pero... —miro a Lolo confusa, dispuesta a contradecirle y a contarle a mi tía la verdad, pero al ver la sonrisa en su arrugado rostro me siento incapaz de acabar con su alegría —. Sí, eso es lo que quería decir.

Una hora después regresamos a casa de mis padres. Estoy furiosa con Lolo, preocupada porque le he mentado a mi tía y muy apenada porque llevo en la mano la cajita con los pendientes y nunca podré estrenarlos.

—¿Cómo has podido hacerlo? —le espeto a Lolo.

—¿Hacer qué, Charlotte? —responde fingiendo que no sabe a qué me refiero.

—Has mentado a mi tía. ¿Cómo crees que se sentirá cuando descubra la verdad?

—No tengo claro que la boda no vaya a celebrarse, nena, y tu tía no se merecía una decepción tan grande. Es un

poco anticuada y me horroriza esa manía de esconder las cosas debajo de la cama, pero me gusta esa mujer —sonríe con inocencia.

—No creas que he olvidado lo de las invitaciones. Suponía que había quedado bastante claro las que debían enviarse.

—No, nena, yo nunca estuve de acuerdo y envié las que consideré más adecuadas. Ya has visto que a tu tía le ha encantado la idea.

—¡Eres imposible! —exclamo aún más enfadada que antes de iniciar la conversación.

—Está bien, Charlotte, quizá me he tomado ciertas libertades, pero lo he hecho por tu bien. Reconoce que no lo tenías muy claro.

—Lo tenía clarísimo, Lolo. ¿Qué crees que pensará la madre de Pablo cuando reciba la invitación? Si es que no la ha recibido ya y está haciendo las maletas para volver a Madrid —le digo a mi amigo y vuelvo a temblar, esta vez de miedo.

—No debería preocuparte tanto lo que los demás piensen, si yo lo hubiese hecho a estas alturas me habría vuelto loco.

—Sí, pero...

—Pero nada, nena, relájate y déjate llevar —me interrumpe—. ¿Has hablado con Pablo?

—No, solo he encendido el teléfono para hablar con Marga esta mañana y lo

he vuelto a apagar —respondo—. Y tú, ¿sabes algo de Jorge?

—No, dejaré que sufra un poco más. Los hombres son así, cuanto menos caso les haces más valoran lo que tienen. Así aprenderá a no tener secretos conmigo —responde con una enorme sonrisa.

Llegamos a la casa de mis padres y nada más abrir la puerta me doy cuenta de que no están solos, y enseguida reconozco las voces que los acompañan. Espero estar soñando y me pellizco un par de veces la cara para asegurarme de que no es así.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Lolo.

—¿No lo oyes? Tenemos compañía —respondo y dirijo mis pasos hacia la

cocina.

Pablo y Jorge están sentados delante de una cerveza y unos aperitivos, y charlan de forma distendida con mis padres. La escena sería entrañable si no fuese porque ellos, Pablo y Jorge, no deberían estar aquí y porque mis padres no deberían parecer tan contentos.

Pablo se vuelve hacia mí y sonrío. No parece enfadado porque me haya marchado de casa sin avisarle y su sonrisa ilumina sus preciosos ojos azules que tiene el mismo efecto en mí que la Kryptonita en Superman.

Retiro la mirada antes de que sea demasiado tarde y termine olvidando por qué estoy enfadada con él y qué

demonios estoy haciendo en casa de mis padres y a cientos de kilómetros de la mía.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Es que se os ha perdido algo? —pregunta Lolo con ironía y estoy a punto de dejar escapar una carcajada.

—Hace un par de días que mi marido no aparece por casa, ni me coge el teléfono y he pensado que ya era hora de mantener con él una conversación de hombre a hombre. —La voz de Jorge suena grave y enfadada, aunque a Lolo no parece producirle el mismo efecto que a mí.

—¿Cómo nos habéis encontrado? —pregunto.

—No sois muy originales —

responde Jorge.

—¿Originales? —pregunto molesta por el tono condescendiente de Jorge —. No pensaríais que íbamos a irnos a un spa a celebrar mi «no boda», ¿verdad?

—Con Lolo nunca se sabe — responde él.

—Estaba preocupado. Marga me dijo que no habías ido a la oficina y no cogías el teléfono, así que llamé a tus padres —interviene Pablo.

Mis padres me han delatado. Y esa certeza me hace sentir peor que la presencia de Pablo y Jorge. Ya no puedo confiar en nadie, ni siquiera en ellos.

—Solo le dije a Pablo que Lolo y tú estabais aquí —se defiende mi madre—.

Carlota, estaba muy preocupado, deberías ponerte en su lugar.

—En esta casa siempre serán bien recibidos —añade mi padre dejando muy claro de qué lado están.

No entiendo qué está pasando. Ayer llegué aquí después de recorrer cientos de kilómetros para contarles a mis padres que Pablo ha anulado nuestra boda y ellos le reciben hoy con los brazos abiertos.

—Si ellos son bienvenidos seré yo quien me marche —digo dando media vuelta dispuesta a alejarme de todos ellos cuanto antes.

—Siéntate, Carlota —dice mi padre y su tono de voz deja claro que no es una invitación, sino una orden que yo

termino obedeciendo.

—Pablo nos ha contado que has estado sometida a mucho estrés estos últimos meses —comienza a decir mi padre—. Por supuesto, también ha dicho que está dispuesto a casarse contigo y...

—Yo he cambiado de opinión —le interrumpo.

—¿Qué has dicho? —pregunta mi madre y todos vuelven su mirada hacia mí.

—No me miréis así. Yo no soy quien cambia de opinión continuamente.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión ahora? —pregunta Lolo.

—No confío en las personas que cada día piensan una cosa diferente —

repito—. Todo esto es una locura. ¿Quién quería casarse? ¿Eras tú o era yo? —le pregunto a Pablo.

—Deberíamos mantener esta conversación en otro lugar, Carlota — responde él.

—Ahora no es un tema nuestro, Pablo. Has venido hasta aquí, has hablado con mis padres y hasta los has convencido de qué eres tú quien tiene razón.

—Nadie nos ha convencido, hija — dice mi madre—. Pablo únicamente nos ha contado sus motivos para no querer que la boda se lleve a cabo o incluso para posponerla.

—¿Posponerla? —Vuelvo a centrar mi atención en Pablo. Él nunca ha

hablado de posponer la boda.

—Podríamos haber hablado de todo esto si no salieses corriendo cada vez que hay un problema —me espeta él.

—Yo no salgo corriendo —replico, y noto como mi pulso se acelera.

—Tranquilízate, Carlota —me pide mi padre—. Sabes que tu madre y yo siempre vamos a apoyarte, pero Pablo tiene razón, deberías haber hablado con él antes de venir aquí a refugiarte.

—Así que eso es lo que pensáis. Para vosotros soy la culpable de todo, además de una cobarde que no sabe enfrentarse a los problemas. —Siento un nudo en la garganta, pero no quiero ponerme a llorar delante de todos y me

levanto dispuesta a marcharme.

—Charlotte —me llama Lolo—. No eres culpable de nada. Es cierto que tienes tendencia a tomar algo de distancia cuando tienes dudas, pero nunca le das la espalda a los problemas.

—Gracias, Lolo, parece que eres la única persona de esta habitación que me conoce bien.

—A ti, nena —dice mi amigo guiñándome un ojo—. Y quiero añadir algo más, es cierto que Charlotte ha estado sometida a mucho estrés, pero el hecho de que vosotros dos os hayáis pasado el tiempo conspirando a nuestras espaldas no ha ayudado demasiado —añade mirando a Pablo y a su marido.

—No ha habido ninguna conspiración

—replica Jorge.

—Eso no es cierto. Yo solo pretendía darle una sorpresa a Carlota y le pedí ayuda a Jorge. ¿Cómo iba a saber que algo tan simple iba a generar tantos problemas? —se lamenta Pablo.

—El único problema es que ni Jorge ni tú confiarais en mí para ayudaros a organizar esa sorpresa —se queja Lolo.

—No habrías sido capaz de guardar el secreto —le indica Jorge.

—¿Insinúas que yo, Manuel de la Sierra, soy incapaz de guardar un secreto? —pregunta mi amigo indignado levantándose de su asiento y poniendo los brazos en jarras.

—No lo insinúo, Lolo, acabo de

afirmarlo —responde Jorge—. Tienes muchas cualidades, pero la discreción no es una de ellas.

—Eso es... es... —Lolo comienza a caminar de un lado a otro de la cocina con las manos en la cabeza, la bomba acaba de estallar—. Eso es cierto —dice dejándonos a todos con la boca abierta—. Sí, lo admito, los secretos no son mi fuerte, pero Pablo y tú sois un desastre y os hemos descubierto.

Mis padres han sacado unos frutos secos y unas aceitunas para acompañar la cerveza y parecen estar muy entretenidos con la película que se desarrolla ante sus ojos.

—Ya he tenido suficiente —anuncio de pronto cansada de las peleas, los

secretos y los malos entendidos—. Está claro que acusándonos unos a otros no vamos a solucionar nada, así que propongo que volvamos a Madrid.

—He preparado la comida y no pienso dejaros marchar hasta que no comáis —advierte mi madre.

—¿Quieres que nos vayamos tan pronto? Pero si acabamos de llegar, me gusta tu familia y este pueblo, nena, y creo que será mejor que no nos precipitemos —dice Lolo—. Solo hay un inconveniente, la ropa, espero que no te moleste Ricardo, pero la próxima vez que vayas de compras espero que me llames.

Mi padre sonrío y asiente, y yo no sé

si echarme a reír o a llorar. ¿De verdad que Lolo está hablando de ropa en este momento?

—Lolo, Jorge y tú tenéis que hablar, al igual que Pablo y yo, así que ha llegado el momento de marcharnos.

Pablo me mira con ojos suplicantes, pero no estoy dispuesta a ceder. No me siento cómoda con esta situación. Mis padres han dado más veracidad a las palabras de Pablo que a las mías y quiero marcharme.

Afortunadamente me duermo en cuanto Pablo pone el coche en marcha y no me despierto hasta que solo quedan unos kilómetros para llegar a casa.

Pablo me ha dejado dormir y hasta me ha tapado con su abrigo tal y como he podido comprobar al despertarme.

Son muchos los motivos por los que me enamoré de él y uno de ellos es que siempre ha puesto mis necesidades por encima de las suyas. Y, de pronto, veo con total claridad que Pablo nunca haría nada que pudiese hacerme daño, y que los motivos que le han llevado a querer cancelar la boda no son otros que los que me dijo desde el principio.

La certeza de que he vuelto a equivocarme me hace sentir muy mal. No hace tanto tiempo que mis dudas estuvieron a punto de arruinar nuestra relación y en lugar de aprender he vuelto

a equivocarme.

Subimos en el ascensor sin intercambiar aún ni una sola palabra. Supongo que está enfadado por todo lo sucedido y porque mi reacción no era la que esperaba de una mujer de mi edad, que dejó la adolescencia atrás hace muchos años.

Cuando el ascensor se pone en marcha miro a Pablo fijamente y veo al hombre del que estoy enamorada. Es guapo, sexy y muy deseable y está a muy pocos centímetros de mí. De pronto siento mucho calor y tengo que hacer un enorme esfuerzo de autocontrol para no abalanzarme sobre él y poner en práctica cada una de las escenas que, como si se tratara de una película, pasan

por mi mente en este instante.

—¿Estás bien? Pareces un poco sofocada —dice él mirándome con preocupación.

—Tengo un poco de calor, pero estoy bien —le aseguro.

—Tienes las mejillas encendidas —y pone su mano sobre ellas para comprobar la temperatura mientras yo me estremezco bajo el calor de su piel.

—Estoy bien —vuelvo a decirle apartándome de él.

—Estás ardiendo —dice acercándose a mí de nuevo.

El ascensor parece que no va a llegar nunca a nuestro destino y empiezo a impacientarme y a sentirme

completamente ridícula.

Cuando Pablo coloca la mano sobre mi frente de una forma completamente inocente, inspiro con intención de contener la respiración, pero su aroma inunda mis fosas nasales y me siento completamente perdida.

Me muerdo el labio inferior intentando disimular el estado en el que me encuentro, pero es demasiado complicado y, antes de que hable de nuevo, le beso. Le beso con todas mis ganas, intentando recuperar todos esos besos que por mi tozudez me he estado perdiendo durante tantos días. Él no pone ningún reparo, al contrario, me devuelve cada beso con el mismo ardor.

Capítulo 13

—Tienes un aspecto estupendo —me dice Marga mientras tomamos café en la oficina—. Ojos brillantes, piel radiante...

—No sigas —le pido a mi amiga—. Lo confieso, he pasado una noche fabulosa con Pablo, si eso es lo que insinúas.

—Más o menos. Me alegra saber que

la paz ha regresado a vuestro hogar.

—Yo no diría tanto.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Marga removiendo el café mientras intento encontrar las palabras adecuadas para explicarle la situación en la que nos encontramos Pablo y yo.

Pero no sé qué decir porque en este momento ni yo misma sé en qué punto se encuentra nuestra relación.

—Ha sido una noche estupenda, pero lo de la boda sigue en el aire — respondo finalmente.

—¿Aún no lo habéis aclarado?

—No, no lo hemos hecho.

—Pero apenas quedan un par de semanas para la boda, Carlota —me recuerda.

—Ya lo sé, aunque prefiero no pensar en ello. Ni siquiera he visto el vestido aún, Lolo no ha querido enseñármelo o quizá no esté acabado y no quiere que me preocupe —me remuevo incómoda en la banqueta porque este tema me altera demasiado y porque sé que Marga tiene razón y que todo debería estar claro a estas alturas —. No sé si Pablo y yo vamos a casarnos, pero ya no me preocupa lo que hagamos.

—No te puedo decir que te lo tomes con calma, pero deberías relajarte.

—Hablaré con Pablo esta noche y tomaremos una decisión juntos.

—No olvides que estoy a solo un par

de metros de ti y que si me necesitas no tienes más que llamarme.

—Gracias. Ahora voy a trabajar un rato, últimamente he descuidado demasiado mis obligaciones —le digo poniéndome en pie y comenzando a andar hacia mi despacho.

Me sentía bien hasta que Marga ha puesto el dedo en la llaga. No he hablado con Pablo y, por tanto, aún no hemos resuelto ninguno de nuestros problemas. Me encantaría poder decir que tenemos todo el tiempo del mundo, pero no es así, estamos a menos de dos semanas de la fecha en la que se suponía que íbamos a casarnos y todo está en el aire.

Decido enviarle un mensaje y pedirle

que no se retrase esta noche:

Tenemos pendiente una conversación. Intentaré llegar pronto a casa. Por favor, no te retrases.

Pablo tiene un juicio por la mañana, pero verá el mensaje en cuanto salga y como siempre hace, me llamará.

Respondo a todos los correos electrónicos que tenía pendientes, unos setenta, preparo un presupuesto para una terraza de casi ochenta metros cuadrados en un municipio de Madrid y hasta me da tiempo a sentarme un rato con Ana para analizar los balances del

último trimestre. Todo va bastante bien hasta que llega un mensajero con un paquete a mi nombre. No lleva remitente y lo abro llena de expectación imaginando lo que habrá en su interior. ¿Será algo que me envía Lolo relacionado con la boda? ¿Quizá una sorpresa de Pablo para sellar nuestra reconciliación?

Cuando por fin tengo delante el contenido del paquete, parpadeo varias veces para asegurarme de que no estoy soñando. No es de Lolo ni tampoco de Pablo. Esto solo puede enviármelo una persona y esa persona es América. Saco el contenido y deslizo los dedos sobre la primera imagen, una fotografía en la que aparecemos Hugo, América y yo

sonriendo. Recuerdo perfectamente aquella tarde de verano en una terraza de Madrid, cuando creía que mi vida era perfecta y no imaginaba que mi novio y mi mejor amiga mantenían una relación.

Hay otras dos fotografías; en la siguiente Hugo y yo nos estamos besando, es una imagen del mismo día que la anterior, pero esta vez estamos los dos solos. La última fotografía me hace contener la respiración unos segundos, Hugo y América están en la misma terraza que aquella otra tarde, pero esta vez son ellos los que se besan apasionadamente.

Dejo las fotografías sobre la mesa y miro dentro del paquete en busca de una

nota, pero no hay nada más. No entiendo lo que pretende América con todo esto, supongo que está resentida porque no respondí a su correo y tampoco la llamé. Pero ya no duele. Hace mucho tiempo que la deje atrás y ya no puede hacerme daño.

Guardo las fotografías en un cajón y continúo trabajando. No merece la pena darle más vueltas a algo que ya no tiene remedio.

Me salto la comida y a las seis de la tarde apago el ordenador y salgo de la oficina. Antes de dirigirme a casa paso por el mercado a comprar verdura y pescado para preparar la cena y voy pensando en alguna receta sencilla, pero no sé me ocurre nada. En realidad mis

conocimientos en ese campo son bastante limitados y hasta que Pablo llegó a mi vida sobrevivía gracias a las ensaladas, los sándwiches y los platos precocinados.

Después de trastear casi una hora en la cocina y consultar varias páginas de recetas en internet, me rindo a la evidencia. No sé qué hacer con el pescado, aparte de ponerlo en una sartén y dejar que se dore por ambos lado. Lolo es la única persona que puede ayudarme.

—¿Qué pescado has comprado, Charlotte? —me pregunta después de contarle que esta noche quiero preparar algo especial.

—No lo sé —confieso.

—¿Puedes describírmelo al menos?
—se desespera Lolo.

—Es... es... un pez —digo finalmente—. Bueno, en realidad son dos peces. El pescadero me ha dicho que era fresco, así que le he pedido un par.

—Charlotte, no puedo creer que hayas comprado pescado sin saber qué comprabas exactamente. No es lo mismo cocinar un par de lubinas que un par de sardinas —se ríe él.

—Las sardinas no son tan grandes, al menos nunca he visto unas sardinas de este tamaño.

—Lo mejor será que hagas una

fotografía con el móvil y me la envíes.

—Está bien, espera un momento.

Pongo a los dos peces juntos sobre la encimera y hago una fotografía que envío a Lolo por *WhatsApp*.

—Ya está —le anuncio, y espero mientras abre la aplicación y echa un vistazo.

—Lubinas, nena.

—Vale, son lubinas, ¿ahora qué hago?

—Apunta —me indica él.

—No. Lolo, no voy a apuntar nada. Ya he consultado al menos veinte páginas de recetas en internet y no me entero de nada.

—¿Pretendes que me pase la próxima hora al teléfono diciéndote lo que tienes

que hacer con esos... esos peces? —su tono de voz es de incredulidad, y no le culpo, pero es mi única oportunidad de hacer algo comestible.

—Pondré el manos libres, me vas indicando qué debo hacer y cuando vaya a meterlo en el horno, porque supongo que tendré que meterlo en el horno, te dejaré tranquilo.

—Por tu culpa he perdido un día de trabajo que ahora tengo que recuperar —me espeta—. Y yo también quiero llegar pronto a casa. Por si no lo recuerdas Jorge y yo también tenemos una conversación pendiente.

—No te pedí que me acompañaras al pueblo de mis padres —le recuerdo—.

Además, pensaba que ya habías hablado con Jorge.

—Lo único que hicimos mi marido y yo anoche fue tener sexo salvaje, increíble e inolvidable, nena.

—No necesito que me des tantas explicaciones, pero sí que me vayas indicando qué hacer con estos dos peces, ¿es mucho pedir?

—Esto te costará muy caro, Charlotte —suspira.

—Estoy dispuesta a pagar el precio que sea.

—Pensaré en ello y ahora pongamos manos a la obra.

Una hora más tarde, el horno desprende un delicioso aroma. Cocinar bajo las indicaciones de Lolo ha sido

sencillo y divertido. Un día de estos tendré que tomármelo en serio y aprender a cocinar, pero antes tengo una larga lista de promesas que cumplir, como por ejemplo no volver a comer chocolate, apuntarme al gimnasio o llamar más a menudo a mis padres. Será necesario que me sienta a hacer una lista, pero ahora tengo que concentrarme en la cena de esta noche y pensar detenidamente en todas las cosas que quiero decirle a Pablo.

Me doy una ducha, me pongo uno de mis conjuntos de ropa interior más sexys y me visto con un ligero y semitransparente vestido negro que compré hace meses ante la insistencia de

Lolo y que no he tenido ocasión de estrenar. Incluso me da tiempo a poner la mesa y a colocar velas en el salón para dar un toque romántico a nuestro encuentro de esta noche.

Echo un último vistazo para comprobar que todo está en orden. Las velas consiguen una atmosfera íntima y su aroma a canela contribuye a hacer más cálido el ambiente.

Vuelvo a la cocina y me sirvo una copa de vino mientras espero.

—¿Qué es todo esto? —pregunta Pablo entrando en la cocina—. Creía que esta noche íbamos a hablar.

—Podemos hablar mientras cenamos.

—No voy a poder hablar demasiado si vas así vestida —dice acercándose a

mí y estrechándome la cintura.

—Dejaremos el postre para el final —le digo juguetona.

—Podemos alterar el orden. Tú que eres de ciencias, deberías saber que el orden de los factores no altera el producto.

—Tienes razón, pero resulta que estoy muerta de hambre y tenemos esa conversación pendiente desde hace días.

Me separo de Pablo y abro el horno para comprobar cómo va la cena. El pescado tiene una pinta estupenda y está listo para servir. Voy a coger el guante para sacar la bandeja, pero Pablo se adelanta y al pasar a mi lado me da un beso en la nuca que me hace estremecer.

Al parecer esta noche está más interesado en mí que en la cena, pero no voy a ponérselo fácil.

Nos sentamos a cenar y durante un rato comemos sin intercambiar ni una sola palabra, aunque no es necesario porque nuestras miradas hablan por sí solas y en los ojos de Pablo puedo leer con claridad cada uno de los pensamientos que recorren su mente.

—La lubina está muy buena, Carlota —dice él.

—Yo ni siquiera sabía si era lubina, rape o una trucha —le confieso—. Y no lo sabría aún si Lolo no me hubiese ayudado.

—Siempre consigues sorprenderme —ríe él.

—No quiero volver a oír la palabra sorpresa —le regaño pensando en todo lo sucedido en los últimos días.

—Las sorpresas son algo bueno.

—O algo muy malo, depende de la experiencia personal de cada uno —le indico muy seria.

—Deberías dejar atrás el pasado. Ahora estás rodeada de personas que te quieren y que jamás harían nada que pudiera hacerte daño.

—Pensaba que Hugo y América me querían —replico dejando a un lado el tenedor y vaciando la copa de vino de para intentar tragarme el nudo que se ha formado en mi garganta.

—Es obvio que no, pero deberías

confiar en mí.

—Confío en ti y lamento lo sucedido. Tenías razón, he estado muy nerviosa últimamente, aunque en mi defensa diré que he tenido motivos de sobra. — Respiro hondo para pronunciar las siguientes palabras, esas en las que llevo todo el día pensando y que espero ser capaz de decir en voz alta—. Estoy de acuerdo con cancelar la boda.

—¿Estás segura? —pregunta Pablo cogiendo mi mano por encima de la mesa.

—No, pero no quiero que nos pasemos el día peleando. Quizá me cueste un poco volver a la normalidad, pero sé que lo conseguiré.

—Ven aquí —me pide separando la

silla de la mesa y extendiendo los brazos hacia mí.

Obedezco y me siento en su regazo. Sus brazos me reconfortan y, como siempre, me hacen sentir bien.

—Sabes que fui yo quien te pidió que te casaras conmigo y, aunque te cueste creerlo, nunca he cambiado de opinión. Solo quiero lo mejor para ti y al verte tan estresada me he culpado un millón de veces por arrastrarte hacia todo esto que tú no querías.

—No me has arrastrado —le aseguro buscando sus ojos—. No me parecía imprescindible que nos casáramos, pero si acepté fue porque quise, no porque tú me empujaras a hacerlo.

—¿Estás segura?

—Claro, no te lo diría si no lo estuviera.

—Quiero que estés completamente convencida de lo que quieres hacer. Aún no hemos habla de de los motivos que hicieron que te marcharas a casa de tus padres, pero fuesen los que fuesen siguen ahí —dice Pablo.

—Cancelar la boda cuando queda tan poco para celebrarse no tenía sentido para mí, excepto en el caso de que lo hubieses pensado mejor y decidido que no querías que siguiésemos juntos.

Pablo me acaricia el pelo y me dejo llevar por la suavidad de sus caricias y lo que me hacen sentir. No es buen plan,

podría olvidarme de quién soy y no es lo que más me conviene ahora.

—Aún podemos casarnos —dice él.

—No se trata de que podamos hacerlo, sino de si queremos hacerlo.

—Quiero hacerlo, pero solo si tú estás convencida y prometes tomarte las cosas con calma.

—Pablo, me estas volviendo loca, no sé qué demonios quieres, cada vez lo entiendo menos —le digo poniéndome en pie—. Dices que quieres casarte conmigo y eso es lo mismo que yo quiero. ¿Por qué no hacerlo? Van a ser dos semanas de tensión ultimando detalles, ni siquiera sé si tengo vestido, pero todo lo peor ya ha quedado atrás y es más complicado anularlo todo que

seguir adelante.

—Estoy de acuerdo.

—¿Estás de acuerdo?

—Sí, tienes razón. Deberíamos seguir adelante con la boda, pero antes de continuar con este tema me gustaría hacer algunas cosas.

—¿Qué cosas son esas? —pregunto confusa.

—Me gustaría quitarte ese vestido que me está volviendo loco —dice tirando de mi mano y sentándome de nuevo en su regazo.

—Pablo, esto es serio y... —pero no puedo seguir hablando porque sentir sus labios alrededor de mi cuello consigue hacerme olvidar todo lo demás —. ¿Qué

pasa con la cena?

—Pasaremos directamente al postre
—susurra muy cerca de mis labios.

Capítulo 14

—¡Ooooooooooh! Es... es...

—¿Qué te pasa, Charlotte? ¿No te gusta? —me pregunta Lolo que está tan nervioso como yo.

Lolo y yo estamos en el taller de Karl y es la primera vez que me pruebo el vestido de novia. Me quedo muda ante el espejo mientras ellos esperan mi reacción con impaciencia y a mí me

cuesta trabajo encontrar las palabras adecuadas que describan lo que este vestido me hace sentir.

—¡Es perfecto! —digo al fin—. Es tan bonito, tan delicado, tan... tan... de novia.

—Es un vestido de novia —señala Lolo colocándome la falda—. ¿Qué esperabas?

—Prefiero no responder a esa pregunta —digo recordando el anterior vestido—. Habéis hecho un trabajo impresionante.

—Sigue gustándome más el anterior —opina Karl.

No hago caso del comentario de Karl y sigo mirándome en el espejo. El diseño es precioso, sencillo, elegante y

original. Tenía miedo de que llegara este momento y encontrarme de nuevo ante un diseño imposible dada la imaginación de Karl y de Lolo, pero se han superado a sí mismos.

El vestido tiene un amplio escote en pico, es de tul y tiene el cuerpo y las mangas drapeadas con pequeñas aplicaciones de perlas y un cinturón de pedrería. Es tan suave, su caída es tan natural y se adapta tan bien a mi cuerpo que me emociono.

—Es tan bonito... —vuelvo a decir—. ¿Puedes hacerme una fotografía para enviársela a mis padres? Sé que a mi madre le va a hacer mucha ilusión. Tengo el teléfono en el bolso —le pido

a Lolo.

—No pienso hacerte una fotografía, Charlotte. ¿Qué pasará si Pablo coge tu teléfono o tu madre se lo enseña a todo el pueblo?

—Pablo nunca husmearía en mi teléfono y mi madre sabe guardar un secreto —replico.

—Seguro, por eso le dijo a Pablo dónde podía encontrarte —me recuerda.

—Eso es diferente.

—¿Has traído los zapatos que llevarás puestos? —nos interrumpe Karl.

—Sí, están en el coche, iré a por ellos —respondo.

—No, nena, yo iré a por ellos —dice Lolo

Mientras Lolo sale a buscar mis zapatos, me vuelvo hacia Karl dispuesta a agradecerle todo el trabajo que ha hecho para acabar a tiempo el vestido.

—Siento haberte hecho trabajar dos veces. El otro vestido era... era... muy original, pero me parecía demasiado atrevido para una novia.

—No tiene importancia. Ese vestido es perfecto para mi colección otoño-invierno del año próximo.

—Gracias, Paco. Puedo llamarte así, ¿verdad?

—Tú sí —sonríe, y me fijo en que tiene una sonrisa muy bonita.

—Aquí están los zapatos —anuncia Lolo sacándolos de la caja.

—Póntelos, Carlota, tengo que saber a qué altura dejar el bajo del vestido.

Obedezco y observo a Karl trabajar. Se está tomando muchas molestias con el vestido y no sé cómo agradecersele.

—Sería un honor que vinieses a mi boda, Paco —digo de pronto, y no se me escapa la mirada, de sorpresa primero y de irritación después, de Lolo.

—¿Paco? Se llama Karl, nena —me corrige Lolo.

—No sé si podré ir, tengo que mirar la agenda, pero si es posible será un honor para mí ir a tu boda, Carlota —responde Karl.

Una hora después Lolo y yo nos tomamos un merecido descanso y pedimos un café en Starbucks. Sé que dentro de un rato me arrepentiré y comenzaré a pensar que si sigo este ritmo lo más probable es que vuelva a recuperar el peso que he perdido estos últimos meses y que no pueda meterme dentro del vestido, pero ha sido la única manera de que a Lolo se le pase el enfado por invitar a Karl a la boda.

—Solo quería agradecerle el trabajo que ha hecho —le repito.

—Despídete de tus amigas, Charlotte —me advierte él—. Karl es un picha alegre y cuando bebe no hay quien le frene.

—Mis amigas tienen pareja —le recuerdo.

—¡Como si eso le importase! Además, no tenías que agradecerle nada, he pagado ese vestido, es mi regalo de boda.

—Quería ser amable.

—Es tu boda, nena, pero cuando Karl se beba hasta el agua de los floreros y sobe a tus amigas hasta desgastarlas, será solo tu problema.

—Podrías haberme advertido antes —replico.

—¿Cómo iba a suponer que le invitarías? Que yo sepa no has invitado al dueño de la empresa que ha hecho las invitaciones o a la peluquera, por poner

un par de ejemplos.

—Asumiré las consecuencias —digo dando por finalizada la conversación—. ¿Cómo va todo con Jorge?

—Bien, pero se niega a hablarme de esa maldita sorpresa. Supongo que Pablo y él se creen muy listos, pero será un fiasco.

—Prefiero no pensar más en ello. Sé que lo hacen con la mejor intención, así que he decidido no preocuparme.

—Está bien, nena, no quieres seguir hablando de Karl, tampoco de la sorpresa o más bien decepción y hasta te has atrevido con un par de lubinas, ¿se puede saber dónde está mi Charlotte?

—Te aseguro que soy la misma de siempre, pero la vida es demasiado

complicada y he decidido no preocuparme por cosas que escapan a mi control.

—A veces eres demasiado aburrida y te prefiero un poco neurótica y con ese toque dramático que te caracteriza.

—Pues tú a mi me gustas tal y como eres. Excepto con pantalones cortos, te quedan fatal —bromeo.

Me despido de Lolo, a quien, de pronto, le han entrado las prisas, en la puerta de la cafetería y voy a hacer la compra para el fin de semana. Es viernes y lo único que me apetece es darme una ducha y pasar una velada tranquila con Pablo, pero no puedo evitar pensar en las cosas que tengo que

hacer aún. Tengo pendiente conseguir todo lo que hay en la lista de Mercedes. Un folio por las dos caras lleno de cosas absurdas, como dos kilos de pepinos o dos docenas de huevos. La lista es larguísima, no sé por dónde empezar, y aunque Pablo me prometió que hablaría con su madre han pasado demasiadas cosas desde entonces y lo ha ido posponiendo día tras día.

Después de pasar casi tres cuartos de hora en el supermercado, regreso a casa, pero no hay nadie, solo silencio, y de la cocina no me llega ningún delicioso olor a comida. Dejo el abrigo y el bolso en el armario de entrada, las bolsas de la compra en la cocina y me dirijo a la habitación para quitarme la ropa, pero

cuando voy andando por el pasillo un ruido procedente del salón me paraliza y me detengo a medio camino.

Oigo una risa ahogada y a continuación un siseo. Me quito los zapatos y los sostengo en las manos como si se tratasen de un arma. Muy despacio, camino hasta el salón y asomo la cabeza conteniendo la respiración. Últimamente ha habido muchos robos en la zona y con la mala suerte que tengo no me extrañaría haber llegado a casa antes de que el ladrón se haya marchado.

No veo nada, todo está a oscuras porque hemos dejado la persiana de la terraza bajada, e intento concentrarme en algún posible ruido. De pronto las luces

se encienden, me llevo un susto tremendo, retrocedo y choco contra un cuerpo duro como una roca.

—¡Ahhhhhh! —grito dando media vuelta y batiendo en el aire ambos zapatos.

—¡Quieta! —me ordena una voz conocida asiéndome de las muñecas.

—¿Lolo? —Mi amigo, del que me he despedido hace apenas una hora y media, está delante de mí sujetándome las muñecas y mis zapatos se encuentran a pocos milímetros de su rostro.

—¿Querías matarme? —pregunta arrancándome los zapatos de las manos —. Has estado a punto de herirme con... con esto —dice tirando los zapatos hacia atrás.

—Pensaba que había entrado un ladrón.

—Sigues siendo una neurótica — señala, pero en su rostro se ha dibujado una sonrisa.

—¡Sorpresa! —dicen a coro varias voces y me giro de nuevo hacia el salón donde mis amigas me miran sorprendidas.

—Lamento que te hayas asustado — se disculpa Ana.

—¿Qué es todo esto? —pregunto mirando alrededor.

La mesa está llena de comida y bebida, guirnaldas de color blanco adornan el techo y los muebles e, incluso, han encargado globos azules

con mi nombre dentro de unas preciosas nubecitas blancas.

—Queríamos darte una sorpresa — dice Bea acercándose a mí para darme un beso.

Han debido trabajar muy duro durante toda la tarde para hacer todo esto y me siento como una tonta que ha estado a punto de dejar ciego a su mejor amigo de un taconazo.

—¿De verdad?

—Ya sé que dijiste que nada de despedidas de soltera, pero pensamos que podíamos hacer una pequeña celebración en tu casa —dice Silvia dándome un abrazo al que se une también Marga.

—Gracias, chicos, sois increíbles —

digo visiblemente emocionada.

Lolo pone música y a continuación abre una botella de champán que marca el inicio de la celebración.

Bailamos, bebemos, comemos y nos reímos tanto que acabamos tirados en el suelo y estoy a punto de hacerme pis encima. No recordaba una noche tan divertida como esta desde que iba a la universidad y vuelvo a sentirme agradecida por tener tan buenos amigos.

—¿Pensabas que ibas a librarte de tu despedida de soltera, Charlotte? —me dice Lolo casi al final de la noche.

—No había pensado mucho en ello, pero me alegro de que lo hayas hecho posible.

—¿Yooooo? Ja, ja, ja, no he sido yo, nena, solo he traído el champán —dice señalando a mis amigas.

Apenas puedo abrir los ojos cuando Pablo entra en la habitación y sube la persiana. No sé cómo he acabado en la cama, quizá estaba demasiado borracha para recordar algo y tal vez alguna de mis amigas se encargó de ello antes de marcharse. Tengo recuerdos borrosos de la velada y la cabeza aún me da vueltas debido a la cantidad de alcohol que tomé.

—No subas la persiana, por favor —le pido—. La cabeza me va a estallar.

Pablo se acerca a la cama y se sienta a mi lado, aunque apenas le veo porque no puedo mantener los ojos abiertos más que unos segundos.

—¿Demasiado champán? —me pregunta.

—Supongo que sí.

—Iré a buscar algo para el dolor de cabeza —dice dándome un beso en la frente.

Vuelvo a cerrar los ojos y me concentro en lo sucedido la noche pasada. Ni siquiera sé a qué hora me he acostado, aunque recuerdo vagamente que ya había amanecido y mis amigos seguían aquí.

—Tomate esto —dice Pablo

tendiéndome una pastilla y un vaso de zumo de naranja. Obediente hago lo que me dice esperando que me haga efecto lo antes posible.

—¿Has estado con Jorge? —le pregunto recordando algo que Lolo me dijo al respecto.

—Sí, he pasado la noche en su casa. Algunos compañeros de trabajo y de la asociación y él organizaron una fiesta sorpresa —me explica—. Lolo me dijo que ibais a celebrar tu despedida, así que fui a su casa con intención de pasar una velada tranquila y allí estaban todos, excepto Lolo.

—Mi fiesta no hubiese sido lo mismo sin él.

—Al menos no hubo mujeres

saliendo de tartas enormes.

—Aquí tampoco hubo streapers disfrazados de policías —le digo poniendo cara de desencanto.

—Lo he pasado bien.

—Yo también, pero tú no tienes resaca y yo sí.

—Eso es porque ha bebido usted demasiado, señorita —dice besándome en los labios.

—¿Qué hora es?

—Son las tres de la tarde.

—No puede ser —le digo intentando levantarme, pero solo consigo sentarme.

—Es sábado, puedes quedarte todo el día en la cama —me tranquiliza Pablo—. Yo también —sonríe, y siento que

me derrito bajo su mirada a pesar del dolor de cabeza.

—Tengo que preparar lo de la lista y...

—¿De qué lista hablas?

—La de tu madre, ¿es que ya no te acuerdas? Laca, pepinos, peluquera...

—numero—. Tu madre no se lo tomará bien si no me encargo de todo.

—He pensado que voy a reservar una habitación en el hotel donde se celebra la boda para mis padres.

—¿De verdad? —Me siento aliviada. Tener a sus padres, especialmente a su madre, lejos es la mejor noticia que podría recibir—. Tenerlos en casa sería... sería.

—Una locura —acaba él la frase.

—Posiblemente se enfaden y piensen que no queremos que se queden aquí — le digo preocupada.

—Es que no queremos que se queden. Aún no he olvidado el fin de semana que vinieron a Madrid. Y si quieres reservaré también una habitación para tus padres.

—No, ellos se quedarán en casa de Lolo y Jorge. Pero la lista...

—No quiero volver a oír hablar de esa lista. Llamaré a mi madre y le diré lo que pienso. No puedes perder el tiempo con esas tonterías. Y si no le gusta, tendrá que conformarse —dice guiñándome un ojo.

Abrazo a Pablo y hundo la cabeza en

su cuello sintiéndome mucho más tranquila al saber que va a ocuparse de su madre. Huele muy bien, su piel es cálida y suave y sus dedos acariciando mi espalda me hacen estremecer.

—Creo que deberíamos pasar el resto del día en la cama —susurro a su oído—. A menos que tengas una idea mejor.

—Se me ocurren muchas cosas, pero creo que todas ellas pueden hacerse sin salir de la cama.

Sí, eso es justo lo que esperaba oír.

Como ya suponía la idea de quedarse en un hotel no es del agrado de Mercedes. Pablo no ha escatimado en

gastos y ha reservado una Suite en el hotel donde nos casamos, el Silken Puerta América, pero su madre es de esas personas a las que les gusta hacer las cosas más difíciles de lo que son y crear problemas cuando no los hay. Después de hablar con Pablo durante más de una hora terminó cediendo. Sí, Tomás y ella se quedarán en el hotel «porque no quieren ser una molestia», pero «jamás olvidarán el trato recibido por su propio hijo».

No pienso demasiado en la reacción de Mercedes, tengo otras muchas cosas que hacer y cuando llego a casa cada noche me quedo dormida nada más meterme en la cama. Los últimos días

antes de la boda son muy intensos y deseo que pasen para dejar atrás todo el estrés de estos meses.

—¡Dios mío, Charlotte! —exclama Lolo al otro lado del teléfono y mi corazón da un doble salto mortal, no, triple, al imaginar los posibles contratiempos que han podido surgir repentinamente—. Esto es una tragedia.

—¿Qué ha pasado? —intento que mi voz no refleje la inquietud que siento, pero me cuesta respirar y no sé si lo consigo.

—Nos hemos quedado sin músicos

—¡Me caso dentro de cuatro días! —le recuerdo.

—Ya lo sé nena, pero no he podido hacer nada. Firmaron un contrato y les

he amenazado con demandarles, incluso les he dicho que el novio es abogado, pero se han reído de mí e incluso me han dicho que cuando salga el juicio estaréis jubilados

—Y tienen razón. En este país la justicia es tan lenta que cuando se celebre el juicio Pablo y yo seremos abuelos.

—En ese caso podrían tocar en la comunión de vuestros nietos.

—¿De qué demonios estás hablando, Lolo? —le regaño porque las cosas no están como para hacer bromas.

—Era una broma. Ya veo que estás un poco espesa hoy.

—¿Te han explicado el motivo por el

cual no pueden tocar en la boda?

—No se lo he preguntado. Me importa un pimiento, nena. Pablo y tú os casáis dentro de cuatro días y en lugar de un grupo de música tendréis que conformaros con mi iPhone y un par de altavoces.

—Esto no puede estar sucediendo. El hotel nos ofreció la posibilidad de poner ellos la música, puedo llamarlos y...

—De eso nada, nena. A menos que...

—Lolo deja la frase en el aire y tardo al menos un minuto en darme cuenta de que no va a decir nada más.

—Lolo, ¿estás ahí?

—Estoy pensando —responde.

—¿Te importaría pensar en voz alta?

—le pido.

—Tengo que dejarte, te llamaré más tarde.

—No puedes... —comienzo a decir, pero ya ha colgado dejándome con la palabra en la boca.

Me quedo un rato mirando el teléfono y me pregunto qué idea se le habrá ocurrido para solucionar el problema. Apenas queda tiempo para improvisar y vuelvo a lamentar que Pablo y yo no nos hayamos escapado a algún lugar remoto para casarnos en la más estricta intimidad.

—Ana —digo cuando levanto la cabeza del teléfono y me encuentro con mi amiga.

—¿Te pasa algo?

—Lolo acaba de llamarme, por lo visto los músicos nos han dejado tirados.

—No pueden hacer eso —Ana se sienta frente a mí y me mira preocupada.

—Me temo que sí, pero prefiero no pensar en ello. Lolo me ha dicho que tiene una idea. Espero que no sea una de sus ocurrencias, pero cualquier cosa será mejor que nada.

—Espero que todo se arregle.

—Sí, yo también lo espero —suspiro—. Pero supongo que habrás venido a decirme algo relacionado con el trabajo.

—Tenemos un pequeño problema.

—¿Cómo de pequeño?

—No tan pequeño. Los propietarios

del piso de la calle Almirante han llamado diciendo que no van a pagar la factura que queda pendiente, a menos que cambiemos la bañera.

—Los del Servicio Técnico estuvieron ayer en su casa, cambiaron una pieza y la bañera funciona perfectamente.

—Lo sé y ellos también lo saben, pero quieren una bañera nueva.

—Deben 30.000€, que yo sepa esa bañera no cuesta tanto.

—Les he dicho que lo ponía en manos de nuestros abogados —me comunica Ana.

—Has hecho bien. Es intolerable que no quieran pagar escudándose en un problema que no existe.

—Lo solucionaremos —asegura Ana—. Y ahora vete a casa, pareces cansada.

—Tengo que terminar algunas cosas.

—Pues termínalas y vete. Javier y yo nos encargamos de cerrar.

—Gracias, Ana. Me iré en cuanto responda a un par de e-mails y esta noche me meteré pronto en la cama.

En cuanto respondo a los correos y recojo la mesa, que parece un campo de batalla, vuelvo a casa dando un paseo para estirar las piernas y despejarme. Pero nada más abrir la puerta sé que algo no va bien. La Macarena de Los del Río suena a todo volumen y un olor a chorizo frito inunda toda la casa.

Mis peores pesadillas se han hecho realidad y tiemblo ante la idea de enfrentarme de nuevo a la madre de Pablo. Me pellizco la mejilla para comprobar que no se trata de un sueño, es algo que hago mucho últimamente y empiezo a cansarme de que mi vida esté llena de sucesos incontrolables que antes solo ocurrían en mis peores pesadillas.

Voy al salón y me siento un momento intentando recuperar la calma. No entiendo qué está haciendo aquí Mercedes. Se suponía que no llegarían hasta mañana y que irían directamente al hotel donde íbamos a encontrarnos a la hora de cenar.

—¡Argggggg! —grito cuando veo un velo de encaje negro colgando de la lámpara que hay en un rincón del salón.

Afortunadamente, la música está demasiado alta y ni siquiera se han dado cuenta de mi llegada. Empiezo a considerar la posibilidad de marcharme a casa de Lolo y llamar a Pablo diciéndole que mi amigo y yo tenemos que encargarnos de solucionar algunos asuntos y que no sé a qué hora voy a llegar.

Los primeros acordes de una copla, rumba, fandango o lo que sea, impactan en mis oídos y me hacen tomar una decisión. Me voy, me largo, abandono, no tengo por qué soportar las groserías

de Mercedes ni la tensión que su inesperada visita generará entre Pablo y yo. Así que salgo del salón de puntillas, dispuesta a marcharme, pero cuando me pongo el abrigo reparo en la letra de la canción y me quedo clavada en el sitio.

*Que tú me estás matando,
Mujer, mujer, mala mujer,
Mujer, mala mujer eres tú...*

Debo haber perdido la cabeza por completo porque la letra de una canción, que por cierto es de lo más simple, me hace cambiar de opinión. Me quedaré y daré la cara junto a Pablo porque eso es lo que se supone que debo hacer. En lo bueno y en lo malo, y ahora me ha

tocado hacer frente a la segunda parte.

—¡Qué sorpresa! —logro decir cuando entro en la cocina—. Pensaba que llegabais mañana.

Mientras me acerco a Tomás me fijo en la cocina habitualmente limpia y ordenada que ahora parece el escenario de uno de los capítulos de *Pesadilla en la cocina*. Solo falta Chicote, aunque supongo que su papel de *hater* puede representarlo perfectamente mi futura suegra. Hay cacerolas, sartenes, platos y cubiertos sucios por todas partes y un denso humo procedente del aceite que hierve en una sartén que hay sobre la placa de inducción. Además, Mercedes ha traído provisiones y hay bolsas de la

compra repartidas por toda la cocina.

—Queríamos pasar un poco de tiempo con Pablo —me dice Mercedes haciendo hincapié en las última palabra—. Es nuestro único hijo y a partir del sábado solo Dios sabe cuando volveremos a verle.

Las palabras de Mercedes son flechas envenenadas con una puntería digna de un indio *urueu-wau-wau* y cuya destinataria soy yo. Mi cara debe reflejar mi conmoción porque Tomás que, normalmente, deja que sea su mujer quien hable por los dos, decide intervenir.

—Queríamos pasar un rato con vosotros antes de la boda.

—Te serviré un poco de vino,

Carlota —dice Pablo dedicándome una de sus preciosas sonrisas, aunque en esta ocasión no tiene el efecto tranquilizante de otras veces.

—¿Qué es ese velo negro que hay colgado en la lámpara del salón? —pregunto recordando la horrible visión de hace unos minutos.

—¡Es mi mantilla! —grita Mercedes—. Parece mentira que los jóvenes no conozcáis las tradiciones de vuestra patria.

¿De verdad ha dicho patria?

—Mamá, llevar mantilla es anticuado —le dice Pablo—. Y no es normal llevar mantilla a una ceremonia civil.

—¡No me lo recuerdes Pablo! —

exclama ella con dramatismo—. Cada vez que pienso que mi único hijo no se va a casar en una iglesia como Dios manda me siento morir.

—Ja, ja, ja —ríe Pablo—. Siempre has sido muy graciosa.

—¿Te parezco graciosa? ¿Te parece divertido que tu madre sufra tantísimo? La Virgen del Rocío y La Macarena son testigos de mi sufrimiento.

—Mercedes, vas a asustar a Carlota —le advierte Tomás.

—Supongo que tus padres opinan lo mismo que yo, Carlota, estoy segura que a ellos también les gustaría ver a su hija casarse en una iglesia —dice Mercedes y puedo ver una nube negra atravesar sus ojos.

—A mis padres no les importa si la ceremonia es civil o religiosa. Ellos solo quieren que sea feliz —respondo.

—Quizá es lo que te hacen creer para que no te sientas mal, pero dentro de sus corazones estarán sintiendo la decepción y el dolor igual que Tomás y yo.

—Yo no siento decepción alguna, Mercedes —corrige Tomas a su mujer.

Mercedes se vuelve de nuevo hacia la placa de inducción, coge un huevo y rompe la cascara con sus propias manos vertiéndolo en la sartén, para después agitar el aceite a una velocidad vertiginosa.

Aprovecho el momento para abrir la ventana y ventilar la cocina, ya que hay

tanto humo que parece que estemos haciendo una barbacoa en lugar de unos huevos fritos con chorizo.

—¡Cierra esa ventana! —me ordena Mercedes.

—Hay mucho humo —observa Pablo.

—Los huevos se hacen en aceite muy caliente y yo acabo de salir de una bronquitis que casi me lleva al otro barrio, así que ciérrala —repite inflexible.

Está claro que la noche no va a ser fácil. Mercedes ha venido en pie de guerra y la batalla acaba de comenzar.

Capítulo 15

Pablo me promete que se ocupará personalmente de acomodar a sus padres en el hotel esta misma mañana y, por lo tanto, espero que cuando regrese a casa esta noche no haya ni rastro de ellos ni de las veinte bolsas de morcillas y chorizos que han traído del pueblo para su consumo personal. Hoy, más que nunca, es un alivio tener un trabajo al

que poder escapar.

Es miércoles y solo quedan tres días para que Pablo y yo nos casemos. Me tomaré libre un par de días para ultimar detalles y porque mis amigas me han regalado un tratamiento de belleza integral en una clínica que, según ellas, me ayudará a relajarme y a estar radiante el día de la boda. Espero que funcione porque a tan pocas horas del gran día y después de compartir vivienda con mi futura suegra, aunque solo haya sido una noche, lo necesito más que nunca.

Cojo el teléfono y llamo a Lolo por quinta vez esta mañana. Lo tiene apagado y dejo en el contestador otro mensaje pidiéndole que me llame

inmediatamente. Empiezo a preocuparme porque si hubiese encontrado una solución para la música él mismo me lo hubiese comunicado.

Hago un paréntesis para tomar café y le llevo uno a Marga que ha estado toda la mañana encerrada en su despacho. Su mesa parece la de Albert Einstein y no se ve ni un milímetro de superficie.

—Estabas más tranquila cuando trabajabas en JP —le digo tendiéndole la taza.

—Aunque resulte difícil creerlo, prefiero esto.

—Pues yo confieso que, algunas veces, echo de menos trabajar para otros y cobrar un sueldo a final de mes.

—Lo dices porque ya no te acuerdas de la presión a la que estabas sometida —me asegura ella—. ¿Qué tal lo llevas? ¿Nerviosa?

—Mejor no preguntes.

—¿Ha pasado algo nuevo?

—Al parecer nos hemos quedado sin músicos y los padres de Pablo llegaron anoche sin avisar —le digo suspirando ruidosamente.

—Creía que iban a quedarse en un hotel.

—Sí, Pablo ya debe haberlos llevado al hotel, pero se suponía que llegaban hoy, no ayer, así que han pasado la noche en casa.

—¿Qué ha pasado con los músicos?

—La verdad es que no lo sé, pero nos hemos quedado sin ellos y no consigo localizar a Lolo.

—Lolo lo solucionará —asegura ella, para quien mi amigo es poco menos que El Mesías.

—Sé que confías ciegamente en él, pero solo quedan dos días para la boda y Lolo no es mago. No creo que pueda sacarse a unos músicos de la chistera, aunque estaría muy bien. Aún puedo llamar al hotel y preguntar si pueden poner ellos la música, pero Lolo no quiere. Es mi boda y no debería haber descargado tanta responsabilidad sobre sus hombros.

—Nadie puede obligar a Lolo a

hacer algo en contra de su voluntad. Lo hace porque quiere, así que no te preocupes por eso.

—Voy a llamarle otra vez y si no responde iré a buscarle —le digo a Marga dirigiéndome a la puerta de sus despacho—. Te veré más tarde.

Marga asiente con la cabeza y vuelvo a mi despacho para llamar de nuevo a mi amigo. El contestador vuelve a saltar y, sin dudarlo un segundo, cojo el bolso y voy a buscarle a su oficina que está a solo diez minutos de distancia.

—Lo siento, Lolo no está —me dice su secretaria—. Ha dicho que tenía que ocuparse de algo muy urgente y se ha marchado hace un par de horas.

—Gracias, Cris. Si llama por

teléfono o vuelve dile que necesito hablar con él.

—Se lo diré, no te preocupes, Carlota.

No sé por dónde empezar a buscar a Lolo. Puede estar en cualquier parte y sería absurdo ponerme a dar vueltas por todo Madrid, así que vuelvo a la oficina cabizbaja y, a mitad de camino, me detengo en Starbucks para comprar un Caramel Macchiato. Estoy a punto de salir cuando una alta y triste figura llama mi atención. Es Lolo y está sentado a una mesa junto a un café y un trozo de tarta que supongo que será de manzana, su favorita.

—¿Lolo? —digo acercándome a él.

—Lo siento, Charlotte, no sabía cómo decírtelo —se lamenta.

—No pasa nada, ya se nos ocurrirá algo —le aseguro sentándome a su lado y pasándole la mano por la espalda.

Parece muy preocupado y vuelvo a sentir una punzada de culpabilidad por haber descargado tanta responsabilidad sobre él.

—No tienes la culpa, Lolo. Has trabajado mucho para que todo sea perfecto y un detalle sin importancia no puede restar valor a ese trabajo.

—¿Detalle sin importancia? —Mi amigo me mira con perplejidad y empiezo a pensar que el estrés de estos últimos meses ha empezado a hacer

mella en él.

—Sé que para ti la música es...

—¿La música? —me interrumpe.

—Pensaba que eso era de lo que estábamos hablando —le digo sintiendo que de pronto mi corazón se acelera ante la posibilidad de que haya surgido otro imprevisto.

—La música es lo de menos, nena, siempre podemos contratar una discomóvil o hacer que tu suegra cante todo su repertorio, pero no será necesario porque logré convencer a un amigo que tiene un grupo para que toquen el sábado. Les vendrá bien el dinero y son muy buenos, pero no hablo de la música.

—¿Los fuegos artificiales? —apenas

me sale un hilo de voz y antes de que Lolo hable conozco la respuesta, solo quiero alargar un poco más el momento de la verdad.

—No, Charlotte —niega él.

—Está bien, cuéntame de qué se trata. No te preocupes, lo resolveremos juntos.

—El vestido.

—Me encanta el vestido, Lolo, es precioso y...

—Alguien entró anoche en el taller de Karl y robó toda la colección de otoño-invierno, también se llevó tu vestido —me confiesa.

—¡Pero no puedo casarme sin vestido! —le digo horrorizada—. Esto

es... es... ¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé, he hecho algunas llamadas y hasta ahora no ha habido suerte, pero no debemos perder la esperanza, aún me queda la mitad de la agenda.

—Quiero que me digas la verdad, Lolo, que me mientas no va a hacer que me sienta mejor.

—Va a ser complicado, pero te prometo que el sábado llevarás un vestido de novia y no cualquier vestido, sino el mejor que hayas visto jamás — me promete.

—No estás siendo sincero.

—Sí, nena, sé que es difícil, pero no imposible.

Necesito aferrarme a la única

esperanza que me queda y decido confiar plenamente en mi amigo. Sé que estoy siendo egoísta y que siempre me queda la opción de ir a una tienda de segunda mano o de alquiler. No sería lo mismo, pero es una posible solución.

Vuelvo a casa más deprimida que la noche anterior e incapaz de enfrentarme a una cena con mis suegros en el hotel en el que se alojan. Afortunadamente, en cuanto le cuento a Pablo lo sucedido me dice que no es necesario que le acompañe. Mi estado de ánimo no es el más adecuado para enfrentarme a Mercedes y, aunque sé que no se va a tomar bien mi ausencia y que aprovechará la ocasión para intentar

convencer a Pablo de que no soy la mujer adecuada, confío penamente en él.

Decido tomar un baño y dejar la mente en blanco. Nada de pensar en los contratiempos. Nada de torturarme con las cosas que pueden suceder aún. Nada de... Es imposible. No puedo dejar de darle vueltas a todo.

No es la primera vez que mi vida se pone del revés. Hace dos años pensaba que las cosas no podían irme mejor y que tenía todo aquello que una mujer de mi edad podía desear. Después resultó que todo estaba construido sobre la base de una mentira y, cuando la primera tormenta llegó, todo se vino abajo. Entonces llegaron Pablo, Lolo y Marga y me ayudaron a ver las oportunidades y a

colocar, pieza a pieza, los cimientos de una nueva vida. Una vida que hasta hace muy poco me parecía perfecta. Pero desde que Pablo y yo decidimos casarnos nada ha sido igual.

¿Puede una boda poner patas arriba la vida de dos personas que se aman?

Sí, puede. Solo hacen falta algunos ingredientes: un poco de estrés, una suegra psicópata, el robo del vestido de novia, la cancelación de los músicos y un novio que no parece tenerlo claro.

Salgo de la bañera y me envuelvo en un albornoz. Me preparé algo ligero para cenar y me meteré a la cama. Dormir es lo único que puede salvarme de mis tormentosos pensamientos.

Me preparo una ensalada, que no consigo acabar, y me voy a la cama aunque ni siquiera son las diez y media de la noche. Me remuevo inquieta intentando encontrar la postura adecuada, pero mi cabeza sigue dándole vueltas a un millón de cosas y más que provista de un cerebro, parece poseída por una lavadora en pleno centrifugado.

¿Habrá una conspiración del Universo para que no me case con Pablo?

Solo aparecen obstáculos en el camino y, aunque vamos saltándolos unas veces y rodeándolos otras, siempre surgen otros que parecen querer impedirnos que lleguemos a nuestro

destino.

A las doce de la noche, después de haber contado cientos de ovejas e intentado pasar de la primera línea del libro que estoy leyendo, me levanto a prepararme una taza de tila y me quedo en la cocina, junto a la ventana, mirando hacia la calle e imaginando la vida de las personas que caminan por la acera.

—¿Qué haces levantada? —la voz de Pablo me sorprende junto al oído y doy un pequeño respingo.

—Estaba pensando que desde que decidimos casarnos todo parece haberse confabulado en nuestra contra y nada sale bien.

—Constantemente suceden cosas, Carlota, unas mejores y otras peores —

dice él encogiéndose de hombros.

—Sí, lo sé, pero no puedes negarme que todo va de mal en peor. Con un poco de suerte me casaré con las cortinas de la habitación de invitados.

—Lolo encontrara una solución — Pablo intenta tranquilizarme. Él es otra de esas personas que cree ciegamente en la capacidad de resolución de mi amigo, pero sigo pensando que esta vez ni Lolo podrá sacarme de esta.

—Sé que hará lo posible por encontrar una solución, pero puede ser que no lo consiga y tengo que pensar en esa posibilidad.

—Tienes que ser positiva —dice él cogiendo un mechón de mi pelo y

acomodándolo detrás de la oreja—. Y ahora nos vamos a la cama. Necesitas descansar y dejar de dar vueltas a esa preciosa cabecita.

Quiero confiar en Pablo y pensar que todo saldrá bien. Así que le sigo hasta la habitación y dejo que me meta en la cama y me tape como hacían mis padres cuando era pequeña. Por aquel entonces aún era capaz de creer que todo era posible y cierro los ojos con esa idea en la mente hasta quedarme dormida.

Me despierto descansada, pero deprimida y no tengo energía para ir a la clínica a disfrutar del tratamiento de belleza integral para el que tenía cita

esta mañana.

—¿Qué estás haciendo, Charlotte? — dice Lolo irrumpiendo en la cocina—. Deberías estar disfrutando de un día de relax y mimos.

Lolo es así, unas veces llama a la puerta hasta casi derribarla y otras utiliza la llave que Pablo y yo le dimos cuando nos mudamos. Nunca tiene término medio.

—No voy a salir de casa —respondo—. ¿Por qué has venido si pensabas que no iba a estar?

—Te he llamado por teléfono y también he llamado a Pablo, a Marga y, por último, a la clínica. Allí me han informado de que has anulado la cita.

—Lo siento, tengo el teléfono móvil apagado y he desconectado el fijo. ¿Quieres tomar café?

—Quiero que te metas en la ducha, te vistas y vayas a esa cita. María tiene unas manos maravillosas y te dejará reluciente —sonríe.

—No voy a ir a ninguna parte, Lolo. Tengo que hacer un montón de cosas, como, por ejemplo, buscar un vestido para el sábado. Quizá alquile un disfraz de María Antonieta.

—Eso no será necesario, Charlotte. ¡*Habemus* vestido! —exclama eufórico—. Una de mis llamadas dio resultado y un diseñador, poco conocido pero muy bueno, nos va a prestar uno de sus

vestidos.

—Pero seguro que tiene una talla imposible y no voy a caber en él —me quejo.

—Es de tu talla, nena, además lo he visto y es divino.

—¿Puedo probármelo?

—Tengo que ir a recogerlo, había que hacerle un par de arreglos y...

—¿Qué tipo de arreglos? —le interrumpo alarmada—. Creía que habías dicho que era perfecto.

—Ahora lo será, te lo prometo, pero tenía algún pequeño detalle que no me gustaba —responde esquivando mis ojos.

—Lolo, te conozco, dime que está pasando.

—Quiero ese café —dice acercándose a la cafetera y sirviéndose una taza.

Espero pacientemente a que Lolo acabe su «ritual del café» para volver a la carga. Sirve un poco de café en la taza, agrega la leche, a continuación más café hasta encontrar el tono adecuado y después añade el azúcar. Primero una cucharada, lo prueba, después otra, vuelve a probarlo y así hasta que está lo suficientemente dulce, pero no en exceso.

—Verás, nena, es un vestido muy bonito, pero tenía una enooooorme y horrible flor en la cadera derecha y otras más pequeñas diseminadas por la

falda —comienza a decir—. Le he dicho a Alex que quería eliminar todos esos adornos y se ha comprometido a tenerlo listo esta misma tarde.

—¡Lo sabía!

—¿Qué es lo que sabías, nena? Si quieres vamos a una de esas tiendas de alquiler de vestidos, es otra opción, pero te aseguro que ese vestido quedará perfecto cuando hagan los cambios que he sugerido —me asegura—. Así que, Charlotte, me tomaré este café mientras te das una ducha y después iremos a esa sesión de belleza integral. Creo que me tomaré el día libre, mi piel necesita unos cuantos mimos —dice pasándose la mano por la cara.

Lolo no necesita ningún tratamiento

de belleza, está tan guapo como siempre o, incluso, más. Hoy no se ha afeitado y la barba de un par de días le da un aspecto tan sexy que dan ganas de comérselo.

—Pero...

—Pero calla y métete en la ducha — me interrumpe.

Obedezco y una hora y media después estoy bajo las expertas manos de María, que aplica a mi cuerpo un exfoliante mientras una relajante música me traslada a algún lugar lejano donde el sonido del mar es el protagonista. Después le toca el turno a mi cutis y acabamos con una manicura y una pedicura que dejan mis manos y mis pies

suaves y relucientes.

A la salida, Lolo y yo nos reencontramos y vamos a comer. No sé qué tratamiento habrá elegido, pero está aún más guapo que esta mañana y mucho más relajado.

—Tomaré una ensalada —le digo al camarero.

—Tienes que coger fuerzas para tu noche de bodas, Charlotte, no puedes mantenerte a base de ensaladas.

—Tengo que meterme en un vestido de novia dentro de una hora por si no lo recuerdas.

—Yo tomaré una ensalada y un entrecot con patatas fritas —pide mi amigo.

—¿Dónde lo metes?

—Gimnasio y mucho, mucho sexo — responde guiñándome un ojo.

—No tengo tiempo para ir al gimnasio y en cuanto al sexo... — suspiro—, hay algo de escasez en los últimos tiempos.

—Pensaba que Pablo era un tigre en la cama.

—El problema no es Pablo, sino el cansancio, el estrés y la falta de tiempo.

—Esa no es una buena excusa. Yo también me he casado y tengo trabajo, amigos y una familia a la que atender, pero tengo claro que nada de eso se interpondrá jamás entre Jorge y yo.

—Espero que después de la boda las cosas vuelvan a ser como antes —le

digo a mi amigo deseando que mis palabras sean verdad.

Durante la comida Lolo recibe una llamada de Alex, el diseñador que ha accedido a dejarme prestado uno de sus vestidos de novia, por lo visto no lo tendrá acabado hoy, tal y como había asegurado, sino mañana.

Regreso a casa alicaída y muy decepcionada. Voy a casarme con un vestido que no he elegido y que no he visto aún, y quedan menos de cuarenta y ocho horas para la boda.

Las cosas no mejoran cuando llego a casa. Mercedes, la suegra que nadie desearía tener, se ha empeñado en organizar una cena en nuestra casa para conocer a mis padres. El problema es

que ellos han salido del pueblo esta misma tarde, acaban de llegar a casa de Lolo y Jorge, y hace días que Pablo y yo no hacemos la compra.

Finalmente, Pablo consigue disuadir a su madre para que cenemos en el hotel y, gracias a la ayuda de Lolo y a que mis padres siempre están dispuestos a hacer cualquier cosa por su hija, a las nueve en punto los recogemos en casa de mis amigos.

No les cuento a mis padres que mi vestido ha sido robado, es absurdo preocuparles con algo que no tiene remedio y ya tienen suficiente con conocer a mis futuros suegros, aunque no tienen ni idea de a lo que están a punto

de enfrentarse.

Se han vestido con mucha elegancia para causar buena impresión. Reconocería el sello de Lolo en cualquier parte y esta noche ha usado su magia para que mis padres tengan un aspecto distinguido y elegante.

—Estáis guapísimos —les digo al salir del coche.

—Lolo nos ha ayudado a elegir la ropa —me explica mi madre—. Ese hombre es una joya.

—Lo es —le aseguro y cruzo los dedos para que Mercedes no arruine la cena.

Como cabía esperar, Tomás y Mercedes nos esperan en una mesa cuando llegamos. Mi futuro suegro

sostiene una copa en la mano mientras ella bebe un Martini, con aceituna incluida, la cual no me extrañaría que ella misma hubiese traído en el bolso.

—Mamá, papá, ellos son Rosa y Ricardo, los padres de Carlota —dice Pablo.

Casi me sorprendo cuando, tras las presentaciones y saludos, no sucede nada y Mercedes halaga a mi madre diciéndole que es demasiado joven para tener una hija de mi edad, aunque lo de «mi edad» vuelve a ser un dardo envenenado dirigido a mí. Sin embargo, sé que no puedo relajarme y permanezco alerta por si la tormenta llega sin previo aviso.

Pedimos la cena en un clima de armonía que no termino de creerme y me alegro de que mis padres tengan una mentalidad abierta y ni siquiera parpadeen cuando Mercedes pide unos huevos rotos con chorizo de primero y un chuletón de buey con patatas fritas y ensalada de segundo. Menos mal que esta noche duermen en el hotel, por nada del mundo desearía que el vecino de abajo tuviese que llamar de nuevo a los bomberos para achicar el agua de su baño.

—El otro día le decía a Carlota que para Tomás y para mí ha sido una decepción que no celebren una ceremonia religiosa —comienza a decir

Mercedes—. ¿Cómo os sentís vosotros al respecto?

—Nosotros pensamos que son ellos quienes deben tomar ese tipo de decisiones y, si Carlota y Pablo han decidido celebrar una ceremonia civil, nos parece bien —responde mi madre.

Mercedes, que en el momento que mi madre ha comenzado a hablar iba a meterse en la boca media barra de pan acompañada de medio kilo de patatas, detiene el tenedor en el aire y se queda con la boca abierta y el tenedor en tierra de nadie.

Temo por la integridad de mi madre y miro el tenedor de reojo esperando que algo suceda.

—Tienes razón, Rosa —dice

Mercedes metiéndose el tenedor en la boca y empujando con el pan—. Pero...

Mi futura suegra deja la frase en el aire y mastica despacio. Ese pero puede ser tan peligroso como una caja de cerillas en manos de un pirómano y empiezo a ponerme muy nerviosa.

—¿Pero? —pregunto con ansiedad.

—Pero Tomás y yo somos católicos y educamos a nuestro hijo como un buen católico. Esperábamos que el día de su boda diera el sí en una iglesia ante un cura, ante Dios, Jesucristo y la Virgen María —explica Mercedes—. Nosotros pertenecemos a la Cofradía de la Virgen de la Cabeza y pensamos que lo más normal es que nuestro hijo se case en

una iglesia.

Espero que mi madre no caiga en la trampa de Mercedes y podamos terminar la cena sin dramas que lamentar más tarde. Pero mi madre, que ha escuchado a Mercedes atentamente y sin perder la calma, sonrío dulcemente y mira a mi futura suegra a los ojos.

—Eso es maravilloso, Mercedes, y muy respetable, pero ahora vuestro hijo es una persona adulta con sus propias ideas y creencias, que son igualmente respetables. A la vista está que Tomás y tú habéis hecho un trabajo estupendo al educarle, porque Pablo es un hombre sencillamente maravilloso y mi marido y yo estamos muy contentos de que forme parte de nuestra familia.

Mercedes, ante estas palabras que mi madre ha pronunciado con absoluta tranquilidad y sencillez, vuelve la atención a la comida y el resto de la velada se comporta como una persona casi normal.

—Tu madre es una mujer increíble —susurra Pablo en mi oído.

Me siento muy orgullosa de mi madre y pienso en lo mucho que tengo que aprender aún de ella.

Capítulo 16

—Quedémonos en la cama para siempre —le digo a Pablo el viernes por la mañana.

—No hay nada que me apetezca más, pero el deber me llama —dice él, apretándome contra su cuerpo.

—A mi también. Lolo aparecerá en cualquier momento para ir a buscar el vestido y estoy muy asustada.

—Estarás preciosa vestida de cualquier manera y yo solo podré mirarte y pensar en arrancarte el vestido —susurra sobre mis labios.

—Al menos la ropa interior la he elegido yo —sonríó—. Es una pequeña sorpresa que compré pensando en ti.

—Te la arrancaré igualmente —dice tirando de mi hasta colocarme encima de él.

—Y yo te ayudaré. ¿De verdad no puedes quedarte un poco más?

Pablo está a punto de contestarme, pero un conocido golpeteo en la puerta le interrumpe y su frase queda en el aire.

—Charlotte toc-toc-toc, Charlotte toc-toc-toc.

Es Lolo que, de vez en cuando, sigue con sus payasadas a lo Sheldon Cooper, aunque ahora que no vive en la puerta de al lado, lo confieso, le echo mucho de menos.

—¿Cuándo dejará esa manía? —pregunto comenzando a levantarme.

—Espero que nunca —sonríe Pablo.

Lolo llega cargado con dos cajas de la pastelería y pasa a mi lado como una exhalación. Le sigo hasta la cocina y le observo mientras deja las cajas en la encimera y comienza a preparar café.

—Charlotte, ya deberías estar lista para marcharnos. Nos espera un día muy ajetreado —anuncia.

—Son las siete de la mañana y

pensaba que solo teníamos que recoger el vestido.

—El vestido, los anillos, el ramo, la...

—¿Qué ramo? Quedamos en que lo llevarían a tu casa por la mañana —le interrumpo.

—Tenemos que encargarnos de otro ramo, nena, ese no va bien con el vestido nuevo.

—Voy a tomarme un café antes de decir cualquier barbaridad —murmuro cogiendo una taza de tamaño XXL.

—Vestido nuevo, ramo nuevo —dice Lolo.

—Vestido de novia, ramo de novia —replico—. Solo es un ramo de flores, no creo que haya que cambiarlo.

—Déjalo, Charlotte. Si te dejara sola irías como un mamarracho. Termina el café y ve a darte una ducha.

—Pablo está en la ducha y no entiendo por qué has traído todo eso de la pastelería si tienes tanta prisa.

—Para endulzarte el día, nena, pero ya veo que ni una tarta del tamaño de las Torres Kio podría conseguir el milagro

—Lolo abre una de las cajas y saca un Brownie que tiene una pinta absolutamente deliciosa.

—Me comeré uno de esos de todos modos —le digo arrancándoselo de las manos y dándole un bocado.

Pero Lolo no tiene buen perder y me lo restriega por la cara, así que cojo

otro y hago lo mismo sobre su rostro. Terminamos llenos de chocolate por todas partes y lo que empieza siendo un simple juego acaba como una batalla campal.

Cuando Pablo entra en la cocina vestido con un traje gris, perfectamente afeitado, peinado y oliendo de maravilla, mi amigo y yo estamos cubiertos de chocolate como dos niños pequeños.

—Estas deliciosa, Carlota —dice Pablo dándome un beso en los labios—. Es una pena que tenga que marcharme. ¿Por qué no guardas alguno para esta noche? —y me guiña un ojo antes de salir por la puerta de la cocina.

—¡Qué momento tan dulce, nena! —

exclama Lolo—. Ya te dije una vez que si no hubiese conocido a Jorge me habría quedado con Pablo.

—¡Ja!

—¡A la ducha! —me ordena de nuevo y yo le amenazo con un bocadito de nata.

Dos horas después las piernas me tiemblan tanto que parecen hechas de gelatina. La expectación es máxima mientras Lolo y yo esperamos a que Alex regrese con el vestido de novia. No puedo dejar de pasear a lo largo y ancho del salón de su taller.

Es un lugar muy elegante, con espejos

y luces directas e indirectas por todas partes que hacen visibles hasta el último poro del cutis. También hay varios sillones de color granate, sillas doradas con tapicería de color amarillo, que según he podido comprobar son incomodísimas, y fotografías de desfiles de moda en las paredes.

—¡Quieta! —me ordena Lolo—. Me estás poniendo nervioso.

—¿Qué pasará si no me gusta?

—Te gustará, Charlotte. Si han seguido mis instrucciones el vestido habrá quedado perfecto —me asegura—. Tenía demasiadas... cosas.

—¿Cosas?

—Sí, no me extraña que llevara más de un año atrapando polvo.

—Lolo, tus comentarios no me ayudan demasiado.

—Sé reconocer un buen diseño cuando lo veo y este lo era hasta que algún iluminado empezó a coserle todo lo que estaba al alcance de su mano.

—Aquí está —anuncia Alex, entregándome el vestido que está dentro de una funda.

Aguanto la respiración y tiendo las manos, que me tiemblan más aún que hace unos minutos, para recogerlo,

—Vamos, nena, cógelo y ve a probártelo —me anima Lolo.

Me quedo inmóvil con el vestido en la mano. Soy incapaz de dar un solo paso y hasta me cuesta respirar.

—Creo que será mejor que traigas una botella de champán —le dice Lolo a Alex.

Alex asiente con la cabeza y ordena que traigan una botella de champán y un par de copas, y yo me quedo en la misma posición hasta que una chica rubia, con una preciosa sonrisa y vestida completamente de negro, trae la bebida.

Lolo sirve una copa, coge el vestido de mi mano y me obliga a beber. Al principio doy un pequeño sorbo, pero cuando siento el cosquilleo de las burbujas en la lengua y el líquido suavizar mi garganta, apuro la copa de un trago.

Mi amigo me sirve otra copa y yo

vuelvo a apurarla hasta el final. Me siento mejor, quizá un poco mareada, pero al menos la rigidez que sentía en los músculos de las piernas y los brazos ha desaparecido.

—Sírvenme otra —le pido a mi amigo.

—De eso nada, nena. Ve a probarte el vestido y si te portas bien luego te daré un poco más.

—Lo necesito —le digo mirándole con ojos suplicantes.

—Carlota, te aseguro que el vestido te va a gustar —interviene Alex—. Lo hizo mi hija el año pasado, fue su trabajo de fin de curso.

—¿Tu hija? ¿Trabajo de fin de curso? —pregunto, alucinada, mientras

todas las alarmas saltan en mi cerebro e imagino a la hija de Alex diseñando un vestido para una de sus muñecas y jugando a las princesitas.

—Sí, el año pasado mi hija pequeña, Alhelí, quería ser diseñadora. Este año quiere ser cantante y es solista en un grupo de música punk. Espero que madure algún día, pero ya tiene veintinueve años y he perdido casi todas las esperanzas —dice Alex.

—¡No me dijiste que era un trabajo de fin de curso! —le espeto a Lolo.

—Un trabajo magnifico —dice él, volviéndose hacia Alex.

—Sin duda lo es. Alhelí es una gran diseñadora, aunque ella aún no lo sepa.

—¡Esto no me puede estar sucediendo! —exclamo llevándome las manos a la cara.

—Charlotte, cállate de una vez y pruébate el vestido. Es tu única opción y deberías alegrarte de que sea tan buena —me regaña mi amigo.

Vuelvo a coger el vestido y entro en uno de los probadores. Me desvisto despacio, retrasando el momento de bajar la cremallera de la funda y encontrarme con el vestido. Cuando por fin reúno el valor suficiente, me acuerdo de que he olvidado los zapatos en casa.

Pero, ¿qué importancia pueden tener ahora los zapatos? Tal y como acaba de recordarme Lolo, esta es mi única

opción.

Mis ojos se abren y ni siquiera soy capaz de parpadear cuando finalmente se encuentran con el vestido. Es simplemente perfecto. Quizá algo atrevido y no tiene nada que ver con el que Karl diseñó para mí la segunda vez, pero es incluso más bonito.

Me lo pongo con sumo cuidado, no quiero tener que lamentar ningún otro contratiempo y solo deseo que sea de mi talla y poder lucirlo mañana.

Levanto los ojos para encontrarme con la imagen que me devuelve el espejo y me quedo sin respiración. El escote halter deja desnudos mis hombros y baja hasta el ombligo en una fina línea donde la tela de brocado se une

mediante una fina gasa para después envolver las caderas. La falda, que arranca de las caderas, está hecha de un precioso tul blanco que contrasta con el corpiño de un tono más oscuro y cae hasta el suelo de forma desigual.

El único problema es que parte de mis senos quedan a la vista a través de la gasa que une el corpiño y que lleva sujetador incorporado, y parecen dos bamboleantes globos llenos de agua. Nunca he tenido exceso de pecho, pero con este diseño parezco una actriz porno de talla ciento cincuenta.

—Charlotte, ¿te queda mucho? — pregunta Lolo asomando la cabeza.

—Lolo, no puedo salir.

—Pero si estás increíble, nena — dice tirando de mí y obligándome a salir del probador—. Estás arrebatadora.

—¡Sublime! —dice Alex sin apartar la vista de mi escote.

—Todo el mundo estará pendiente de mis tetas en lugar de admirar el vestido.

—Tienes una figura preciosa, Carlota — Alex parece sincero, pero no es esa la reacción que quiero provocar en ningún hombre.

—No quiero que los hombres se fijen en mi figura. Voy a casarme con él único hombre en el que quiero provocar ese tipo de reacción.

Lolo se acerca a mí e intenta juntar la tela del escote, pero no se mueve ni un

milímetro porque no sobra absolutamente nada.

—Tira todo lo que quieras, Lolo, no conseguirás nada —le digo con impotencia.

—Recógete el pelo —me pide mi amigo.

—¿Cómo quieres que lo haga? No tengo nada, ni goma ni horquillas —me encojo de hombros.

—Pues con un lapicero, ¿es que no ves la tele?

—Necesitaría una caja de lapiceros para recoger esta mata de pelo —respondo, llevándome las manos a la cabeza.

—Le diré a Marta que te ayuda —dice Alex saliendo del salón.

Mientras esperamos a Marta me vuelvo hacia el espejo con los ojos entrecerrados. Es un vestido precioso, el corpiño abraza mi cuerpo y lo estiliza de una forma increíble, y la falda de tul, de varias capas y distintas alturas, da al conjunto un toque divertido y desenfadado. Si no fuese porque a través de la gasa se ven parte de mis senos sería el vestido de mis sueños.

Marta me recoge el pelo en un moño en pocos segundos. Su habilidad es incuestionable y con solo unas horquillas consigue dominar mi leonina y rebelde melena.

—Estás preciosa, Charlotte —
susurra Lolo.

Sé que me dice la verdad, lo veo en sus ojos y en el tono de su voz que vibra levemente por la emoción.

Es cierto, con el pelo recogido mi imagen se suaviza, pero aún así sigo sin estar segura de que sea la elección correcta.

—Tienes un pelo espectacular y una piel blanquísima y perfecta, Carlota. Pareces un hada —me dice Alex.

—El hada de las tetas —digo sin pensar.

—Serás la envidia de todo el mundo, Charlotte —me anima Lolo

—Me encanta el vestido, de verdad, tu hija tiene muy buen gusto, Alex —digo volviéndome hacia él —. Es una

pena que no haya tiempo para poner un poco más de tela en el escote.

—Está bien —dice Lolo de repente—. Alex, pídele a Marta aguja e hilo y tú, Charlotte, quítate el vestido.

—¿Qué vas a hacer?

—Hazme caso.

Me quito el vestido, tal y como me pide Lolo, y vuelvo a ponerme mi ropa. Cuando salgo del probador Marta ya ha traído aguja e hilo y mientras tomo una copa de champán y hablo con Alex, Lolo pone manos a la obra y durante un rato le veo trabajar afanosamente.

Casi una hora después vuelvo a probarme el vestido y no puedo creer lo que veo ante el espejo. No sé cómo es posible, pero Lolo ha vuelto a utilizar su

magia y, aunque el escote hasta el ombligo sigue ahí, mis senos quedan un poco más separados evitando esa imagen tan provocativa y un poco vulgar.

Sin duda estoy ante el vestido de novia de mis sueños y es una pieza única y exquisita.

No llego a casa hasta la ocho de la tarde. Ha sido un día de locura total ultimando detalles y corriendo de un lado para otro, parando solo un rato para comer algo a medio día.

En contra de la opinión de Mercedes, Pablo y yo decidimos pasar nuestra

última noche de solteros juntos. Esta noche es solo nuestra y tengo la intención de que sea muy especial.

Mientras espero a Pablo lleno la bañera, ilumino el baño con pequeñas velas y me quito la ropa para quedarme únicamente con mi bata de seda.

He comprado sushi en un restaurante japonés para no tener que cocinar y preparo la mesa del salón para no perder un solo minuto del tiempo que pasemos juntos.

Me muevo por toda la casa con rapidez, sin perder de vista cada detalle y, mientras tanto, pienso en que mañana será el gran día y todos los problemas parecen haberse solucionado. Parece mentira que hayamos llegado hasta aquí

después de todos los obstáculos que ha habido en el camino, pero por fin puedo respirar tranquila y decir en voz alta que lo hemos conseguido.

Me siento eufórica, feliz y expectante. Dentro de unas horas, Pablo y yo estaremos casados y apenas puedo contener la emoción.

El teléfono móvil me saca de mis ensoñaciones y sin pensarlo dos veces descuelgo creyendo que es Pablo.

—¿Vas a tardar mucho? —pregunto mientras una sonrisa se desliza en mis labios.

—Carlota, soy América, por favor no cuelgues.

—¿América? —Sí, ya sé que eso es

lo que ha dicho, pero después de lo sucedido a lo largo de estos últimos meses no puedo creer que se haya atrevido a llamarme.

—No sabía a quién llamar y estoy metida en un lío —me dice ella.

—Lo siento, pero no puedo ayudarte y tampoco quiero hacerlo. Me caso mañana y tengo cosas mejores que hacer.

—No sabía que ibas a casarte.

—¿Por qué ibas a saberlo? —pregunto fríamente —. Tengo que dejarte.

—Carlota, por favor —me ruega con la voz rota.

América no se merece que la escuche después de todo el daño que me ha

causado, pero oír su voz teñida por el llanto es algo que me encoge el corazón y me siento incapaz de colgar sin saber qué le sucede.

—Espero que tengas una buena razón para llamarme.

—Hace unas semanas que Hugo y yo volvemos a estar juntos —comienza a decir.

—¿Crees que puedes llamarme para contarme que Hugo y tu estáis juntos otra vez? No me importa en absoluto, América, hace tiempo que no me importa nada que tenga que ver con vosotros —le espeto—. Intentaste engañarme y chantajearme, después te disculpaste y me pediste dinero para

volver a las andadas enviándome esas fotografías. Porque no me cabe la menor duda de que fuiste tú.

—Sé que me he portado fatal, Carlota, te echo de menos y nunca se me ha dado bien pedir perdón. Quería llamar tu atención y que las cosas volvieran a ser como antes, pero ahora te necesito. Hugo se ha vuelto loco, bebe mucho y cuando está borracho puede llegar a ser muy agresivo.

No sé si creerla. Hasta ahora me ha mentado una y otra vez, ¿por qué iba a decirme la verdad? Sé por propia experiencia que cuando Hugo bebe es capaz de cualquier cosa, incluso de agredir o intentar forzar a una mujer, pero no entiendo por qué América me ha

llamado para contármelo, después de todo lo sucedido solo una idiota podría creer en sus palabras.

—¿Qué quieres que haga? — pregunto impaciente.

—Tengo miedo, acaba de llamar diciendo que viene a casa. Ha bebido mucho, lo he notado en su voz, y cuando está en ese estado no sé de lo que puede ser capaz.

—Llama a la policía —le aconsejo.

—La policía no hará nada porque aún no ha pasado nada

—Yo tampoco puedo hacer nada. Sal de ahí inmediatamente, es lo único que puedo decirte.

—No tengo donde ir. Esta es mi casa.

—¡Pues no le abras la puerta! —
exclamo cada vez más enfadada.

—¿Puedes venir, por favor?

—América, no sé si lo sabes, pero Hugo me agredió en mi propia casa y tuve que denunciarle. Llama a la policía, vete a casa de tus padres, denúnciale...

Mi ex amiga rompe a llorar de nuevo y mi corazón vuelve a encogerse un poco más. La empatía es uno de mis mayores problemas y casi puedo sentir en mi propia piel el estado de ánimo de América.

—Dame tu dirección, iré inmediatamente.

Vuelvo a vestirme, apago las velas del baño, cierro el grifo de la bañera y

dejo a Pablo una nota en la que le digo que no tardaré, pero no le explico adonde he ido. Nuestra noche especial tendrá que esperar.

La que fue mi mejor amiga vive en un bloque de pisos bastante deteriorado. La fachada está llena de grietas y desconchones y la contaminación y la falta de mantenimiento del edificio le dan un aspecto sucio y oscuro.

Compruebo nuevamente la dirección para asegurarme de que no me he equivocado. Suspiro ruidosamente y busco en el portero automático el piso que me ha indicado América. Llamo un par de veces y me armo de paciencia

mientras espero, pero tras varios minutos nadie responde y empiezo a cuestionarme si he hecho bien en venir. No, no debería haber venido, pero ya que lo he hecho no pienso marcharme y vuelvo a pulsar el botón del portero automático.

De nuevo silencio. Un silencio que empieza a producirme cierta inquietud y que me lleva a pensar que llego demasiado tarde, que quizá Hugo ya ha llegado y que América le ha abierto la puerta y... Saco el teléfono del bolso y marco su número. No debería importarme lo que le suceda, pero me importa, no deja de ser una mujer que siente que está en peligro y nunca me lo

perdonaría si le sucediese algo y yo no hubiese intentado ayudarla.

América no responde al teléfono, tampoco abre la puerta de su casa y empiezo a preguntarme si no habré vuelto a ser víctima de un engaño.

Vuelvo al coche sin tener muy claro qué es lo que debo hacer, pero lo único que deseo es llegar a casa y contarle a Pablo lo sucedido. Quizá él sepa cómo actuar en un caso como este, porque la idea de América siendo agredida por mí ex no deja de aparecer en mi mente y no descansaré hasta saber que ella está sana y salva.

Mientras camino busco las llaves del coche en el bolso y choco frontalmente con alguien. Estoy a punto de caer, pero

el desconocido me coge por la cintura impidiendo que caiga al suelo.

—Lo siento —digo levantando la vista y dando un salto hacia atrás cuando descubro a mi salvador —. ¿Hugo?

Me cuesta reconocerle. Está muy delgado, sus ojos están hundidos en su rostro, lleva el pelo demasiado largo y, en general, su apariencia es bastante descuidada. No tiene nada que ver con el hombre presumido, arrogante y de apariencia impecable al que conocí y con el que pasé dos años de mi vida. ¿Qué habrá sucedido para que alguien tan ambicioso y preocupado por su imagen como él haya llegado a este estado?

—¡Carlota! —exclama él,
alegremente.

No sé qué decir ni tampoco qué hacer. Sabía que viviendo en la misma ciudad era posible que volviéramos a encontrarnos, pero esperaba que no fuese así.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a América? —le pregunto retrocediendo un par de pasos para separarme de él.

—¿América? —su rostro muestra sorpresa y por fin me queda claro que mi querida ex amiga ha vuelto a tenderme una trampa.

—América me ha pedido que viniese, pero no está en casa —le digo a pesar de que a estas alturas sé que

América no vive aquí.

—América no vive aquí —me confirma él—. A menos que acabe de mudarse.

—¿Tú y ella... estáis...estáis... juntos?

—Ja, ja, ja —ríe él—. La dejé hace mucho tiempo, deberías saberlo.

—Tengo que irme —le digo poniéndome de nuevo en marcha.

—No tan deprisa —dice él asiendo mi muñeca derecha—. Hace tiempo que tú y yo no charlamos un rato.

—No tenemos nada de qué hablar, después de todo lo que paso yo...

—¿Sigues saliendo con ese estirado? —me interrumpe.

—De hecho nos casamos mañana —

le digo con una sonrisa, aunque enseguida me arrepiento de ser tan bocazas.

Hugo deja de sonreír y aprieta con fuerza mi muñeca impidiendo que me mueva.

—Deberías haberte casado conmigo —dice con dureza.

—Tengo que irme —repito soltando mi mano y corriendo hacia el coche.

—¡Espero que volvamos a vernos! —grita él.

Conduzco como una loca al volante. Me maldigo un millón de veces por mi inocencia, por caer una y otra vez en las trampas de América y por haber desperdiciado mí última noche de

soltera dejándome engañar por mi peor enemiga.

Estoy tan enfadada que en lugar de dirigirme a casa voy a la comisaría de policía y pongo una denuncia. No sé si servirá de algo, pero creo que es lo que debo hacer. Afortunadamente, puedo acceder al correo del trabajo desde el móvil y le muestro al policía que me atiende los correos de América, le hablo del paquete con las fotografías, y de lo que ha ocurrido esta misma noche. También le digo que tengo testigos que pueden corroborar que intentó chantajearme y que pueden comprobar la llamada que me ha hecho hace solo unas horas.

El policía recoge todos los datos, me

dice que necesitará las fotografías para adjuntarlas a la denuncia y firmo sintiéndome exhausta, pero más tranquila. No puedo permitir que América siga apareciendo en mi vida una y otra vez cuando le viene en gana y sé que ha llegado el momento de tomar medidas.

Llego a casa agotada. Mis ganas de pasar una velada romántica con Pablo me han abandonado y solo puedo pensar en darme una ducha y meterme en la cama.

—¿Dónde estabas? —me pregunta Pablo cuando cruzo la puerta del salón —. ¿Estás bien?

—No —respondo tirando el bolso

sobre uno de los sillones—. Tienes delante de ti a la mujer más patética que hayas conocido jamás.

—Ven aquí —dice poniéndose en pie y acogiéndome entre sus brazos—. Cuéntame lo que ha pasado.

Le cuento a Pablo la llamada de América, el engaño del que he sido víctima de nuevo y, también, la denuncia que he puesto en la comisaria. Siento rabia, furia y también ira, pero sobre todo siento un odio exacerbado hacia América por lo que me ha hecho esta noche.

—¿Por qué me hace esto? —le pregunto a Pablo.

—Algunas personas disfrutan haciendo daño a los demás —responde

él, acariciando mi espalda—. Pero esto ha llegado demasiado lejos y has hecho lo correcto al denunciarla.

—No quiero pensar más en ello y no quiero que se lo cuentes a Lolo.

—Sé que no quieres pensar en ello, pero tendremos que estar alerta y volver a denunciarla si ocurre algo más.

—Ya lo sé, ahora que me he decidido a hacerlo no pienso dar marcha atrás.

—Hablaemos de ello cuando estés más tranquila. Sé que preferirías olvidarlo todo, pero puede haber una próxima vez —observa Pablo.

—Sí, es posible —suspiro—. Pero si vuelve a ponerse en contacto conmigo,

iré a la comisaría inmediatamente.

—Y yo te acompañaré, no tienes que hacer esto sola —dice Pablo apretándome contra su cuerpo—. Ahora, estoy deseando meterme en esa bañera con mi futura esposa y disfrutar de nuestra última noche de soltería.

—El agua estará helada y he apagado las velas antes de marcharme —le digo cabizbaja.

—Volveremos a llenar la bañera y a encender las velas.

—Pero...

—Pero nada, Carlota, esta noche voy a hacer que te olvides de todo —susurra él, muy cerca de mis labios.

Y le creo. Necesito creerle porque, ahora mismo, solo deseo olvidar lo que

ha sucedido en las últimas horas.

Pablo me abraza y juntos recorremos el camino hasta llegar al baño. El agua está fría y las velas apagadas, pero un par de detalles no pueden impedir que compartamos una noche que promete ser inolvidable. Mientras estemos juntos nada más importa.

Capítulo 17

Bajo las expertas manos de Verónica, que trenza mi pelo en un sencillo recogido, todo mi cuerpo tiembla por la expectación y los nervios. Ha llegado el gran día y desde primera hora de la mañana estoy encerrada en la habitación de Jorge y Lolo. Mi amigo no permite la entrada de nadie, ni siquiera de mi madre, porque está firmemente

convencido de que solo contribuiría a aumentar mi nerviosismo. Incluso me ha obligado a comer aquí, aunque la verdad es que apenas he probado bocado.

—Estas preciosa, Charlotte —dice Lolo—. Pablo se desmayará cuando te vea.

—¿Tú crees? —pregunto con inseguridad, echando un vistazo a mi imagen a través del espejo.

—Eres una novia guapísima —opina Verónica.

—Gracias, tienes unas manos que son un tesoro.

—No es difícil cuando el material es de primera calidad —bromea ella.

Mi pelo brilla bajo la luz natural que se filtra a través de la puerta de cristal

que conduce a la terraza. Mis pestañas, recién maquilladas, parecen mucho más largas de lo que son en realidad. Verónica ha estado las dos últimas horas maquillándome y peinándome, sin embargo, mi imagen es fresca y natural y no parece el producto de un trabajo tan laborioso y concienzudo. A penas puedo apartar la vista del espejo y sé que nunca, por más años que pasen, volveré a encontrarme tan bonita.

—Iré a peinar a tu madre, debe estar muy nerviosa —me dice Verónica—. Pasaré a despedirme antes de marcharme.

—Gracias por todo —le digo de nuevo.

—Mientras tanto tú y yo tomaremos una copa de champán para relajarnos — dice Lolo.

—No puedo beber champán si quiero casarme completamente sobria.

Lolo se hace el sordo, descorcha una botella y sirve dos copas. No debería dejarme tentar, pero una sola copa de champán no puede hacerme daño y, como dice Lolo, me ayudará a estar un poco menos nerviosa.

—¡Brindo por el mejor día de tu vida! —exclama mi amigo chocando su copa contra la mía.

—Eso espero —le digo sonando poco convincente.

—La respuesta correcta es «brindo

por ello», nena. Deberías estar contenta porque Karl no puede ir a la boda, no sabes el peso que te has quitado de encima.

—Me preocupa que Mercedes pueda hacer o decir algo que esté fuera de lugar —le explico.

—Tu madre sabrá mantenerla a raya. Además, va a ser la madrina de su hijo y estará encantada siendo el centro de atención.

No le he contado a Lolo que Mercedes irá vestida con un diseño de Victorio & Lucchino que complementará con una peineta y una mantilla negras. Llegar hasta el día de hoy ha sido una trepidante carrera de obstáculos y en varias ocasiones llegué a pensar que

Pablo y yo nunca alcanzaríamos la meta, así que oculto la información para no abrir un nuevo frente, aunque más temprano que tarde mi amigo lo descubrirá.

—Sí, será mejor que no piense en ello —sonríó—. Por cierto, ¿cuándo crees que conoceremos la sorpresa que Pablo ha preparado con ayuda de Jorge?

—Espero que hoy mismo, nena, de lo contrario me encargaré personalmente de hacerlos pedacitos y tirarlos al Manzanares. Estoy seguro de que esa sorpresa es un viaje a alguna isla lejana —suspira—. Son tan poco originales...

—Pues me parecería una sorpresa perfecta. Necesito unas vacaciones para

dejar atrás estas últimas semanas, pero Pablo y yo decidimos dejar la luna de miel para las vacaciones de verano. He perdido mucho tiempo de trabajo organizando esta boda y ya es hora de que Marga se tome un respiro.

—Lo entiendo, tener una empresa resulta agotador —dice él apurando su copa y sirviéndose otra.

—Si bebes más champán se te trabará la lengua y no podrás leer tu discurso.

—No me hables de discursos, Charlotte, aún recuerdo el tuyo el día que Jorge y yo nos casamos. Lo que debería haber sido un homenaje a los novios se convirtió en una declaración de amor a Pablo. Ja, ja, ja. Nunca

dejarás de sorprenderme —dice divertido.

—Eso no es verdad —le regaño—. Bueno, tal vez un poco, pero también hablé de ti, de Jorge y del amor que sentíais el uno por el otro.

—Del amor que sentimos el uno por el otro —me corrige.

—Sí, tienes razón. Jorge aún te mira como si no hubiese pasado un solo día desde que os conocisteis en aquel viaje de trabajo.

—Somos muy felices, nena. Jorge es el hombre de mi vida.

—¿Quieres hacerme llorar?

—Eso sería terrible, Charlotte. Terminarías pareciendo un koala en

lugar de una princesa.

—¿Un koala? Supongo que has querido decir un mapache —le corrijo soltando una carcajada.

—Lo sé, Charlotte, solo quería hacerte reír. Y ahora acaba esa copa, ya va siendo hora de que empieces a vestirte.

—¿Crees que a Pablo le gustará el vestido?

—Le encantará, aunque supongo que le gustará mucho más quitártelo.

—Eso me temo —le digo, echándome a reír de nuevo.

La ceremonia civil se celebra en el Ático Skynight del Hotel Silken Puerta

de América y, aunque desde el principio nos dijeron que se ocuparían de cada detalle, Lolo no les ha dejado respirar sin antes pedir su consentimiento. Sospecho que si no fuese tan buen cliente hace tiempo que se hubiesen desecho elegantemente de él.

La decoración es perfecta, parece que estemos en mitad del bosque y me emociono al ver que finalmente Lolo ha respetado cada una de mis opiniones y que no hay rastro del estilo oriental con el que me amenazó tantas veces, aunque no he podido disuadirle de la coctelería acrobática ni de la máquina de pompas de jabón. Pablo y yo nos casaremos en este lugar espectacular, en un ático,

donde parecen comenzar cada una de las historias de mi vida, en las alturas.

Todo el mundo se pone en pie cuando las damas de honor, con vestidos de color verde agua cada uno con diferente diseño, comienzan a caminar. Unos pasos por detrás, mi padre y yo las seguimos al ritmo de *You're Beautiful* de James Blunt. Me emociono ante la canción que Lolo ha elegido para nosotros.

My life is brilliant. My love is pure. I saw an angel. Of that I'm sure.

Pero solo tengo ojos para Pablo, que me espera al final de ese camino con una

sonrisa mientras sus bonitos ojos azules brillan. Nuestras miradas se entrelazan antes de poder rozarnos y, a pesar de los metros que nos separan, puedo sentir su calidez.

Recuerdo la primera vez que nos vimos y la sensación de paz y seguridad que me invadió de inmediato. Entre sus brazos está mi hogar y es el mejor lugar que se me ocurre para pasar el resto de mi vida.

Las últimas semanas atraviesan mi mente como secuencias de una película. La tensión acumulada, los nervios, el estrés, las dudas... Todo me parece ahora absurdo y habrá merecido la pena si el premio es una vida junto a Pablo.

Cuando llego a su lado coge mi mano entrelazando sus dedos con los míos. En su mirada puedo ver todas aquellas cosas que realmente importan. Le amo por encima de todo y tengo la seguridad de que soy plenamente correspondida.

El maestro de ceremonias da la bienvenida a todas las personas que han asistido a nuestro enlace. No son muchas, solo nuestros padres, mi tía Paquita, algunos tíos de Pablo, a los que hemos invitado ante la insistencia de Mercedes y algunos amigos, entre los que se encuentran algunos compañeros de Pablo del trabajo y de la plataforma antidesahucios. Enseguida desconecto y solo escucho algunas frases sueltas

porque mi mente es una vorágine de imágenes, palabras y momentos vividos junto a Pablo. No puedo despegar mis ojos de los suyos. Me siento conectada a él de una manera que no puedo expresar con palabras.

Solo la presencia de Marga frente a nosotros consigue mi atención. Quiero saber qué va a decir, aunque tendré que hacer un enorme esfuerzo para concentrarme en otra cosa que no sea la mano de Pablo sobre la mía.

—Es un inmenso honor para mí poder pronunciar unas palabras durante esta ceremonia que unirá los destinos de dos grandes amigos: Carlota y Pablo. Solo puedo decir de ellos que son extraordinarios. Algunos podéis pensar

que es lo que corresponde decir en un momento como este, pero lo digo de corazón —dice Marga de forma solemne—. Carlota llegó a mi vida como un soplo de aire fresco, cambiándola para siempre. Me abrió las puertas de su corazón, de su casa y de su empresa, y no dudó en compartir conmigo todo lo que tenía, incluidos sus amigos. Bueno, todo no, me temo que a Pablo nunca ha querido compartirle con nadie —dice, provocando la risa de los presentes—. Carlota y Pablo son para mí mucho más que amigos. En ellos he encontrado a mi verdadera familia y espero seguir disfrutando de su amistad y compañía el resto de mi vida. Os deseo toda la

felicidad del mundo. Os quiero —su voz se quiebra al pronunciar las últimas palabras y suelto la mano de Pablo para unirme al aplauso unánime de los invitados.

Las palabras de Marga me arrancan varias lágrimas que soy incapaz de controlar. Sé lo que piensa y siente, pero oírlo en voz alta hace que parezca más real y no puedo evitar emocionarme.

Marga vuelve junto al resto de mis amigas y Lolo toma el relevo frente a nosotros con la gracia y el glamour que lo caracterizan. Está tan guapo y sexy con su chaqué negro, la pajarita y el chaleco de color malva que Jorge no puede apartar los ojos de él, al igual que todas las mujeres que asisten a la

ceremonia.

Pablo y yo entrelazamos de nuevo nuestras manos a la espera de que Lolo comience su discurso. Sé que ha trabajado mucho en él, aunque no me ha dejado leerlo alegando que era una sorpresa. Se aclara la voz y saca una hoja perfectamente doblada de su bolsillo derecho. La despliega y alisa con cuidado, después la tira hacia atrás y sigo con la mirada como planea en el aire hasta caer al suelo. ¿Por qué lo ha hecho?

—Querida Charlotte —comienza a decir mirándome a los ojos—, porque para mí siempre serás Charlotte, mi mejor amiga, mi confidente, la única

mujer por la que soy capaz de perder la cabeza. —Lolo hace una pausa sin apartar su mirada de la mía, está serio y visiblemente emocionado—. Te adoro. Sé que siempre estarás a mi lado, los días de lluvia, aquellos en los que luzca el sol, cuando caiga y cuando me levante, mientras río y también mientras lloro, del mismo modo que yo siempre estaré junto a ti —Vuelve a hacer una pausa y dirige la mirada hacia Pablo mientras noto como las lagrimas vuelven a agolparse en mis ojos—. Pablo, eres un hombre increíble, lo supe en cuanto Charlotte me contó como os habíais conocido y prácticamente te describió como al príncipe azul con el que siempre había soñado. Si no hubiese

conocido a Jorge te habría elegido a ti —dice mi amigo y, a pesar de las lágrimas, no puedo evitar sonreír—. Eres el mejor hombre que podría desear para Charlotte porque sé que a tu lado se siente plenamente feliz. Pero, recuerda, te estaré vigilando noche y día y si alguna vez se te ocurre hacerle daño me ocuparé personalmente de ti —bromea Lolo—. Sois una pareja estupenda y me siento feliz y afortunado de formar parte de vuestras vidas.

Todo el mundo vuelve a aplaudir y yo lo hago con las manos, con mi sonrisa, con mis lágrimas y con todo mi cuerpo. Aplaudo a mi amigo y me siento plena por haberle conocido y porque forme

parte de todos y cada uno de los días de mi vida.

—Solo una cosa más —dice Lolo recuperando el micrófono—. Charlotte y Pablo fueron los padrinos de mi boda con Jorge y aunque no he podido ser el padrino de la suya, desde aquí quiero informaros a todos de que lo seré de su primer bebé.

Pablo y yo reímos al igual que el resto de los invitados, aunque oír la palabra bebé me da vértigo y ni siquiera puedo imaginar la llegada de ese momento. Y mucho menos a Lolo siendo el padrino. ¿Vestiría al bebé con polainas y faldones?

Cuando Lolo me mira aprovecho para lanzarle un beso de agradecimiento

por sus palabras. Él me guiña un ojo y me dedica una sonrisa de esas que serían capaces de hacer caer a sus pies a cualquiera.

Llega el momento de intercambiar nuestros votos. Pablo va a hablar en primer lugar y, a pesar de saber lo que siento por mí, me siento nerviosa y expectante. Me cojo ambas manos y las aprieto una contra otra hasta que los nudillos se ven blancos. Es un momento muy especial y quiero guardarlo en mi memoria para siempre.

—La primera vez que te vi, tu pelo rojo atrajo mi mirada de inmediato. Estabas muy enfadada con aquel director del banco que intentaba ningunearte

mientras el guardia de seguridad se hacía cargo de la situación poniendo orden. Quizá no fue un momento muy romántico. Aquel día acabamos siendo expulsados de la sucursal bancaria como dos delincuentes y sincerándonos delante de una taza de café con leche a pesar del calor. Pero al mirarte a los ojos vi en ellos a mi alma gemela y supe que a partir de entonces dirigiría todos mis esfuerzos a conquistar tu corazón. Al final lo conseguí, aunque no fue tan fácil como esperaba. —Pablo me mira directamente a los ojos mientras mi corazón late acelerado y mi respiración se entrecorta—. Antes de conocerte creía que mi vida era plena, pero faltabas tú y al encontrarte por

casualidad pude encajar la última pieza del puzle de mi vida. Te quiero, Carlota, y saber que tú me amas hace que la vida sea, sencillamente, perfecta.

A estas alturas no debe quedarme ni una sola pizca de maquillaje. Ni siquiera la mascarilla *waterproof* que Verónica me ha aplicado con esmero podría resistir todas las lágrimas que estoy derramando. Debo estar horrorosa y ahora ha llegado mi turno.

Estoy muy nerviosa. He pasado mucho tiempo pensando lo que quería decirle a Pablo y he cambiado un millón de veces de idea. Espero que lo que he escrito y me he aprendido de memoria sirva para hacerle saber exactamente lo

que me hace sentir desde que nos conocimos.

—Desde niña soñé que un caballero de brillante armadura llegaría a mi vida a lomos de un corcel blanco para rescatarme de un terrible destino en manos de un cruel y oscuro villano. Pero aquello solo era el sueño de una niña con mucha imaginación que leía demasiados cuentos de princesas y hadas —suspiro sin dejar de mirar a Pablo—. Había dejado de creer en príncipes y caballeros cuando aquella calurosa mañana de julio saliste de la nada lanzándote sobre aquel hombre que, a empujones, intentaba echarme del banco. Supe, en cuanto nuestras miradas se cruzaron, que había conocido a

alguien muy especial. Alguien que me hizo recuperar la fe en los hombres y en las relaciones. Alguien que me hizo volver a creer en mí. Quizá los príncipes azules no existen, pero no me importa si tú estás a mi lado. Abrazada a ti he descubierto mi hogar, un lugar lleno de amor y de esperanza, donde espero poder quedarme el resto de mi vida. Te quiero —susurro las dos últimas palabras, porque apenas puedo seguir reteniendo las lágrimas que luchan desde hace un rato por ser liberadas.

Vuelvo junto a Pablo, que está tan emocionado como yo, y unimos de nuevo nuestras manos. El maestro de ceremonias ha recuperado la palabra y

llega el momento más importante de la ceremonia. Apenas me quedan lágrimas y debo estar espantosa, pero sé que recordaré este momento toda mi vida.

Nos damos el «sí, quiero», intercambiamos los anillos, unas sencillas alianzas de platino, y nos besamos bajo los aplausos de nuestros familiares y amigos mientras la máquina de pompas de jabón entra en acción. Ya somos marido y mujer, estamos casados, y, a pesar de mi reticencia inicial a casarme con Pablo, no me arrepiento en absoluto y volvería a repetirlo todo tantas veces como hiciera falta.

Bueno, quizá no todo porque menos de treinta minutos después, Lolo, que desde que ha visto a Mercedes ha

sentido el impulso de arrancarle la mantilla, está a punto de hacerlo a pesar de mis ruegos.

—Sí quieres que Jorge haga alguna fotografía a esa mujer —y señala a Mercedes con el dedo índice— tendrá que quitarse esa cosa de la cabeza.

—Lolo, por favor, déjalo estar —le pido.

—¿Tú lo sabías?

—Yo... yo...

—¡Lo sabías, Charlotte! —exclama entrecerrando los ojos—. Y aún sabiéndolo me lo has estado ocultando hasta ahora.

—Pablo y yo intentamos disuadirla, pero no pudimos hacer nada. ¿Para qué

iba a contártelo?

—¿De dónde ha sacado ese vestido? Parece *La Pantoja* vestida para *La Feria del Rocío*. Solo le falta el caballo y un tetrabrik de tinto *Don Simón*.

Me entran ganas de reír ante los comentarios de Lolo, pero no puedo dejarle ver que me hacen gracia porque eso solo le reafirmaría en sus intenciones. Y lo que pretende, ni más ni menos, es arrancarle la mantilla a mi suegra, algo que no puedo permitir.

—Lolo, sé que Mercedes no te cae bien y que su gusto deja mucho que desear, pero es la madre de Pablo y le queremos, así que vamos a olvidarnos de ella.

—No puedo evitarlo, nena, ese

vestido la hace parecer un botijo con volantes y con la mantilla parece La Macarena en una procesión de Semana Santa.

—Ya no tiene remedio, así que déjalo ya y dile a Jorge que nos haga esa fotografía de familia.

—De acuerdo, Charlotte, pero en cuanto tenga la mínima oportunidad le arrancaré la...

—¡No! Hoy no vas a arrancarle nada a nadie, a menos que se trate de la ropa interior de tu marido.

—Eso dalo por hecho, nena.

Lolo va en busca de Jorge y yo vuelvo junto a mi recién estrenado marido. Sabía que mi amigo no iba a

tomarse bien que Mercedes luciera peineta y mantilla, pero hubiese sido mucho peor decírselo antes de la boda. Estoy segura que de habérselo contado habría tenido que escuchar un millón de planes sobre cómo entrar en la habitación de mis suegros para robar la mantilla. Un plan completamente descabellado, pero muy en la línea de las ocurrencias de Lolo.

Pablo y yo nos hacemos montones de fotografías con los invitados. Será el único recuerdo de un día tan especial y sé que en el futuro nos encantará mirarlas y pensar en todas las sensaciones y emociones que compartimos.

Todo parece ir bien y suspiro

inmensamente aliviada. Mercedes está demasiado ocupada con la comida y ni siquiera habla. Mis padres están felices y emocionados, al igual que mi tía, mis amigas están encantadas con sus vestidos y el resto de invitados están perfectamente atendidos y parecen estar disfrutando de la comida. Solamente Lolo corretea de un lado a otro y no estoy segura de que haya probado bocado, pero él es así, un auténtico terremoto y nada ni nadie podría disuadirle para que se relajara y comenzara a disfrutar de la velada.

—Charlotte —me dice mi tía Paquita, a quien le encantó el nombre desde que se lo oyó pronunciar a Lolo y

ha decidido imitarle—. No me habías dicho que ese atractivo y encantador muchacho que ha hecho las fotografías es el marido de Lolo.

—Bueno, tía, yo...

—Sé lo que has pensado, hija, pero una se hace mayor y ha visto de todo a lo largo de su vida. Además, el Papa Francisco ya ha dicho que si una persona es gay y busca a Dios, él no es nadie para juzgarla.

—Siento no habértelo contado.

—No, Charlotte, lo entiendo, no querías escandalizarme —me dice dándome unas palmaditas en la mano.

Mi tía devuelve la atención a su plato y come con ganas. A sus ochenta y siete años tiene buen apetito y ganas de

probar cosas nuevas. Es una mujer increíble y ni siquiera mi suegra (¿¡suegra!?) ha podido resistirse a su dulzura.

Unos ruiditos en el micro llaman mi atención y levanto la vista del plato con curiosidad. Lo que ven mis ojos me deja perpleja e incapaz de reaccionar. Al fondo del salón hay un grupo de chicos con larguísimas melenas, vestidos completamente de negro y con la cara pintada al más puro estilo Kiss. Uno de ellos, el que está probando el micrófono, ni siquiera lleva camiseta y su torso, que parece bañado en leche de burra, reluce bajo la luz amarillenta de los focos.

¿Este es el grupo de música que Lolo ha podido conseguir?

Me pregunto por qué le hice caso y confié en él. Desde el principio el hotel nos ofreció hacerse cargo de todo, también de la música, pero Lolo quiso elegir a los mejores y hemos acabado con una banda de heavys a los que da miedo mirar.

Mientras afinan las guitarras, prueban los micrófonos y se «rascan las pelotas» ante la perpleja mirada de los invitados, busco a Lolo sintiéndome cada vez más enfadada.

—Por favor, dime que esto es un error —le digo cuando le encuentro pidiendo a los camareros que saquen

más champán.

—Cálmate, Charlotte, Los palomos cojos son unos músicos estupendos.

—¿Los palomos cojos? —Ojalá pudiese desmayarme, pero al parecer hace falta algo más que un cabreo descomunal para conseguirlo.

—¿Es que no confías en mí? Fueron finalistas de los Premios de Rock Villa de Madrid hace un par de años y son muy buenos. Me decepcionas, Charlotte, pensaba que eras más abierta de mente y que no juzgabas a la gente por su aspecto.

—No lo hago —miento, porque eso es justo lo que he hecho—, pero, ¿crees que es buena idea que nuestro primer baile de casados sea al ritmo de

Freewheel Burning de Judas Priest?

—Sería muy original, nena, pero tocan todo tipo de música. Espera y verás —me dice caminando en dirección a los músicos.

Le veo hablar con ellos mientras vuelvo a la mesa y me siento a esperar lo que sea que esté por llegar.

—¡Bienvenidos a todos! —comienza a decir el músico que no lleva camiseta y que al parecer es el solista—. En primer lugar queremos felicitar a los novios, Carlota y Pablo, por su recién estrenado matrimonio. ¡Felicidades, chicos! —dice vaciando una copa de champán de un solo trago y lanzándola después hacia atrás.

El batería hace un redoble de tambor y comienzo a morderme las uñas debido a la ansiedad que me corroe por dentro. Solo espero que Lolo esté en lo cierto y que no arranquen con un tema de Iron Maiden o Judas Priest.

Capítulo 18

—Y ahora, amigos, ha llegado el momento de que los novios bailen juntos por primera vez. Va por vosotros —dice el solista, tocando los primeros acordes.

Pablo se levanta y me tiende una mano a la que yo me aferro temblorosa. Me siento nerviosa y expectante. No sé lo que van a tocar, es algo que no he hablado con Lolo y que debería haber

hecho hace tiempo. Me temo que ya es demasiado tarde.

Pablo y yo nos acercamos el uno al otro mientras los primeros acordes escapan de los instrumentos. Enseguida reconozco la canción, es una de mis favoritas y la he escuchado cientos de veces, *Roots before brunches* del dúo Rooms for Two. Quizá la letra no sea la más apropiada para el primer baile de unos recién casados que comienzan una nueva vida juntos, ya que habla de tener raíces antes de ramas, de encontrar el camino y de saber quién eres. Pero la melodía es perfecta y durante un tiempo así fue como me sentí. Supongo que Lolo también lo sabe y por eso ha elegido esa canción, quizá no quiera que olvide que

ya tengo las raíces.

Cuando Pablo me toma entre sus brazos, me aprieto contra él. Llevo todo el día esperando este momento y, aunque me gustaría mucho más que todo hubiese acabado y que estuviésemos solos en cualquier otro lugar, sentirme tan cerca de él me relaja y consigue aplacar mis temores.

—Estaba deseando abrazarte —susurra en mi oído—. Y llevo todo el día pensando en quitarte ese vestido.

—Y yo soñando que me lo quitas —respondo—. ¿Crees que es normal que nos sintamos así?

—Me preocuparía no desear a mi mujer el primer día de nuestro

matrimonio —bromea.

—Apenas puedo esperar a que todo acabe. Tengo tantas ganas de...

—No digas nada más —me pide Pablo colocando un dedo sobre mis labios—. Tengo serios problemas para no sucumbir a mis deseos y arrancarte el vestido delante del todo el mundo.

—¿Crees que podríamos desaparecer sin que nadie se de cuenta?

—Me temo que no —responde Pablo separándome de su cuerpo y haciéndome girar sobre mí misma.

Continuamos bailando completamente pegados y en silencio. Intento concentrarme en la música que suena deliciosamente bien, pero las manos de Pablo en torno a mi cintura

parecen quemarme y solo puedo pensar en nuestra noche de bodas.

La canción acaba finalmente y recibimos vítores y aplausos. Inmediatamente después, todo el mundo sale a bailar y yo lo hago con mi padre, con Tomás, con Jorge, con Lolo y con el resto de los invitados. También mi tía Paquita se deja mecer por los brazos de Jorge, de Lolo y de Pablo, con una enorme sonrisa dibujada en su arrugado y dulce rostro. Me encanta verla tan feliz.

—Charlotte, me debes una disculpa —dice Lolo arrancándome de los brazos de su marido y ocupando su lugar.

—Tenías razón, los músicos son

maravillosos —reconozco.

—Deberías tenerlo en cuenta la próxima vez que decidas criticarme. Siempre tengo razón.

—Eso es exagerar un poco —sonrío—. Son las diez y media de la noche y aún no has descubierto lo que Pablo y Jorge se traen entre manos.

—He estado demasiado ocupado con otras cosas.

—¿Demasiado ocupado? —suelto una carcajada porque me encanta picar a Lolo y ver como cae en mi trampa.

—Como organizador de la boda tengo que estar pendiente de todos los detalles, pero...

—¡Calla, tonto! —exclamo abrazándole—. Y bésame.

Lolo me mira fijamente a los ojos y asiento con la cabeza. Nuestros labios se rozan en un leve beso y antes de que se separe de mí cojo su cabeza entre mis manos y aprieto con fuerza.

—¡Charlotte! —exclama sorprendido por mi gesto—. La gente va a pensar que tú y yo...

—Lolo, la gente va a pensar que nos queremos y es verdad. Te quiero.

—Yo también te quiero, nena, pero preferiría que ese beso me lo hubiese dado tu marido.

Río el comentario de Lolo y al mirar alrededor veo que Mercedes, que sigue comiendo tarta en un rincón, nos mira con desaprobación, pero no me importa,

me siento demasiado feliz y no dejaré que nadie estropee este momento.

Unas horas más tarde vemos los fuegos artificiales desde la terraza. Un increíble espectáculo de luz y color que es el colofón de un intenso y perfecto día.

Estoy acurrucada entre los brazos de Pablo con su chaqueta sobre los hombros. Me siento embriagada por las emociones y ansiosa porque dentro de muy poco estaremos al fin solos.

—Si algún día me caso recurriré a Lolo para pedirle consejo —dice Ana mirando a Javier de soslayo.

—Eres muy afortunada, Carlota, ha

sido una boda preciosa, aunque confieso que al ver a los músicos casi me caigo de la silla —ríe Silvia.

—Yo también, pero han estado genial. Cuando han cantado *Endless Love* no podía creérmelo, ha sido muy emotivo —digo emocionada.

—Ese ha sido un momento increíble —dice Bea.

—Ya te dije que Lolo se encargaría de que todo funcionase —me recuerda Marga.

—Lamento interrumpiros, pero ha llegado el momento de la sorpresa final —anuncia Pablo con una sonrisa bailando en sus labios.

—Es una sorpresa precio...

—¡Calla, Silvia! —le ordena Ana.

—¿Lo sabíais? —pregunto mirando una a una a mis amigas.

—¿Qué es lo que saben, Charlotte?
—Lolo aparece a mi lado y le tiendo la mano para que me ayude a levantarme.

—Al parecer tú y yo somos los únicos que no sabemos nada de esa sorpresa —respondo con enfado.

—Por eso es una sorpresa, porque quien va a recibirla desconoce de qué se trata —me indica Bea.

—¿Qué pasa conmigo? —pregunta Lolo—. Iré a buscar a Jorge, creo que debería explicarme algo.

—¡Espera, Lolo! —le pide Marga, pero ya es demasiado tarde porque mi

amigo se aleja a toda velocidad en busca de su marido.

Cruzo los brazos y miro a Pablo con dureza. No entiendo por qué han dejado al margen a Lolo después de todo lo que se ha esforzado en organizar nuestra boda y eso es algo que no pienso perdonarle.

—Pensaba que pasaríamos la noche en la suite del hotel —le digo a Pablo mientras conduce hacia un lugar que desconozco.

Cuando pensaba que por fin nos libraríamos de todo el mundo, ocuparíamos nuestra suite en el hotel y comenzaríamos a disfrutar de nuestra

noche de bodas, Pablo me ha obligado a cambiarme de ropa y a coger mi bolsa de aseo y una muda de ropa interior. Ni si quiera me ha dejado despedirme de mis amigas. Lo único que ha quedado claro es que, excepto Lolo y yo, todo el mundo sabe lo que Pablo y Jorge han estado tramando durante las últimas semanas.

—Todo llegará —me dice Pablo.

—¡Oh, vamos! Dime de una maldita vez dónde vamos.

—Lo verás dentro de poco.

—No entiendo cómo Jorge y tú habéis podido dejar al margen de todo esto a Lolo, le habéis dado un terrible disgusto —le digo una vez más.

—Lo entenderás enseguida.

—¡Está bien!

Cierro los ojos con intención de quedarme dormida, pero es imposible porque estoy demasiado enfadada y estoy segura de que esa sorpresa que Pablo me tiene reservada no me gustará tanto como para renunciar a nuestra noche de bodas en una suite. Aún así, permanezco con los ojos cerrados. Si Pablo no va a contarme nada no pienso volver a dirigirle la palabra hasta que lleguemos a nuestro destino.

Una hora después, Pablo detiene el coche delante de una enorme casa de piedra gris iluminada en el exterior, pero cuyo interior está completamente a

oscuras. Estamos en medio de un bosque de hayas y hasta donde la vista me alcanza parece un lugar precioso sacado de un cuento de hadas. Sin embargo, estoy agotada, muerta de frío y sigo con un enfado de mil demonios.

¿Esta es la sorpresa? ¿Una casa aislada en medio del campo?

—Ya hemos llegado —anuncia Pablo.

—¿De quién es la casa?

—Responderé a todas tus preguntas dentro de un rato.

No es justo, pero estoy demasiado cansada para iniciar una nueva pelea, así que no digo nada, cojo mi bolsa de viaje y sigo a Pablo hasta la casa.

—¡Ven aquí! —dice él, y antes de

que pueda abrir la boca me coge en brazos y abre la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto sorprendida.

—Traspasar el umbral con mi mujer en brazos.

—Pero esta no es nuestra casa.

—Es la primera vez que me caso y estoy... improvisando —bromea él.

Al menos en el interior de la casa no hace frío. Huele a leña y al fondo del pasillo puedo ver el resplandor de lo que parece una chimenea. Pablo me deja en el suelo y agarra mi mano con firmeza.

—¿Vamos a pasar la noche aquí? —pregunto, chocando contra algo.

Pablo no responde, me acerca a su cuerpo y me da un beso que me deja sin respiración, pero que recibo con ganas. Sin embargo, enseguida se separa de mí y me arrastra hacia el fondo del pasillo.

—Podríamos encender la luz, está demasiado oscuro —le pido.

Apenas pronuncio esas palabras la luz se enciende haciéndome parpadear varias veces hasta que mis ojos se acostumbran y un coro de voces nos reciben con alegría.

—¡Sorpresa!

Mis amigas me rodean y me abrazan como si hiciese siglos que no nos vemos, aunque solo han pasado un par de horas desde que las dejé en el hotel.

También están sus parejas y los amigos de Pablo, pero no hay rastro de Lolo y Jorge.

—¿Dónde está Lolo? —pregunto con preocupación porque sé lo mucho que le ha molestado que le dejaran al margen de los planes.

—Aún no ha llegado —responde Marga en tono tranquilizador.

—¿Alguien va a contarme qué hacemos todos aquí y por qué lleváis la misma ropa puesta? —pregunto, pero todas se apartan de mí como si tuviese la peste.

—¿Pablo? —digo volviéndome hacia él y de pronto descubro una cara nueva, un hombre que debe llevar ahí desde el principio, pero en quien no me había

fijado hasta ahora.

¿Quién será y qué está haciendo aquí?

—Pablo, necesito saber qué está pasando, dónde están Jorge y Lolo, si vamos a celebrar una fiesta o... —me encojo de hombros y muevo la cabeza con impotencia.

—Tendrás que esperar —repite Pablo.

No puedo esperar ni un minuto más y comienzo a acercarme a Pablo con intención de llevarle a otra habitación, pero justo cuando voy a rozar su brazo se oye el motor de un coche en el exterior y todo el mundo empieza a correr por la habitación apagando las

luces y dejándome sola en medio del salón hasta que una mano coge la mía y tira de mí.

—¿Pero qué...?

—¡Calla! —me pide Pablo.

Alguien abre la puerta de la calle y enseguida me llega la voz de Lolo, que le hace a Jorge las mismas preguntas que yo llevo haciéndole las últimas dos horas a Pablo.

—¿Puedes explicarme de una vez qué estamos haciendo en una casa en mitad del campo? ¿Por qué está el coche de Pablo aparcado en la puerta?

—Lo sabrás muy pronto.—responde Jorge.

—Llevas horas diciéndome lo mismo —se queja Lolo.

Los pasos de mis amigos recorren el pasillo y se acercan al salón. Se escucha un murmullo, seguido de un siseo, y los pasos cesan.

—¿Has oído eso? —pregunta Lolo.

—No he oído nada —responde Jorge.

—He oído un murmullo —afirma Lolo—. Deberíamos encender las luces, está todo demasiado oscuro y ya sabes lo poco que...

—¡Sorpresa! —gritan todos de nuevo encendiendo las luces.

—¿Sorpresa? —La cara de Lolo es de absoluto estupor—. ¿Qué tipo de sorpresa es esta? Acabo de veros a todos hace un rato. Y tú, Charlotte, ¿qué

estás haciendo aquí?

—No tengo la menor idea —
respondo.

—Lo sabréis dentro de nada —dice Ana, cogiéndome de la mano y entre ella y el resto de mis amigas me sacan del salón y me arrastran escaleras arriba. Me vuelvo hacia Lolo, pero él esta tan atónito como yo.

Llegamos a un amplio dormitorio. Sobre la cama hay un vestido blanco. Es un vestido de novia y cada vez me siento más confusa.

—Póntelo —me pide Bea.

—¿Qué me lo ponga? Acabo de quitarme mi vestido de novia y no pienso ponerme otro.

—¡Póntelo y calla! —me ordena

Silvia, acercándose e intentando quitarme la camiseta.

—¡Bruta! —le espeto cuando uno de mis rizos se queda enganchado en su pulsera.

—Simplemente ponte el vestido y deja de quejarte —dice Silvia.

—Casi tengo que casarme con vaqueros. Hace unos días alguien robó mi vestido y si no llega a ser por Lolo... —tiemblo de ira y ni siquiera puedo seguir hablando.

—¿Robaron el vestido? —pregunta Bea.

—Ana y Marga lo sabían —respondo mirándolas fijamente.

—Sabíamos que Lolo lo arreglaría

—dice Marga—. Anda, sé una niña buena y cámbiate de ropa.

No sé por qué lo hago, pero unos minutos después llevo puesto el vestido de novia que mis amigas han elegido para mí. Es un diseño sencillo de corte imperial y sin ningún adorno. Es muy bonito y me queda tan bien que parece que lo hayan hecho a medida. Me dejo el pelo suelto, tal y como lo he traído, porque las horquillas me han estado martirizando todo el día provocándome un terrible dolor de cabeza y aún tengo algunas zonas demasiado sensibles al contacto.

Bajo la escalera seguida de mis amigas y en el salón veo a Pablo, que se ha puesto una chaqueta de color gris

oscuro sobre la camisa azul. A su lado Jorge lleva puesta una chaqueta algo más clara y una camisa blanca y Lolo, mi querido amigo, viste un traje negro, camisa blanca y unas de sus inseparables New Balance, esta vez amarillas.

Cada vez entiendo menos lo qué está pasando y miro a Pablo con los ojos encendidos por las llamas de mi enorme cabreo.

—Estás preciosa —me dice él acercándose a mí e intentando cogermela mano, pero se lo impido con un brusco movimiento—. Y enfadada —añade con media sonrisa que no consigue ablandarme.

—Charlotte, pareces un hada —dice Lolo—. Solo te faltan dos conejitos blancos y un hermoso corcel.

—Tú también estás muy guapo —le digo a mi amigo cogiéndole del brazo—. Y vosotros dos vais a explicarnos inmediatamente qué está pasando aquí.

—Antes os presentaré a alguien —dice Pablo dirigiendo su mirada hacia el desconocido que lleva allí desde que hemos llegado—. Él es Gabriel, es un viejo amigo y concejal de medio ambiente en un pueblo que hay cerca de aquí.

—¿Concejal de medio ambiente? —pregunta Lolo—. ¿Va a medir el grado de contaminación ambiental que hay en

este salón?

—Gabriel va a officiar una boda — responde Jorge.

—¿Qué boda? Yo soy la única que va vestida de novia y acabo de casarme hace unas horas —digo cada vez más sorprendida.

—Y yo soy el único que va vestido de forma correcta para casarse, pero resulta que ya estoy casado —señala Lolo.

—Carlota, hace unas semanas te dije que quería anular la boda, ¿lo recuerdas? —me pregunta Pablo.

—¿Cómo iba a olvidarlo?

—En realidad, lo que pretendía era que celebráramos una boda más íntima y sencilla, tal y como tú querías. Por eso

preparé todo esto con la ayuda de Jorge. La idea inicial era celebrar las dos bodas, pero al verte tan estresada pensé que...

—Podrías habérmelo dicho en lugar de hacerme creer que no querías casarte conmigo —digo empezando a entender de qué va todo esto.

—Eso digo yo —interviene Lolo—. Habría sido mucho más fácil preparar algo sencillo e íntimo.

—Entonces, ¿quieres que nos casemos? ¿Otra vez? —pregunto perpleja.

—Y supongo que la idea es que yo sea el padrino —dice Lolo.

—No, tú eres el novio —responde

Pablo.

—¿Cómo? —Lolo y yo nos miramos cada vez más confusos.

—No, no es lo que pensáis —interviene Pablo de nuevo—. Cuando le conté a Jorge lo que planeaba me propuso celebrar una boda doble. Pensé que sería una gran idea.

—¿Os parece bien? —nos pregunta Jorge.

—No sé qué decir —responde Lolo apretando mi mano—. Me encanta la idea de compartir un momento tan especial con Charlotte, pero deberíais habérselo contado.

—¡Era una sorpresa! —exclama Marga—. A ti te encantan las sorpresas, Lolo.

—Una sorpresa que ha estado a punto de acabar en drama —retomo la palabra dispuesta a decir lo que pienso de todo esto—. Llegué a pensar que no querías casarte conmigo, que no me querías lo suficiente y que no te atrevías a decirme la verdad. Me fui a casa de mis padres sin saber cuándo iba a regresar y si cuando lo hiciera seguiríamos juntos. Me planteé seriamente separarme de ti para siempre.

—¿De verdad? —Pablo no parece creerse mis palabras, aunque son totalmente ciertas.

—¡No querías casarte conmigo! — repito indignada.

—No quería que nuestra relación

sufriera por culpa de los preparativos de una boda que podíamos celebrar igualmente. Además, hacía tiempo que Jorge y yo lo habíamos planeado todo —dice él.

—Yo no lo sabía —le recuerdo.

—Yo tampoco. Y hasta llegué a creer que mi marido, o sea, tú —dice Lolo señalando a Jorge y alargando la «u»—, tenía una aventura con alguien.

—¿Cuándo ha pasado todo eso? —pregunta Bea.

—¿Por qué nadie nos ha contado nada? —Silvia parece conmocionada y no la culpo, todo esto es digno de un culebrón.

—Porque Carlota y Lolo estaban demasiado ocupados huyendo de los

problemas —dice Jorge.

—Sí, estábamos muy ocupados, pero organizando una boda e intentando saber qué estabais tramando —le espeto a Jorge—. Siempre quise una boda sencilla, pero te quiero, Pablo, y por eso estuve dispuesta a hacer lo que tú deseabas.

—Si nadie va a casarse esta noche será mejor que me vaya —dice Gabriel que lleva toda la noche sin pronunciar palabra.

—La decisión es vuestra —dice Jorge mirando primero a Lolo y después a mí.

Lolo y yo nos miramos y aunque no hablamos podemos leer la respuesta en

los ojos del otro.

—Nadie va a casarse esta noche — digo levantando la cabeza desafiante.

Mis amigas parecen decepcionadas por mi respuesta y me siento mal por ellas, pero el enfado es mucho mayor que la pena.

—Lo siento, sé que esperabais otra cosa, pero esto es todo lo que puedo ofreceros. —Y me marché seguida de Lolo hacia el piso superior.

Elegimos la habitación donde me he cambiado hace un rato y entro al baño a quitarme el vestido y ponerme de nuevo la ropa que he traído puesta. Ha sido una noche decepcionante en muchos sentidos, pero no voy a seguir dándole vueltas porque estoy demasiado

enfadada para pensar con claridad.

—¿Estás bien, Charlotte? —me pregunta Lolo, que se ha quitado la chaqueta y las New Balance y está sentado en la cama con las piernas recogidas entre sus brazos.

—No lo sé. Me siento fatal por estropear la sorpresa y en otras circunstancias me habría encantado compartir contigo algo tan especial, pero no puedo olvidar que estuve a punto de dejar a Pablo porque pensaba que no me quería lo suficiente.

—Lo sé, nena. Lamento que estemos aquí debatiendo sobre este tema cuando debería ser una de las noches más bonitas y especiales de tu vida.

—Es nuestra primera pelea de casados y no sé cómo acabará — suspiro, sentándome a su lado.

—No te preocupes. Pablo es un hombre razonable la mayor parte del tiempo, así que se disculpará y tendréis el mejor sexo del que hayáis disfrutado jamás —me tranquiliza Lolo.

—Ahora no puedo pensar en sexo — le digo lanzándome sobre él.

Me acurruco a su lado y pienso que aunque el amor se me resista un millón de veces siempre podre contar con la amistad de Lolo.

—¿Qué está pasando aquí? —Marga entra en la habitación, seguida de Ana, Bea y Silvia, y se planta delante de

nosotros con los brazos en jarras y una expresión de enfado en su cara—. No podéis dejar así las cosas.

—Claro que podemos —le digo a mi amiga.

—¿Estáis locos? Esos dos hombres llevan semanas organizando todo esto para daros una sorpresa. Deberíais estar dado saltos de alegría y no tumbados en la cama con esa expresión de amargados —nos regaña Bea.

—Me gusta tu estilo directo, nena, pero deberías dejarlo para otro momento —le dice Lolo.

—De eso nada —interviene Silvia—. Estáis cometiendo un error y deberíais dejar atrás los malos entendidos para vivir el presente.

—Silvia, Pablo me dijo que quería anular la boda. No tenía ni idea de que estaba organizando todo esto. Lo único que sabía es que el hombre del que estaba enamorada no quería casarse conmigo —miro a mi amiga a los ojos esperando que sea capaz de ponerse en mi lugar.

—Supongo que yo tampoco me lo habría tomado demasiado bien —reconoce ella—. Pero según tengo entendido aceptaste la explicación que te dio y finalmente la boda se ha celebrado, así que no entiendo tu actitud de ahora.

—Yo tampoco —dice Ana—. Pablo solo quería que tuvieras la boda de tus

sueños. Algo sencillo, íntimo y muy especial. Y ha sido un detalle precioso incluir a Lolo en los planes.

—Tienes razón, Anita —reconoce Lolo—. Y tal vez si traéis un par de botellas de champán, Charlotte y yo terminaremos entrando en razón.

—¿Qué tontería estás diciendo? —Le doy un codazo a mi amigo y le lanzo una mirada capaz de arrasar un bosque entero.

—Lo que has oído, Charlotte. Pasaremos la noche bebiendo champán y pasándolo bien con tus amigas y mañana, ¿quién sabe?, tal vez tengamos ganas de casarnos otra vez con esos dos hombretones.

—Eres perverso, Lolo, solo quieres

ver sufrir un rato más a Jorge —bromea Marga.

—El sexo después de una pelea siempre es sublime, Marga —dice él guiñándole un ojo.

—Bajaré a por el champán —se ofrece Bea.

—Te acompañaré y traeré las copas —dice Silvia saliendo tras ella.

No sé lo que acaba de suceder. Estábamos manteniendo una conversación seria hace solo unos minutos y, de pronto, cuando las palabras champán y sexo han salido a relucir, parece que estemos a punto de celebrar una fiesta.

Capítulo 19

Tengo el cuerpo entumecido porque he dormido en un rincón de la cama echa un ovillo, con el codo de Lolo clavado en las costillas y la cabeza de Marga aplastándome la pierna derecha.

No sé dónde han acabado el resto de las chicas porque ni siquiera recuerdo cuándo ni cómo me quedé dormida. Solo tengo claro que bebí más de la cuenta y

que me reí muchísimo.

El suelo está lleno de botellas y copas vacías. También hay ropa por todas partes, son los vestidos de mis amigas que comenzaron a quitarse en algún momento de la noche para estar más cómodas.

¿Dónde estarán Pablo y Jorge? ¿Habrán pasado la noche en la casa o se habrán marchado dejándonos a Lolo y a mí aquí?

Me levanto con cuidado para no despertar a Marga y a Lolo y voy al baño. La imagen que me devuelve el espejo me horroriza. Tengo el pelo tan enredado que necesitaré litros de desenredante para quitar todos los nudos que se ven a simple vista. Y, además, la

máscara de ojos parece haberse derretido alrededor de mis ojos y dos círculos negros los rodean, dándome un aspecto de lo más cómico.

Me lavo la cara y vestida con la misma ropa con la que me quedé dormida, que es la única que he traído, salgo de la habitación y voy a echar un vistazo a la casa, que a la luz del día tiene un aspecto muy diferente. Nada más salir de la habitación hay un largo pasillo que gira a la derecha y cada pocos metros hay una puerta que supongo que conduce a un dormitorio. Bajo las escaleras que crujen bajo mi peso. El suelo es de una bonita y cuidada tarima de madera y todo el

lateral derecho es un enorme ventanal con vistas a un jardín que parece muy grande y bien cuidado.

Me siento en el último escalón para ponerme las botas y, antes de echar un vistazo al resto de la casa, salgo al jardín para verlo más de cerca. Es precioso. Las enredaderas trepan por la fachada de la casa cubriéndolo todo excepto las ventanas. El césped está perfectamente cortado y los árboles parecen muy antiguos y se yerguen majestuosos a mi paso. Sigo caminando en medio de un terreno boscoso que, a través de un camino de piedra, me conduce hacia un gran estanque con cascada. Contengo la respiración ante tanta belleza y después suelto el aire en

un largo y ruidoso suspiro. Me encantaría que Pablo estuviese aquí conmigo, pero no sé dónde estará en este momento.

—¿Carlota? —la voz de Pablo me llega por sorpresa y de nuevo contengo la respiración, esta vez aliviada.

Está sentado sobre un banco que hay estratégicamente colocado frente al estanque y bajo los árboles. No se ha afeitado y sus ojos enrojecidos indican que no ha descansado mucho esta noche, pero está muy guapo y no puedo evitar que un escalofrío me recorra todo el cuerpo al pensar que ahora, ese hombre imponente, es mi marido.

—Estaba... estaba curioseando. He

salido al jardín y no he podido evitar enamorarme de este sitio.

—Me alegra que te guste. Al menos no todo ha sido un error —me dice con un toque de tristeza en su voz.

Me acerco hasta él sin perder de vista sus ojos. En este momento me siento muy mal por lo sucedido anoche y la decepción ha dado paso a un inmenso sentimiento de culpa.

—Pablo —comienzo a decir—, sé que tú y Jorge lo organizasteis todo con la mejor intención y yo...

—No, no digas nada. Llevo toda la noche pensando en lo sucedido y tenías razón. Fue una estupidez decirte que no quería casarme contigo mientras organizaba todo esto. Ahora sé como

debiste sentirte.

—Quizá la idea no fuese la mejor, pero sí lo fue la intención y debí confiar en ti. Siempre me has demostrado que me quieres de mil maneras diferentes—me disculpo—. Quería que nuestra noche de boda fuese perfecta y estaba tan obcecada que no fui capaz de pensar en nada más.

—Ha sido la peor noche de la historia —dice él, dibujando una pequeña sonrisa en sus labios.

—En realidad no ha estado tan mal. Aunque me temo que hemos acabado con las reservas de champán y pillamos una buena borrachera, también nos reímos muchísimo.

—Así que no perdisteis el tiempo.

—Me habría encantado compartir mi tiempo con otra persona, pero estuvo bien —le digo encogiéndome de hombros.

—¿Con otra persona? —pregunta él poniéndose en pie y acercándose a mí.

Pablo agacha la cabeza y nuestros labios quedan a pocos centímetros de distancia, una distancia que estoy deseando recorrer.

—Es moreno, de ojos azules y preciosa sonrisa. También es muy guapo e increíblemente sexy, y estoy completamente loca por él, aunque a veces se equivoca, pero no importa porque eso le hace más cercano y real.

Y tengo la inmensa suerte de estar casada con él.

Los labios de Pablo se posan sobre los míos haciéndome estremecer de placer. Siento miles de mariposas revoloteando en el estómago y todas mis dudas se desvanecen por completo.

Me aprieto contra él, buscando su calor, y Pablo me rodea fuertemente con sus brazos mientras nuestras lenguas se entrelazan de una forma deliciosa.

—¿Crees que habrá alguna habitación libre? —pregunto separándome apenas de él.

—Me temo que no. Tendremos que conformarnos con unos cuantos besos robados junto al estanque.

—Como dos adolescentes —bromeo.

—Después de la noche que me has hecho pasar creo que podré soportarlo —dice atrapando de nuevo mis labios entre los suyos.

Horas después, vestida de nuevo como una inocente novia, volvemos a repetir las palabras que ayer pusieron el broche final a la ceremonia, «sí, quiero», pero esta vez todo resulta distinto porque Lolo y Jorge también las pronuncian, dando lugar a un momento más entrañable y emotivo.

—Ahora tendréis que celebrar vuestro aniversario dos veces al año —le digo a Lolo.

Estamos sentados frente al estanque bebiendo champán mientras miramos a

Lolo y a Jorge que intentan subirse a un árbol animados por nuestros amigos.

—Me gusta la idea. Quizá el año que viene nos casemos en verano y al siguiente en otoño, así lo celebraremos cuatro veces al año, una por cada estación.

—Creo que estás completamente loco —le digo soltando una carcajada.

—Hoy tendrás por fin tu noche de bodas, Charlotte.

—¿Tú crees? Porque cada vez tengo más claro que acabaremos en el hospital —le digo, desviando la mirada hacia Pablo.

—No te preocupes, tiene la cabeza muy dura.

—¿Y tú? ¿Tendrás tu noche de

bodas?

—No lo dudes, nena, tendré mi noche de bodas y otras muchas iguales o mejores.

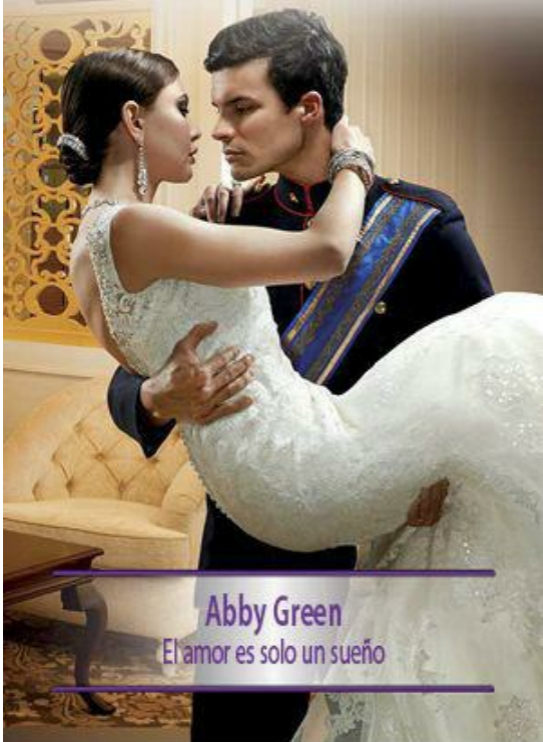
—Y seremos felices para siempre — le digo alzando mi copa.

—Para siempre, Charlotte, hasta que la muerte nos separe.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

 HARLEQUIN™

Bianca™



Abby Green

El amor es solo un sueño

www.harlequinibericaebooks.com